START

AT URBANA-CHAMPAIGN
September 1992

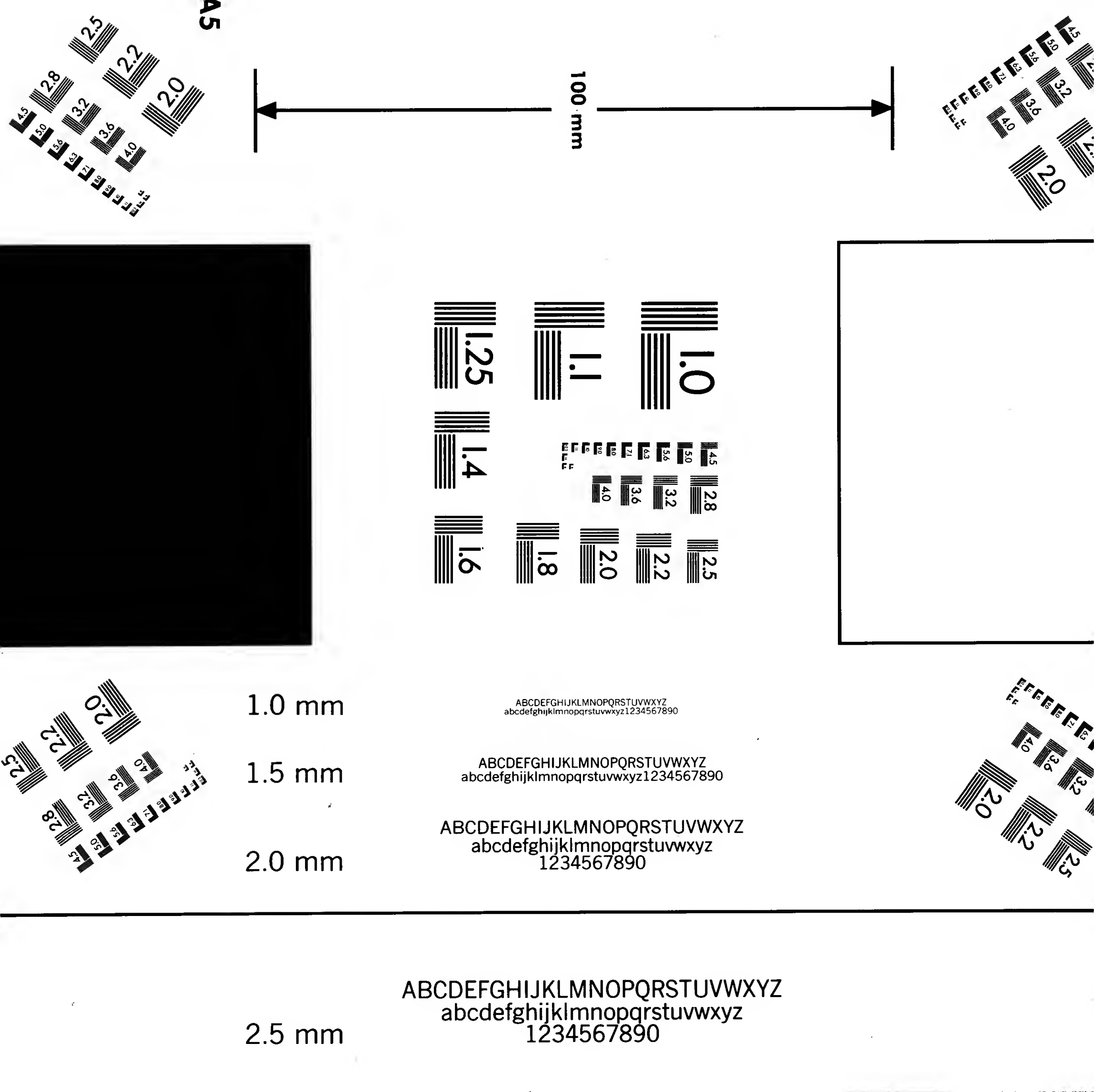
Microfilmed By
MAPS
The MicrogrAphic
Preservation Service
Bethlehem, PA 18017

Camera Operators
Carmen Trinidad
Patty Banko

E: Los carancho
de la Florida
CE: Buenos Aires
E: 1916

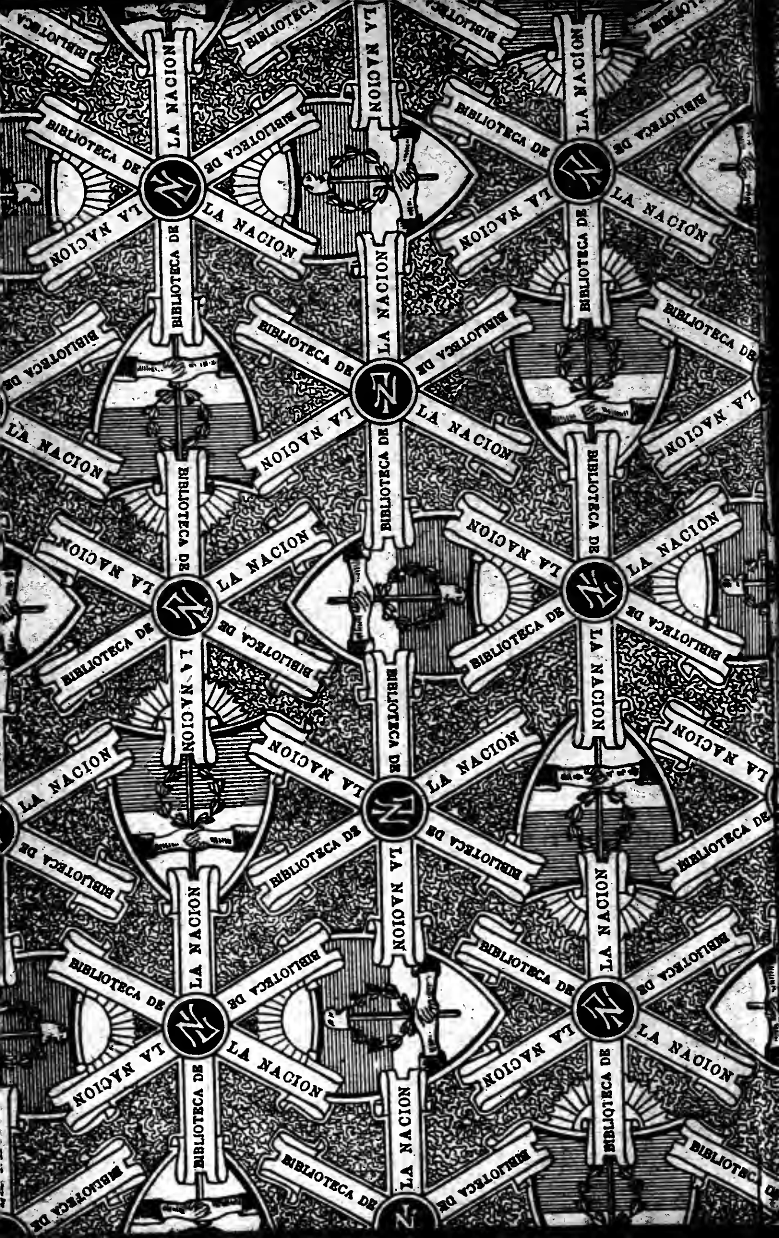
CATALOG RECORD TARGET

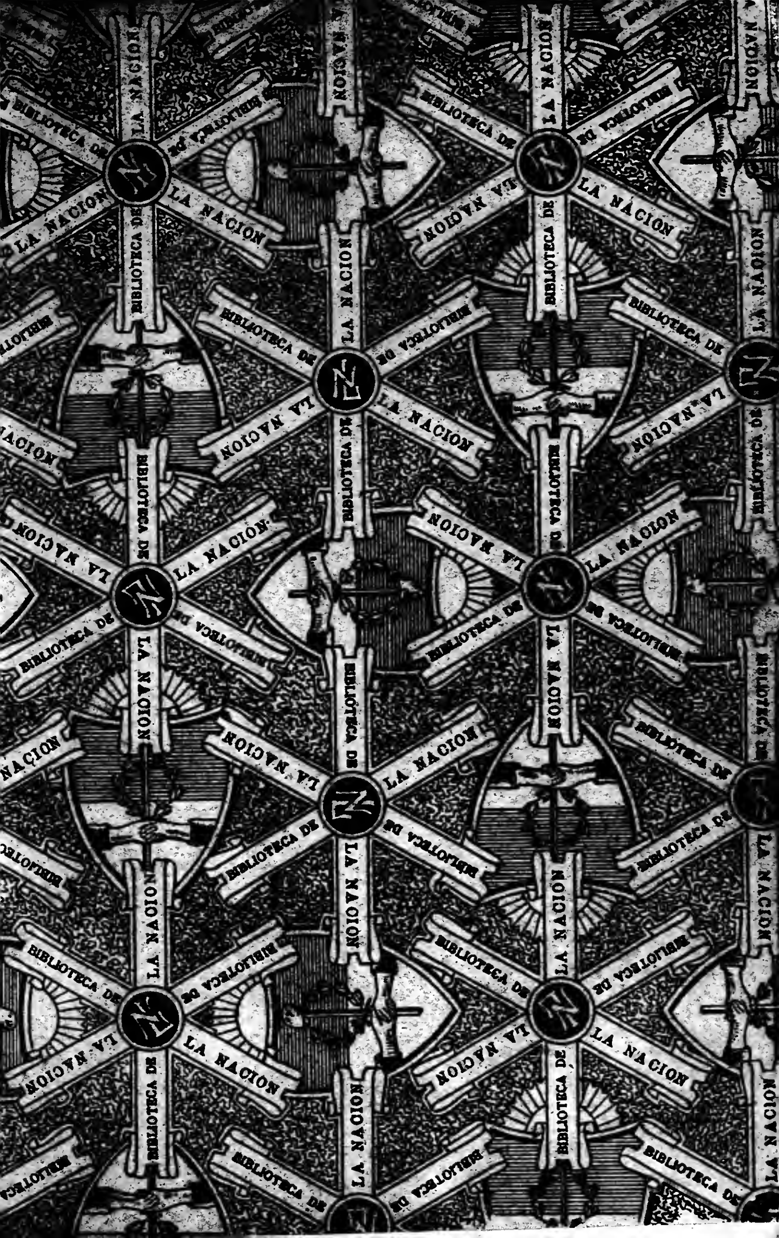
o, 1880-1951.
ranchos de la Florida : romance pampero / Benito Lynch.
Aires : [La Nación], 1916.
; 17 cm.
eca de La Nación ; 691

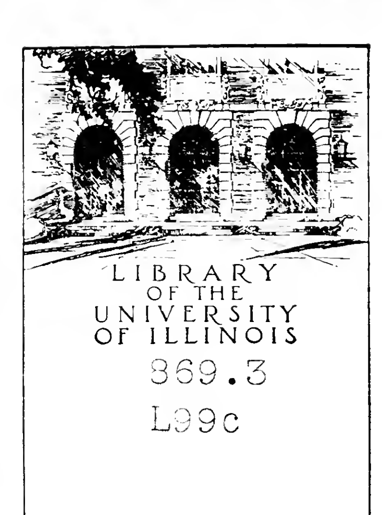


100 mm
1.25
1.1
1.0
1.4
1.6
1.8
2.0
2.2
2.5
1.0 mm
ABCDEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ
abcdefghijklmnopqrstuvwxyz1234567890
1.5 mm
ABCDEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ
abcdefghijklmnopqrstuvwxyz1234567890
2.0 mm
ABCDEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ
abcdefghijklmnopqrstuvwxyz
1234567890
2.5 mm
ABCDEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZ
abcdefghijklmnopqrstuvwxyz
1234567890


BIBLIOTECA DE LA NACION
VOLU
MEN


BIBLIOTECA DE LA NACION


BIBLIOTECA DE
LA NACION





LOS CARANCHOS DE LA FLORIDA

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

BENITO LYNCH

LOS CARANCHOS DE LA FLORIDA

(ROMANCE CAMPERO)



BUENOS AIRES
1916

Imp. de La Nación.—Buenos Aires

LOS CARANCHOS DE LA FLORIDA

I

Don Francisco Suárez Oroño abre la contrapuerta de alambre tejido que protege el comedor contra la invasión de las moscas, da un puntapié al perro picazo que duerme largo a largo junto al umbral, y saliendo a la amplia galería embaldosada va a sentarse en su viejo sillón de mimbre, en aquel viejo sillón desvencijado por el uso y al cual, no obstante, todos miran en la *estancia* con el respeto más profundo.

¡ La silla del *patrón!* ¡ Cuántos gauchos *compadres* habrán palidecido en el espacio de treinta años ante aquel mueble modesto, ante aquel mísero mueble, que muestra mil refacciones antiestéticas! ¡ y cuántos retos, y cuántos insul-

tos, y cuántas cachetadas habrán resonado bajo el gran corredor que lo alberga!

Es como un solio, es como un trono, como algo inaccesible e inspirador de miedo, para todos los peones del establecimiento y para todos los gauchos de diez leguas a la redonda de *La Florida.*

Cuando el patrón alunado se sienta en ese sillón, y con el rostro pálido y las cejas fruncidas ordena a algún peón, refiriéndose a otro, caído en desgracia suya por alguna torpeza: «Decile a ése que venga pacá», ya hay música para largo rato y ya procura bien, todo el mundo, apartarse de las inmediaciones de aquel tribunal.

Don Francisco Suárez Oroño es un hombre de carácter violento, es un hombre peligrosamente impulsivo; su valor, mil veces probado en la lucha con los hombres y con las bestias, lo ha rodeado de una aureola tal de prestigio entre las gentes del pago, que sus más insignificantes acciones son comentadas delante del fogón, de todas las cocinas.

Las gentes del pueblo no le quieren porque es casi un misántropo, y porque él las critica con esa intolerancia irritante que suelen tener para la gente de los pueblos pequeños ciertos hombres nacidos en los grandes centros, a quienes galvaniza el orgullo de su prosapia ilustre, como un mal incurable.

Para don Pancho, todos son unos *ladeados*, calificativo que repite con extraordinaria frecuencia y con el cual quiere significar : personas de poca distinción, personas de cultura escasa y de humildísima cuna.

Los puebleros, con raras excepciones, le odian, como hemos dicho, pero ese odio es sordo y no se trasluce mayormente ; primero, porque don Pancho no los ve casi nunca, y después, porque el patrón de *La Florida* conserva en Buenos Aires relaciones valiosas, relaciones que le colocan en situación de imponer su voluntad cuando se le antoja y aun en las arduas cuestiones de política.

Todos los caudillejos se titulan sus amigos, todos le han solicitado en alguna oportunidad servicios de aquéllos que él puede prestar y que presta, aunque desvirtuándolos siempre, en su afán de humillar con la superioridad de su valer.

—Don Pancho—dice algún mulatillo compadrón con voz plañidera,—el quince voy a ir a Buenos Aires para ver al doctor X. ; y como usted es amigo de él, yo quisiera que me diese una carta, a ver si así consigo...

Don Pancho lo interrumpe con una sonrisa perversa dibujada en sus labios delgados, y mirándole en los ojos, con aquéllos los suyos pequeñitos y pardos, exclama :

—¡ Cómo !... ¡ Un caudillo como usted !...

¡ un hombre que dicen que arrastra doscientos votos me pide recomendaciones a mí, que no valgo un pito en política? ¡ Qué cosa rica !

El otro se corta un poco, pero en seguida, agachando el lomo, dice lo que es tan grato al oído de su interlocutor :

—¿Yo, caudillo? ¡ Bah, don Pancho ! Tengo algunos amigos, es cierto ; pero ¿quién soy yo? ¡ Si no conozco a nadie en Buenos Aires ! ¡ si cada vez que voy allá, ando todo boliado !

Don Francisco Suárez Oroño vino de Buenos Aires a Dolores hace una treintena de años, a raíz de la muerte de sus padres, en compañía de sus dos hermanos mayores, Eduardo y Julián ; y entre los tres adquirieron de un gaucho viejo, que vegetaba allí desde hacía medio siglo, una fracción de tierra, cuatro leguas y pico de campo bastante bajo, cuya cabecera sudeste se internaba en los montes del *Tordillo*.

Eduardo, el mayor, tenía un hijo natural, Eduardito, como le llamaban en la familia ; niño de diez años, a quien su padre sacó del colegio para llevarlo consigo.

Julián, de carácter violento y pendenciero, fué muerto por un peón al año justo de estar en el campo, y cuando aun no había comenzado la edificación de su estancia.

Eduardo pobló su fracción de campo, que era la del lado del *Tordillo*, y Francisco, a quien había correspondido el casco de *La Florida*, nom-

bre con que su anterior dueño había bautizado al establecimiento, sintiéndose aburrido, marchó a Europa, dejando aquellos terrones a cargo de su hermano.

Cuando volvió, casado con una inglesa rubia y delicada como una creación romántica, cuando volvió, decimos, con aquella *lady* de ojos azules, cuyo retrato se ve ahora en la alcoba del viejo estanciero, Eduardo había muerto apenas hacía un mes, y su hijo Eduardito, adolescente, lloraba solo en aquella gran estancia casi abandonada.

Don Pancho se hizo cargo de todo el establecimiento ; se llevó consigo a su mujer, y Eduardito, a pesar de sus protestas amargas, fué enviado a Buenos Aires y puesto a pupilo en un colegio británico.

Las malas lenguas del pueblo aseguran que don Pancho mató a su mujer a disgustos, y presa de unos celos tan injustificados como bárbaros, mientras otras, las buenas seguramente, afirman siempre que aquélla murió víctima de una horrible enfermedad que le había contagiado su esposo.

Falsas o ciertas estas dos versiones, la cuestión es que lady Suárez Oroño, «la inglesita de *La Florida*» como la llamaban en el pago, apenas acompañó a su marido dos años. Una noche de invierno, mientras llovía furiosamente, mientras las lagunas y los arroyos se desborda-

ban poniendo a nado los albardones más altos y ahogando ovejas a millares, la pobre trasplantada murió sin más asistencia que la muy relativa que podían prestarle su marido, su sirvienta Rosa y la torpe cocinera gaucha que entendía de daños y de yuyos.

Ni el carruaje de la estancia, ni cinco chasquis enviados uno tras otro a través de aquel desierto inmenso de cangrejales y de agua, pudieron traer a tiempo un auxilio facultativo; y cuando la luz del alba mostró su faz verdosa a través de los vidrios de la ventana, ya lady Clara estaba muerta, a miles de leguas de la casa de sus padres y ante tres caras llenas de dolor, de azoramiento y de espanto; un niño recién nacido, amoratado y flacucho, lloraba inconsciente de su desgracia enorme...

Aquel mísero chico fué rodeado por don Pancho de tantas comodidades y de tantos cuidados que a los cinco años era ya un hombrecillo vivaracho y perverso, un hombrecillo que cascoteaba las gallinas y hacía aullar de dolor al crédito de su padre, el perro Limay, un hermoso animal tan dócil y suave para con su amo como feroz y agresivo para los extraños.

Panchito tenía los mismos ojos azules y el mismo cabello rubio de la difunta Clara. La nariz no; la nariz y la boca eran idénticas a las de su padre: nariz aguileña y aguda como el

pico de los caranchos y boca pequeñita de labios finos.

En lo moral, el niño reveló muy pronto la herencia paterna. Era malo, suspicaz y tan impulsivo que, una vez enojado, arrojaba a la gente lo primero que encontraba a mano.

Cuando Panchito cumplió ocho años, a pesar de la energía de su carácter el padre tuvo miedo y resolvió enviarlo, en consecuencia, a Buenos Aires, en compañía de su primo Eduardo, pobre cautivo que rumiaba en el ostracismo sus incurables nostalgias.

La estancia quedó muy triste. Rosa, la sirvienta de lady Clara, último recuerdo para don Pancho de su disuelta familia, se casó con Sandalio López, un gaucho cuarentón, un pobre gaucho neurótico, que la venía rondando desde largos años y que se la llevó al puesto que atendía, allá, en la costa de la laguna de *Los Toros*; puesto en donde el patrón lo había colocado, con una majada al tercio y la mitad del beneficio de la nutria.

Dos años resistió don Pancho aquella soledad, hasta que al cabo, conmovido por las súplicas de su sobrino Eduardito, resolvió traerlo a su lado para suplir la ausencia del hijo.

Eduardito vino hecho ya un hombre. La vida del colegio lo había civilizado algo, pero pocos meses de ambiente campero bastaron para devolverlo a sus antiguos hábitos. Amaba la vi-

da gaucha; le gustaba encanallarse; el trato con los peones tenía para él infinitos atractivos. Pero todo eso resultó tan odioso a don Pancho, que, al cabo de tres o cuatro desagrados, en los cuales el rebenque que eternamente colgaba de un pasador de la puerta del comedor anduvo muy cerca de las nalgas del democrático joven, resolvió entregarle lo suyo, enviándolo en seguida a su campo con la prohibición de volver a pisar en *La Florida.*

«¡Anda y hácete un animal!» fué la despedida; y Eduardito, que si bien era testarudo como un buey chacarero, tenía buen carácter, fuése a su estancia *El Cardón*, muy contento y barajando en su cerebro romántico proyectos risueños de parejeros, de bailes y guitarreadas.

Cuando Panchito cumplió diez y siete años quiso volver también al lado de su padre; pero éste, que había notado los buenos efectos que el ambiente había producido en el carácter de su hijo, y que tenía entre ceja y ceja lo del fracaso de Eduardo, se apretó el corazón con ambas manos, y usando de toda su entereza lo envió a Alemania a estudiar agronomía.

Así transcurrieron seis años más, seis años que parecieron al hijo seis siglos, y al padre toda una eternidad; hasta que por fin recibió éste la carta en la cual el joven agrónomo, terminada su carrera, anunciaba el regreso. «Para noviembre» decía aquella misiva lacónica con la fecha

de cinco semanas atrás, pero no precisaba nada; de tal manera que el padre comenzó a aguardarlo día por día, y hora por hora, desde que recibió la noticia.

Ha transcurrido noviembre y Panchito no ha aparecido, sin embargo; y es por eso que, en el momento de iniciar nuestro relato, su padre, que acaba de dormir la siesta, se ha sentado malhumorado y adusto en su viejo sillón del corredor.

El sol marca en el amplio patio las líneas correctas de su retaguardia en retirada ante el firme avance de la sombra de la casa, y hace chispear aquí y acullá, como brillantes diminutos, esas mil partículas de vidrio que el pisoteo continuo va incrustando en la tierra endurecida como asfalto.

Hace mucho calor y el sol de fuego cae implacable sobre los grandes sauces que encuadran el patio, haciendo palidecer con su reflexión violenta el verde rabioso de las hojas, que se marchitan y se ponen mustias como si fueran a morir de pesadumbre.

Por entre dos de esos árboles, anchamente espaciados, se divisa el campo, un campo liso amarillento, cuya monotonía sólo alteran las manchas verdinegras de algunos montes lejanos y la línea negruzca de un camino que parece venir caracoleando desde el confín del horizonte.

Don Pancho, con los brazos apoyados en las

rodillas, el cuerpo inclinado hacia adelante y el ceño contraído, mira sin ver aquel paisaje tantas veces visto. Gotas de sudor perlan su frente, prolongada hasta la coronilla por la calvicie, y él las enjuga de cuando en cuando con el pañuelo del cuello, que aun conserva en la mano callosa y grande.

Don Pancho viste un traje de brin listado, sus botines amarillos están sin atar y el cuello de su camiseta, desprendido, deja ver el pescuezo robusto, invadido por la maraña tordilla de la barba.

Es indudable que pasará mucho rato antes que se encuentre con fuerzas y con humor para reparar aquel desorden. La siesta es cosa que pone de mal talante a las personas, y ningún gaucho algo psicólogo pedirá nada a un patrón de genio fuerte que sale de la cama con los párpados hinchados por el sueño.

Del lado de la cocina se oyen ludimientos metálicos de cacerolas, la rueda del molino gigantesco, girando lentamente, lanza de vez en cuando un gemido, y allá abajo, en la quinta, entre los durazneros frondosos y entre la alta maciega, el caballo obscuro del patrón, enredado en la soga, con el lomo en arco y la cabeza bajísima, aguarda impaciente, y en una postura imposible, que alguno vaya a librarlo de aquella situación angustiosa, de aquella situación

que lo entrega indefenso al horrible martirio de los tábanos.

Don Pancho medita profundamente, medita tan hondo, con las cejas casi unidas por la contracción del esfuerzo, que no siente una mosca ventruda y pegajosa que ha dado en pasearse sobre los cabellos alborotados y escasos que rodean su calva, como rodean los duraznillos plomizos las aguas dormidas de los bañados y de las lagunas.

El tema que debate en su cerebro el viejo señor de *La Florida* no debe ser ni grato ni fácil, porque al cabo de algunos minutos, y después de haber reconcentrado el pensamiento al extremo de estar mirando las ambulaciones de una hormiguita roja sobre el piso con una atención que parece absoluta, yergue el busto repentinamente, espanta la mosca azotando su cabeza con el pañuelo azul, y luego, encogiéndose de hombros, hace con los labios un gesto entre despectivo y fatalista, que resulta intraducible.

Después los ojos de don Pancho tornan a ponerse brillantes y vivos, cambian de expresión, demostrando claramente que el cerebro renuncia por el momento a pensar en ciertas cosas, y el patrón saca un cigarrillo, lo arma, y después de echarse el pañuelo sobre el cuello emite un silbido breve y enérgico, un silbido que hace rezongar, mirando hacia lo alto, a un gallo que con varias gallinas esquiva el sol en la sombra

de unas plantas, y al cual el instinto hace sospechar en aquel silbido, autoritario y duro, algo de halcón o de carancho, algo peligroso y fuerte, cuya sola presencia es amenaza.

Y es verdad que el silbido del patrón tiene una rara eufonía para el oído de todos los que están sometidos a su férula ; es inconfundible, es como la mezcla de un mandato tranquilo y autocrático con la amenaza inmediata de un castigo. Tiene mucho del rugido del león en el desierto, y algo del prestigioso clarín de las batallas.

Cuando un peón atraviesa el patio y don Pancho lo llama con su silbido breve, el gaucho da un salto nervioso, como si acabara de pisar una culebra.

Cuéntase, como una de tantas anécdotas sobre el raro silbido de don Pancho, que una vez dos hombres trabajaban en vano para agarrar en el corral de la tropilla a un redomón *tubiano*, de rienda todavía ; y ya fuera porque lo hubiesen asustado torpemente o porque el animal estuviese con *la luna*, lo cierto era que no quería parar de ningún modo y la tarea se prolongaba desde hacía un cuarto de hora, malogrando todos los *¡ ingos !* y los *chiflidos* enérgicos que ambos individuos le dirigían a porfía.

Don Pancho llegó en esto a la puerta del corral, y se apoyó en sus maderos.

—¿Ha visto, patrón?—dijo uno de los hom-

bres por todo comentario, señalando al caballo con la boca.

—Sí, ya veo—respondió don Pancho despectivamente. — Ustedes no aprenderán nunca a agarrar caballos. No sirven para nada.

El gaucho bajó la vista, y su compañero, un indio *petisito*, casi adolescente todavía, después de mirar de reojo al patrón acercóse nuevamente al animal :

—¡ Ingo !

El tubiano, aislado en un ángulo, temblaba como una gama cautiva, y de cuando en cuando bajaba la cabeza resoplando con fuerza.

El indio, con la mano izquierda tendida hacia el hocico anheloso del redomón, y la derecha en que llevaba el bozal oculta detrás del cuerpo, avanzó lentamente.

—¡ Chit... chit... chit !

Pero, en cuanto quiso pasar la mano cautelosa por debajo de la garganta del tubiano, éste se tendió de lado bruscamente, y fué a mezclarse entre el remolino de la tropilla asustada.

—¡ Eh ! ¡ mancarrón de tal, hijuna tal !...— gritó con rabia el muchacho con toda su boca.

Al patrón se le pusieron las pupilas pequeñitas y brillantes, y produjo con la nariz ese sonido breve de aire que se expulsa con violencia, que le era característico.

—¡ Limpiate la boca, sarnoso !—dijo al cabo,

pálido de rabia ;—¡ limpiate la boca, que estás delante de la gente !

El chico se puso verde, bajó la vista y quedó como clavado en el sitio.

El otro gaucho miró primero el campo, luego se inclinó para atarse una alpargata que estaba perfectamente atada, y hasta los animales permanecieron inmóviles dentro de aquel ambiente incómodo y violento.

Don Pancho mantuvo sus ojillos pardos clavados en el rostro del indio, que miraba el suelo ; hasta que, por fin, no viendo ni la sombra de una probable contestación, dijo tranquilamente al gaucho de la alpargata :

—A ver, agarralo vos ; este otro es un animal.

El hombre tornó a arrinconar al tubiano a fuerza de ¡ ingos ! y de silbidos, mientras don Pancho armaba un cigarrillo y miraba la escena de vez en cuando.

El animal paró en uno de los ángulos del corral, del lado de la puerta.

¡ Chit... chit... chit !—susurró el gaucho, y comenzó a *atracarse ;* pero se veía claramente, por la actitud del animal nervioso, que no lograría su objeto.

—¡ Chit... chit... chit !

La mano extendida del hombre, ya olfateada por el bruto, iba corriéndose por debajo de la mandíbula, cuando el tubiano, encogiéndose

bruscamente, giró sobre sí mismo, presentando el anca, y el gaucho tuvo que retroceder un paso por temor a las patas.

Entonces fué cuando el patrón silbó con su silbido famoso, ese silbido autoritario y sonoro que baja los cogotes más alto, como la gravitación enorme de un gran yugo, y que tiene un no se qué de inapelable.

Todos los caballos volvieron la cabeza, y el redomón tubiano se dejó agarrar impunemente, erguidas las orejas y fijos los ojos temerosos en el sombrero blanco del patrón.

Por eso es que, cuando don Pancho emite este nuevo silbido que hace mirar hacia el espacio al gallo desconfiado, cesan como por encanto los rumores que se oían del lado de la cocina y no tarda cinco segundos en aparecer a la carrera un *chinito* de unos quince años, sucio y andrajoso, calzado con gruesos botines a la prusiana, pero sin medias, y cubierta la cabeza por un gran sombrero de hombre, descolorido y tan roto que los recios cabellos de su dueño, de un negro casi azul de tan negro, asoman por los agujeros de la copa, como asoma la paja de la avena por entre los barrotes de hierro de un pesebre.

—¿Dónde estabas vos?—pregunta don Pancho con mal humor, una vez que el chinito se ha cuadrado en su presencia, con el sombrero en la mano y los talones juntos.

—Estaba... estaba con mama, seor...

—¿Qué estabas haciendo?

—Estaba... estaba con mama, seor...

—Bueno, atame los botines.

—Sí, seor.

Y Bibiano, que así se llamaba el chico, se arrodilla en el suelo y poniendo de lado su enorme sombrero, se entrega a la tarea de atar los botines a su patrón, servicio que viene desempeñando a conciencia desde hace largos años. Ninguno tan hábil como él para semejante trabajo: ajusta los cordones a maravilla, sacando mucho la lengua, frunce el entrecejo al enganchar cada broche, y hace unas *rosas* que son todo un poema.

Bibiano tiene múltiples ocupaciones en la estancia, porque, como es un chico, todo el mundo se cree con derecho a mandarlo.

—Bibiano—dice la madre—traeme corriendo un balde de agua.

Y allá va Bibiano a la carrera.

—Bibiano—manda el patrón—limpiame la boquilla que se me ha tapado.

Bibiano limpia el chisme con una pluma de perdiz.

—Bibiano—ordena el capataz—dale agua al caballo del patrón.

Allá va Bibiano por la quinta, a tropezones con el balde.

Así todos los días y a todas horas, bajo pre-

texto de que ésas son ocupaciones propias de una criatura, Bibiano anda de un lado para otro y trabaja más que todos juntos.

El patrón le prometió cierto día, en un momento de buen humor, regalarle unos botines amarillos como los suyos, y Bibiano los aguarda desde entonces lleno de ilusiones.

—¿Dónde está Cosme?—pregunta el patrón.

El chico levanta su cabeza cuadrada de indio puro, y buscando los ojos de don Pancho, que observan con fijeza un punto lejano, dice solícito :

—Salió al campo, seor, salió recientito...

—¿Le han dado agua al caballo?

Bibiano sabe que no ; pero, como está seguro que si lo confiesa se armará un escándalo de mil demonios, en el que se verán comprometidos desde el capataz hasta el último perro de la estancia, responde muy orondo :

—Sí, seor, sí ; recientito.

Y mientras tanto, el caballo enredado en la soga, muerto de sed y aguijoneado por los tábanos, sigue soñando, allá en la quinta, con campos de libertad y abrevaderos rebosantes.

A don Pancho le ocurre lo que a muchos que hacen gala de energía : manda, dictamina, resuelve, amenaza, y luego, como no se preocupa de comprobar si sus órdenes han sido o no cumplidas, resulta que las cosas andan de la peor manera, mientras él descansa confiado en el te-

mor que los subalternos manifestaron en su presencia.

Una vez terminada su tarea, Bibiano se pone de pie y dice muy grave:

—Ya está, seor.

—Bueno, cebame mate ahora.

—¿Dulce o amargo, seor?

Don Pancho no contesta, porque toda su atención se halla reconcentrada ahora en el examen del horizonte.

Bibiano, entonces, mira también por espacio de dos segundos, y poniendo sobre sus cejas una mano a guisa de pantalla:

—Parece una volanta—murmura.

—Sí—aprueba el patrón ligeramente pálido. —Andá traeme el antiojo.

El pequeño punto lejano danza al principio en el campo de la lente; pero, una vez bien enfocado, los ojos de don Pancho pueden ver que es un *break*, un *break* tirado por cuatro caballos tordillos, que va llegando ya, por el camino, a la tranquera de la estancia.

—Sí—murmura entonces, y como hablando consigo mismo.—Es él, no hay vuelta que darle; tiene que ser él.

Y en seguida, como si esa sospecha lo atemorizase, entra en el comedor apresuradamente, diciendo a Bibiano:

—Vení vos pacá.

Ambos desaparecen juntos tras de la puerta

de alambre para reaparecer al cabo de dos minutos.

Bibiano lleva una carta en las manos, y el patrón se explica en voz baja pero en tono autoritario y conciso :

—Se la llevás en seguida a Sandalio. Montá en el oscuro mío, en pelo no más...

—Sí, seor, sí.

Y Bibiano sale corriendo con gran ruido de zapatos ; y el patrón, tranquilizado ya y con leve expresión de malicia en el rostro pálido, sonríe mirando hacia el camino, hacia el camino negruzco que parece venir caracoleando desde el confín del horizonte...

II

En el comedor y ante aquella larga mesa cubierta con un hule blanco à guisa de mantel, en aquel modesto comedor, decimos, al cual la luz amarillenta de una lámpara que pende del cielo raso ilumina escasamente, el padre y el hijo se contemplan en silencio.

Hay ternura en los ojos del viejo, y un ligero temblor de emoción en sus labios finos. Parécele cosa de sueño que aquel gallardo muchacho que ahora se sienta frente a él, con el cigarro entre los labios y las manos en los bolsillos de sus *breeches* a grandes cuadros, sea su hijo, aquel hijo que envió a Europa chico de escuela todavía, y desgarbado y feo como los potrillos mestizos de *La Quinua*. Tiene el pecho ancho, combado, y la cintura fina ceñida por el tirador, cuya hebilla niquelada se insinúa apenas debajo del chaleco un poco desprendido: se diría el vértice de la pirámide invertida de su tórax.

Los ojos azules, la herencia de la madre muer-

ta, han tomado las tonalidades grises del acero, y bajo la contracción perenne de las cejas casi unidas, y algo más obscuras que el cabello, pierden la impavidez de su expresión para tornarse vivos y curiosos.

El conjunto es bello y varonil. Aquella nariz enérgica, la nariz legendaria de los Suárez, llena de orgullo al padre, que sonríe.

—¿Por qué te has afeitado el bigote?—dice.

—¿El bigote?... ¡Caramba!... ni sabría explicártelo. Me lo he afeitado porque todo el mundo se lo afeita. En Europa está de moda. Es mucho más cómodo.

—Parecés un fraile.

Don Panchito aumenta en un milímetro la eterna contracción de su ceño, pero luego, encogiéndose de hombros, dice a su padre muy sonriente:

—Es cuestión de costumbre.

Transcurre un minuto de silencio, durante el cual el padre y el hijo tornan a observarse con una mezcla de afección y desconfianza en el semblante.

La vieja Laura, la eterna cocinera de *La Florida*, entra en el comedor arrastrando sus desvencijadas alpargatas, y mientras recoge las tazas y cucharillas del café sonríe, con su ojo único, a aquel patroncito tan blanco y tan *güen mozo*, a aquel don Panchito a quien tuvo la gloria de tener en sus brazos cuando chico.

Don Panchito la mira también y se sonríe, con una sonrisa que quiere ser amable pero que resulta perversa en esos labios siempre contraídos por un amargo gesto.

La vieja sale del comedor, cerrando la contrapuerta de alambre con suavidad cuidadosa, y don Panchito la sigue con la vista.

—¡Qué Laura esta! Pero dime una cosa, papá. ¿Y Sandalio? ¿y Rosa? ¿qué ha sido de ellos? Nada me has dicho...

La altiva cabeza de don Pancho experimenta, al oir la pregunta, algo así como una imponderable sacudida. Mira sus manos, mira la lámpara pendiente del cielo raso, donde antiguas goteras han pintado enormes manchas amarillas, y luego, con las pupilas clavadas en los ojos de su hijo, y a tiempo de disparar una miguita de galleta contra la puerta, responde indiferente:

—¿Sandalio? Ahí está Sandalio; está siempre con Rosa... Están en la laguna de *Los Toros*. ¿Por qué?

—Por nada... por saber, no más. Tendría ganas de verlos... Pero tienen hijos ¿verdad?

—Sí; tienen varios chicos.

Don Pancho no debe sentirse cómodo, porque la uña de su pulgar derecho agranda ahora, inconscientemente, una descascaradura del hule del mantel, y porque sus pies, apoyados en el

suelo, han iniciado un bailecillo nervioso que dice muchas cosas.

—Deben tener hijos mozos, ya.

—Sí... no ; tienen varios chiquilines...

Don Pancho ha fruncido el entrecejo poblado y se mira las uñas ; su hijo, a su vez, lo observa con ojos escrutadores y curiosos. Un reloj de metal, uno de esos comunes despertadores ordinarios, puesto sobre el mármol de la mesa de trinchar, cuenta centímetros de vida, y afuera, en el patio, el viento que acaba de levantarse agita las ramas de los árboles produciendo un rumor de correntada.

—Sandalio—murmura al cabo don Pancho—es un gaucho trompeta, es un gaucho sinvergüenza.

—¡ Ah ! ¿ sí ? ¿ No te sirve ?

Y el rostro de don Panchito manifiesta solicitud e interés. Don Pancho continúa con cierta vehemencia :

—¿ Servirme ? ¡ Qué me va a servir ! Nunca ha servido para nada ese estúpido. Ya le he dicho que no me pise más aquí.

—¿ Sí ?

—Sí ; y tengo hecho el propósito de despedirlo hace una punta de tiempo...

Don Panchito cambia de postura, y mirándose la hebilla del tirador filosofa gravemente :

—¡ Qué gauchos éstos ! Siempre los mismos ; no comprenden ni sus propios intereses.

—Así es.

—Un hombre casado, un hombre con familia, tener que marcharse a la vejez. Pero ¿qué es lo que ha hecho?

—¿Qué me ha hecho? Nada. Es un gaucho haragán, un gaucho sinvergüenza, un gaucho...

Se ve claramente que don Pancho habla con esfuerzo, que no tiene argumentos sólidos para apoyar su aseveración. Se calla y mira hoscamente la bandeja de galleta que está sobre la mesa.

Don Panchito piensa que su padre, algo maniático, habrá tomado entre ojos al pobre gaucho; pero, como la cosa no le preocupa mayormente, se abstiene de formular nuevas preguntas.

Al cabo de algunos instantes, sin embargo, don Pancho insiste sobre el tema:

—Pienso despedirlo, como te digo, dentro de poco; pero, mientras tanto, no quiero que nadie de la estancia ¿me entiendes?... *nadie*, vaya para nada a la laguna de *Los Toros*.

Don Panchito palidece ligeramente, y encogiéndose de hombros exclama en tono despectivo:

—Por mí...

Don Pancho se da cuenta de su error y entonces trata de corregirlo, agregando risueño e insinuante:

—¿ Sabes? Lo hago para que el gaucho se embrome y se vea aislado. ¿Me comprendes?

—Sí, sí—dice don Panchito poniéndose en pie.—¡ Cómo no !

Pero se nota, en su tono, que la suspicacia ha sido herida, y que el resentimiento perdura; mas su padre, que no sabe comprenderlo, no obstante la gran similitud que hay entre ambos caracteres, exclama alegremente:

—Bueno, hijo, vamos a acostarnos; ya son las diez.

Y sin más despide a don Panchito besándole en la frente, a don Panchito que se va a su cuarto cabizbajo y haciendo crujir, con ese crujido característico de la suela nueva, sus correctas polainas amarillas.

La alcoba es modesta, tan modesta y descuidada como corresponde al resto del edificio y a la casa de un hombre solo, donde no hay más representante del bello sexo que aquella vieja cocinera gaucha, cuya mocedad transcurrió en un rancho de chorizo, en un rancho que tenía por toda puerta el cuero de una yegua colorada.

Si hubiera vivido la madre de don Panchito, si hubiera tenido hermanas, es indudable que aquel cuarto lo hubiera acogido coqueto y cariñoso como una mujer enamorada; pero su padre no entiende de esas cosas ni puede prever tales detalles.

—Vea, Laura—ha dicho aquella misma no-

che a su cocinera tuerta ;—vea, Laura, arregle una cama para mi hijo donde le parezca mejor.

Y a Laura le ha parecido lo mejor, aquella piececita con piso de ladrillo, a la que llama pomposamente «cuarto de los *güespes*». Una cama de hierro, un lavatorio de latón, una antigua percha de madera, una mesilla circular, sosteniendo el candelero con la vela de sebo que chorrea, y nada más. En un rincón se ve la máquina de matar hormigas, y pendiente de un clavo, junto a la puerta, un viejo lazo chileno, sin argolla y sin presilla.

Don Panchito deja con desgano su gorra sobre la mesa, cuelga el saco en la vieja percha, se quita el tirador de cuya pistolera asoma la culata negra y el cañón reluciente del revólver, y lo coloca cuidadosamente debajo de la almohada.

Como su padre, como sus tíos, como su primo, como todos los Suárez de la familia, don Panchito tiene una gran pasión por las armas, una pasión que manifiesta sin reparo y que allá, en la vida claustral de los colegios, le había valido el apodo de *Pistolita* entre sus compañeros chacotones.

Decía él que experimentaba voluptuosidades, enfermizas si se quiere pero exquisitas, en presencia de la hoja desnuda de una daga, y que era capaz de pasarse horas enteras ante un escaparate, contemplando amorosamente una de

esas armas complicadas con que los artífices del daño vienen persiguiendo desde hace siglos quién sabe qué inconcebibles perfecciones.

Don Panchito tomaba una navaja, un bisturí, una cuchilla, una espada, un hacha, una hoz, una guadaña, cualquier instrumento, en fin, capaz de cortar, de hendir alguna cosa, y ya se le tenía abstraído para rato, y por más ocupado que estuviese, probando y reprobando aquel filo en el cutis de sus dedos, con un interés y una complacencia que resultaban curiosísimos.

Su revólver, un revólver que le regaló su padre cuando lo envió a Europa, diciéndole gravemente: «Tome, amigo, para que se haga respetar por los gringos» constituía para él la prenda de todos los afectos.

Jamás instrumento alguno, jamás ningún aparato complicado de astronomía recibió trato más cuidadoso ni exámenes más frecuentes que aquel modesto revólver Smith Wesson.

Allá, en Alemania, y durante los largos años de estudios facultativos, durante los largos años que la índole especial de su carácter hizo horriblemente monótonos para él, don Panchito limpiaba su revólver todos los días, y cuando alguno de los escasos condiscípulos que conservaba amigos, pese a sus insoportables asperezas, insinuaba alguna broma sobre aquellos cuidados paternales, él le respondía sonriendo:

—Hay que cuidar a los amigos verdaderos, a los que no traicionan nunca.

Don Panchito, pues, como decimos, coloca cuidadosamente su *fiel amigo* debajo de la almohada, y luego se sienta meditativo en la vieja cama de hierro, que cruje y se doblega bajo su peso de veinte años.

Afuera, el viento, agitando los sauces, las araucarias y los álamos, le recuerda el rumor de la lluvia monótona, de esa lluvia que, escuchada en la soledad de un cuarto silencioso, engendra en el espíritu melancolías infinitas, melancolías que llenan el cerebro de nostalgias y arrastran al pensamiento hacia los tiempos pasados y hacia las cosas muertas. Con el cuerpo inclinado y los antebrazos apoyados en los muslos, don Panchito mira, con mirada turbia, la llama amarilla de la vela, la llama que alarga, en el ambiente sereno de la alcoba, un negro filamento de humo. Y don Panchito piensa en su existencia campera de otros tiempos, en esa existencia que acaba de reanudar y que ya no le parece tan atrayente como la soñó otrora, como la deseó allá, en el mundo viejo, aburrido y triste, en su aislamiento de misántropo.

Su padre, sin duda, cometió un error al mandarlo a Europa bajo la férula de aquel personaje amigo suyo, que tantos disgustos le había dado y que tan a lo serio asumió su papel de mentor,

su papel de representante, con poderes plenos, de la lejana autoridad paterna.

«Yo no he tenido libertad alguna», piensa don Panchito, «yo no he podido divertirme como lo hacen todos los muchachos en Europa, por culpa de mi padre. El debió darme mayor independencia...»

Pero, muy luego, cambia de opinión y se pregunta:

«Sí; pero ¿qué hubiera hecho de mejor yo, con libertad? ¡Nada! Todos mis compañeros, excepto Ernst, Arturo y algún otro, han sido unos imbéciles, unos miserables intrigantes, a quienes todavía he de arreglar las cuentas en el mundo...

»Lo que hay es que, para divertirse y estar contento en esta vida, es necesario ser o un superficial o un bruto; y como yo nunca seré ni una ni otra cosa, estoy de antemano condenado a una existencia triste y aburrida...

»Las mujeres ¡oh, las mujeres! Las mujeres son como un vaso de cerveza: uno se bebe el contenido, y el vaso queda vacío. Un vaso vacío ¿para qué sirve? Para nada, sin duda; para nada que no sea llenarlo de nuevo y volver a beber.

»Yo he conocido pocas mujeres, es cierto; pero para muestra me basta un botón. Todas son iguales, y el amor es una gran pamplina o yo soy un fenómeno. He tratado de enamorar-

me por imitar a los otros, por snobismo, pero aquello me ha resultado una pantomima ridícula y absurda.

»Las mujeres no hablan más que pavadas, y, como dice muy bien el *viejo*, es mejor tener que tratar con pillos que con zonzos. ¡ El viejo, mi padre ! ¡ Caramba que era malo mi padre antes ! Era malo... pero era *guapo*. Yo no he encontrado otro hombre tan valiente como el viejo. ¿ Seguirá siendo injusto? ¡ Porque era guapo, pero era injusto ! ¡ Ah, las que me ha hecho ! Yo no puedo olvidar las injusticias... pero es mi padre, y los padres...»

Y acuden a la mente de don Panchito mil recuerdos de la niñez, recuerdos que le traen la imagen de su padre siempre adusto, siempre enojado, siempre amenazante como un Dios vengador... ¡ Oh ! ¡ cuánto miedo le inspiraba cuando chico, y cuántas injusticias había tenido que soportarle !

Don Panchito conserva memoria de todas, y las tiene, puede decirse, catalogadas en la mente.

Aquella vez, aquel día que su padre lo sacó, delante de todos, a puntapiés de la cocina, de aquella malhadada cocina adonde no quería que entrara estando reunidos los peones, para que no aprendiese pillerías. El tenía siete años... era un inocente... y había entrado en la cocina para pedir a un gaucho que le compusiera sus

boleadoras para bolear gallinas, aquellas mismas boleadoras que su padre le había mandado hacer para que se divirtiese correteando.

¡ Aprender pillerías ! ¡ Curiosa la precaución de su padre ! Si cuando aquello aconteció él tenía ya tantas inmundicias amontonadas en el cerebro que éste apenas alcanzaba a analizarlas y a comprenderlas. Y ¿por qué?... por nada, señor ; porque su padre, llevado de la violencia sin freno de su carácter, cada vez que se enfurecía contra alguien, ya fuera una persona, un animal o una cosa, vomitaba sin reparo, y en presencia del chico las palabrotas más groseras y los insultos más soeces que se le venían a la mente, y porque Sandalio López, aquel gaucho reblandecido, aquel *caso clavado* de exhibicionismo patológico, y porque la cocinera Laura, aquella *yegua galopada* por toda la provincia, se habían encargado de revelarle, con una complacencia enfermiza y perversa, cuantas realidades torpes deben ser y son misterio para los chicos de tal condición y tal edad.

¡ Oh, si el viejo hubiera podido escuchar aquellas conferencias !

—¡ No macanee !

Su padre teníale prohibido el uso de semejante vocablo, pero él aprovechaba sus ausencias para emplearlo a troche y moche.

—No macanee, hombre ; papá dice que a mí me trajieron de Buenos Aires en una canasta.

—Sí, te trajeron como el ternerito de la rosilla.

—¡ Mentira !

—¿ Mentira ?

Y cualquiera de aquellos dos miserables se esforzaba en hacerle comprender el misterio con un tesón repugnante.

Don Panchito, en la adolescencia apenas, alcanzó a resolver del todo algunos de esos problemas ; y así como fué solucionándolos fué también comprendiendo toda la miseria y toda la bajeza de aquellos dos desgraciados.

Sí, su padre había sido muy injusto... ¿No decía en su presencia los mayores desatinos cuando se enojaba ? Y sin embargo, una vez, estando a la mesa, le dió una bofetada por haber insultado a Rosa con un calificativo que acababa de enseñarle él mismo, aquella tarde.

¡ Oh, sí ! ¡ El tiene las injusticias clavadas en el alma ! Su padre... ¿ seguirá lo mismo ? ¡ Quién sabe, está ya viejo ! ¡ Cómo lo encuentra destruído ! ¡ Pobre papá ! El nunca se imaginó que podía encontrarlo así, casi calvo y con el pelo tordillo. ¡ Cómo pasan los años de la vida, oh Dios !... «No quiero que nadie de la estancia ¿ me entiendes ?...» ¿ No ve usted ? ¿ Qué necesidad de amenazar, de hacerse el malo ?

Si su padre cree que va a seguir tratándolo como antes, está muy equivocado... Se irá, se irá a vivir solo por ahí ; que para eso es más

hombre que cualquiera. ¡ Bueno es él para malos modos, él que no se las aguanta ni a Dios mismo !

En este instante un gallo aletea ruidosamente del lado de la cocina, y rompe el silencio de la noche campera con su voz metálica ; aquel canto, inesperado y alegre como una diana gloriosa, arranca a don Panchito de sus meditaciones y derrama en su cerebro como una oleada de luz.

—¡ Oh, los gallos !—murmura recordando a sus viejos amigos de la infancia.—¡ Cantan los gallos !...

La luz de la vela, consumida por completo, aletea su agonía en el cáliz del candelero de cobre. El viento ha cesado afuera por completo, y desde el campo, y amortiguado por la distancia, llega hasta el joven el rumor de mil balidos lejanos. Don Panchito escucha un instante, y al cabo murmura en tono melancólico :

—¡ Las ovejas !... ¡ Cuántas ganas tengo de ver todo eso ! Ni me acostaría ¡ caramba !

Pero cuando la luz del alba empieza a mostrarse indecisa por el lado del oriente, don Panchito, rendido, duerme como un niño sobre aquella cama modesta pero muelle, sobre aquel colchón que exhala todavía el tufillo característico del vellón de los carneros.

III

—¡ Pum, pum, pum !... ¡ Don Panchito !... ¡ Don Panchito !... ¡ Recuérdese que es tarde !... ¡ Pum, pum, pum !...

El joven, con cara de sufrimiento y de disgusto, y los párpados hinchados por el sueño, se incorpora a medias, mirando hacia la puerta.

—¿ Qué ? ¿ Qué hay ?

—Soy yo, don Panchito, que le traigo el mate. ¡ Dispiértese !

—¡ Ya voy, ya voy hijo, un momento !

Y don Panchito, observando con cierta sorpresa mezclada con satisfacción que está vestido, deja la cama en seguida, y después de un largo desperezo felino abre la puerta, dando paso a una oleada de sol resplandeciente y cálido, que inunda de luz toda la alcoba.

De pie en el umbral, en cabeza y con un mate en la mano, está un personaje a quien el joven no puede reconocer en un principio.

—Güen día—dice, presentando el mate co-

mo si fuera una puñalada, y sonriendo con sus grandes dientes blancos, mucho más blancos que los mismos de don Panchito, que tanto los cuida.

—Buenos días, hijo. Vos sos Bibiano ¿no?

—Sí, seor, sí.

Y torna a reir con su risa sana, con aquella risa que parece querer estallar a cada instante. Bibiano tiene los zapatos empapados de rocío y llenos de pajitas doradas que la humedad les ha adherido al corretear entre los yuyos.

—Es tarde ¿no?—vuelve a preguntar don Panchito, al chupar aquel mate que por lo amargo, y por la falta de costumbre, le trae el recuerdo de Sócrates bebiendo la cicuta.

—Sí, tarde; deben de ser como las jonce...

—¿Y el viejo?

Bibiano abre lo sojos desmesuradamente, y cambia la vista hacia otro lado manifestando así que no entiende, y que el patroncito lo pone, con su pregunta, en un verdadero compromiso.

—El viejo, sí—replica don Panchito sonriente.—Sí, el viejo, mi padre, el patrón.

—¡Ah!—y Bibiano, contento como una persona extraviada que encuentra su camino, se apresura expedirse:—¡Ah, el patrón! Montó a caballo hoy de mañanita, como a las cinco; yo mismo le ensillé el tostao. Me encargó que lo dispertara a usté y todo.

—¡Ah! ¿sí? ¿y no ha vuelto?

—No, seor ; entoavía no.

—¿Y no sabes para dónde fué?

—No, seor ; pero creo que pa lo de don Sandalio, a sigún dijieron en la cocina.

Don Panchito frunce el entrecejo ligeramente, mas luego, al devolver el mate, pregunta a Bibiano con tono indiferente :

—¿Y cómo está Sandalio? Vos debés ir por allá algunas veces.

—¿Yo? Sí, seor. Ayercito no más, el patrón me mandó con una carta.

—¡Ah! ¿sí? ¿y vas siempre?

—Yo no, pero van todos... Don Cosme, Mosca, el patrón, todos...

—Cosme es el capataz ¿no?

—Sí, seor.

—No me digas señor ; decime don Panchito.

—Sí, seor, don Panchito.

—Bueno, ¿y quiénes hay en lo de Sandalio?

—En lo de don Sandalio hain doña Rosa, Jacinto, y Pedro, y la señorita también.

—¿Quién es la señorita?

—Marcelina, la hija de don Sandalio, pué.

—¡Ah! ¿sí?

Y don Panchito, luchando con los pensamientos que se atropellan en su mente, frunce sin darse cuenta el entrecejo, de una manera tan fiera que acaba por asustar al muchachuelo.

—Voy—dice balbuciente Bibiano—voy pa la cocina a enllenar el mate.

—No, quedate.

Y don Panchito continúa el interrogatorio en tono insinuante y suave :

—¡ Qué Bibiano éste ! ¿ Y cuántos años tienes ?

—Mi mama dice que voy pa los quince, seor... don Panchito.

—¡ Ah, es cierto ! Tu mama es Laura ¿ no?

—Sí, seor, mi mama.

—¿ Y tu padre?

—¿ Mi tata? Yo no lo he conocido a mi tata. Dice mi mama que se murió en Lobos... Yo no sé.

Don Panchito torna a sonreir, y sentándose en la cama repite pensativo :

—¡ Qué Bibiano éste !

—Voy a dir a trair...

—No, esperate. Marcelina es una chica como vos ¿ verdad?

—¡ Oh no, seor ! ¿ Marcelina? ¿ La señorita? —y Bibiano hace un bello gesto de asombro.— Es una moza, don Panchito ; es una moza grandota.

Entonces el joven, como quien cumple un deber y con esa clásica depravación ciudadana pregunta al muchacho, bajando la voz :

—¿ Y qué tal? ¿ es linda?

Bibiano hace un mohín de indiferencia con su bocaza enorme.

—Dicen que es güena moza, pero a mí no me parece.

—¿Y...?—continúa don Panchito, cada vez más interesado,—¿y por qué le dicen *la señorita?*

—¡Ah, yo no sé!... yo no sé... creo que es por orgullosa...

—¿Por orgullosa?

—Sí, seor.

—¿Y por qué?

—¡Ah! yo no sé, don Panchito.

—¿Cómo que no sabes?

—No sé, don Panchito, li asiguro.

—¡Mentís!

Y don Panchito asusta al chico con una de sus miradas más feroces. Bibiano, con los ojos como patacones, se vuelve hacia la puerta abierta, indeciso y trémulo.

—¡Decime!

—Vea, don... vea, don Panchito, quel patrón se enoja, quel patrón no quiere...

—¿Qué cosa no quiere?

—El patrón no quiere que hablen mal de la señorita.

Don Panchito vacila un momento; pero, como no piensa más que en satisfacer sus deseos, no puede darse cuenta de su papel vergonzoso, y agrega muy luego, convincente:

—Yo no te digo que hables mal, zonzo. Te

digo solamente que me expliques por qué dicen que es orgullosa la hija de Sandalio.

Bibiano, haciendo un puchero horrible, replica entre dientes y con voz lastimera:

—El patrón me va a castigar, don Panchito...

El joven se levanta de la cama, entonces, y Bibiano, asustado, retrocede un paso.

—Vamos, no seas pavo. Decímelo todo, y te doy un peso—y la mano fina y cuidada del caballero acaricia nerviosa la greña luciente del pampita.—¡ Vamos, hombre!

Los ojos grandes y llorosos de Bibiano buscan humildes los de aquel paladín esforzado, que tan poco se preocupa de los peligros a que lo expone con aquella pretensión absurda, y su voz torna a repetir sollozante:

—El patrón me va a pegar, don Panchito...

El joven se ríe con su risa perversa, y torna a repetir, insinuante:

—Nadie te pegará, mijo, yo te defiendo; decímelo todo.

Bibiano, trémulo como una vara de duraznillo combatida por el viento, vacila todavía; pero, cuando la cólera de don Panchito va a estallar de impaciencia, se oye una voz temblorosa y apenas perceptible, que dice entre lágrimas y como quien recita:

—Es orgullosa porque se lava y se paina todos los días, y porque se pone paqueta, y por-

que lee los peródicos quel patrón li hace tráir por la galera...

—¿Y qué más?

—Y nada más; yo no sé más, y el patrón áura me va a pegar porque li dicho...

Y Bibiano se echa a llorar desconsolado.

Don Panchito le acaricia de nuevo, como quien acaricia a un potrillo:

—¡Vamos, hombre! No tengas miedo; nadie te hará nada. Yo te cuido; pero ¿cómo sabes que el viejo se enoja?

Bibiano se vuelve para mirar hacia la puerta, y luego, fijos sus grandes ojos desconfiados en los ojos curiosos de su interlocutor, dice en voz baja:

—Una vez, Peralta...

—¿Quién es Peralta?

—Un pión qui había...

—¿Qué hizo Peralta?

—Nada, dijo en el corral no sé qué cosa de la señorita pa hacerlo rabiar a don Sandalio, a sigún dijieron, y entonces el patrón le pegó unos rebencazos...

—¡Ah! ¿sí?

Y los ojos de don Panchito, turbios, plomizos, se agrandan enormemente.

—Sí, y áura me va a pegar a mí también, don Panchito...

Don Panchito tiene un respingo que hace dar un salto nervioso al pobre chico.

—¡ Te he dicho que no, animal!

Y luego, cambiando de tono, añade autoritario :

—Andá, traeme un mate.

Bibiano sale, enjugando sus lágrimas con el revés de los dedos, y don Panchito permanece largo rato con el ceño fruncido y las manos en los bolsillos, recostado en el contramarco de la puerta.

Cuando Bibiano vuelve con el mate tiene que *campearlo*, sin embargo. El joven ya no está allí, sino en la costa de la laguna, entre los sauces. Ha recorrido todo el casco de la estancia, despertando a cada paso, en su mente, recuerdos, amables unos, tristes los otros.

El corral de las ovejas, el tambo, el chiquero de los cerdos, el palenque de los caballos. ¡ Cómo están grandes los sauces! ¡ cómo han crecido! Siente deseos de montar a caballo, de correr, de retozar por el campo ; pero no hay caballo alguno en la estancia, se diría que han quedado *en las casas* mujeres solas, y este pensamiento lo molesta, sin duda, porque murmura entre dientes :

—El viejo se ha olvidado de hacerme agarrar caballo, porque cree que soy un gringo...

Y como el sol cae a plomo sobre su cabeza, don Panchito se siente atraído por el verdor y la sombra de los sauces de la costa de la laguna, cuyas aguas relumbran, allá a lo lejos, en incesante cabrilleo.

Don Panchito, con agilidad gimnástica, salta uno por uno todos los lienzos que forman los bretes del corral de las ovejas, y llega así hasta la costa.

Hay una barranquilla de tierra que el agua va socavando lentamente hasta dejar al descubierto las raíces de los sauces. La paja de techar, esa paja verdinegra y recia cuyas hojas se yerguen amenazadoras y cortantes, festona toda la laguna y aun avanza, formando islotes de verdura, centenares de metros hacia el centro. En los claros que dejan entre sí los matorrales compactos, muestra la lama viscosa sus tornasoles de esmeralda y de grana, y en la orilla misma, allí donde sólo hay media pulgada de agua cristalina, millares de pececillos obscuros huyen en desbande al sentir los pasos del joven sobre la playa fangosa.

La laguna es inmensa, tan inmensa que parece un mar sin orillas, y bajo el sol resplandeciente toda su fauna entona un himno de vida, un himno inarmónico de gritos y de graznidos que no cesa nunca.

Se diría que sobre aquellos matorrales, que surgen sobre la superficie como esmeraldas enormes incrustadas en el cristal brillante, se hubieran congregado todas las alimañas de la estancia para discutir entre rezongos quién sabe qué extravagantes proyectos de conquista.

Todo un mundo de seres vive, rebulle y ale-

tea entre aquellos islotes que se elevan a veces hasta dos metros sobre el nivel del agua tranquila, y que en los días de viento silban y ondulan como los juncos de los bañados.

Hay gallaretas pintadas y chillonas a centenares; hay cisnes, espátulas, chajáes, garzas cenicientas y enormes, zambullidores pequeñitos y ágiles, becasinas, patos y chorlos. Las nutrias hacen rechinar sus dientes, ocultas entre las pajas, allí cerquita de la orilla, donde los sauces inclinan sus cabelleras sobre el agua; y a lo lejos, en otra playa arenosa que inunda el sol, los teros reales, de rojas patas, llenan el aire con su incesante alerteo.

Don Panchito mira aquel hermoso espectáculo pensativo, casi risueño. La laguna es para él como una vieja e inolvidable amiga; es una amiga que en otros tiempos lo vió dormirse bajo los sauces, cansado de mirarla con aquellos sus ojos de entonces, grandes, azules, y cargados todavía con las nostalgias maternas.

Don Panchito va a continuar su marcha, al cabo de algunos minutos, cuando ve agitarse de pronto un matorral inmediato, tan rudamente, tan bruscamente, como si se hubiese refugiado en él un gran animal salvaje. El agua chapoteada forma grandes círculos concéntricos, que hacen ondular el manto de la lama y vienen a morir sobre la resaca de la orilla. ¿Qué será? Don Panchito, sorprendido, vacila un

instante; pero luego el cazador instintivo, que todos los hombres de la raza llevamos agazapado encima del diafragma, se despierta, y el joven, con el cuello estirado como un perro de muestra, las fosas nasales palpitantes y el ojo avizor, saca su revólver, lo amartilla delicadamente con ambas manos, y avanza en descubierta.

—¿Será un perro? No, es mucho más voluminoso que un perro aquello. ¿Será una vaca? ¿Un caballo tal vez? ¡Tampoco! ¿Qué diablos va a estar haciendo allí uno de esos animales?

Don Panchito, que se ha metido en el agua sin darse cuenta de ello, al tratar de acercarse lo más posible, levanta su revólver y apunta al matorral; pero entonces siente pasos detrás de sí, y se vuelve bruscamente.

—¡Chist!... no hagas ruido—dice con un gesto a Bibiano, que es el que llega con el mate, un mate todo chorreado a causa de su larga peregrinación entre los yuyos.

Don Panchito, inmóvil dentro del agua, pregunta en voz muy baja:

—Ché ¿qué es eso?

—Debe de ser Mosca, seor...

—¿Mosca? ¿qué es Mosca?

—Mosca... Mosca...—y en verdad que Bibiano no sabe explicar a aquel ignorante quién es Mosca, ese Mosca más conocido que la ruda y que el grito de la lechuza.—Es Mosca, don Panchito, el ranchero, el que corta la paja.

—¡ Ah !

Y el joven, algo avergonzado por un error evidente, sale del agua, guarda el revólver, y recibiendo el mate del muchacho se pone a tomarlo silencioso. En ese momento Mosca, que surge del matorral muy sonriente y con un mazo de paja entre los brazos, se dirige lentamente hacia la orilla.

—¡ Güen día, don... !

—Buen día, amigo. ¿Qué tal el agua?

—¡ Linda no más !

Y Mosca, con sus pantalones de gambrona chorreando agua, llega a la costa y se entrega a la tarea de extender el mazo de paja junto a los muchos que ha puesto allí, sobre el pasto, para que el sol los seque.

Mosca podrá tener cuarenta años, como podrá tener veinticinco. Es moreno, de un moreno tan subido que casi puede decirse mulato.

Su cabellera retinta, frondosa y naturalmente rizada, protege el tesoro de su cerebro de los rigores de la intemperie, porque hay dos prendas en el vestuario de la civilización a las cuales Mosca no ha concedido jamás importancia alguna, y son el sombrero y los botines. El no cree ni ha creído nunca en la necesidad de tales cosas. En pleno invierno, trabajando en las lagunas con el agua a la cintura, y en el rigor del verano, montado sobre el caballete de los

ranchos, Mosca ha estado siempre en cabeza, en cabeza y sin botines.

La paja de techar es muy filosa cuando está verde, y por esta causa el hombre siempre tiene las manos y los pies llenos de tajos, de tajos que lo obligan a caminar renqueando, y a hacerse unos vendajes curiosísimos, que envidiaría el mejor cirujano por lo firmes, y rechazaría el gaucho más descuidado por lo sucios.

Mosca extiende el mazo sobre el suelo con una minuciosidad meticulosa, y luego, en cuclillas, se pone a liar un cigarrillo negro. Todo el aspecto simiesco de su persona resalta en aquella postura que parece serle muy cómoda y muy descansada, y el hombre sonríe, mirando a don Panchito, con una sonrisa canallesca, cargada de malicia.

—¿Qué tal?—pregunta don Panchito, nervioso, por decir algo.

—Ya lo ves—responde Mosca, sonriente, encendiendo su cigarrillo con la chispa de un viejo yesquero de cola de mulita.—Ya lo ves, pitando.

Don Panchito, pálido de rabia y de sorpresa, avanza un paso.

—¿Qué decís?

Pero Mosca no repara ni en la pregunta ni en la actitud del joven, y agrega con aire picaresco:

—¿A que no convidás con un mate?

Don Panchito, fuera de sí, vomitando un in-

sulto, va a lanzarse sobre aquel atrevido, pero Bibiano lo contiene sujetándolo por el saco.

—Dejeló don Panchito. No li haga caso. Mire que es loco; mire que nadies li hace caso porque es loco.

—¿Loco?—y el joven, con un tirón brusco, se desprende de las manos del muchacho.—¿Loco? ¡yo le voy a quitar las locuras a patadas a este trompeta!

Y al ver los ojos saltones y turbios de don Panchito, y la palidez de su rostro, se creería que él es el loco, y no el otro que está tranquilo en cuclillas.

—¡Te voy a romper el alma!

—¡Dejeló, don Panchito! ¡no li haga caso!

En ese momento se oyen los pasos precipitados de un caballo, y aparece bruscamente, apartando las ramas de los sauces que quieren latiguearle el rostro, don Pancho, jinete en su tostado brioso y grandote, en su tostado cubierto de sudor y salpicado de lama hasta las crines.

—¡Hola!—exclama.

Y en seguida, reparando en el visible trastorno de su hijo:

—¿Qué hay? ¿qué pasa?

Don Panchito, fingiendo indiferencia, se propone explicar el caso:

—Nada; que este atorrante—y señala a Mosca que con aspecto azorado se ha puesto de pie—que este atorrante me ha faltado al...

—¡ Ahijuna !—y la interjección del patrón se mezcla con el bufido del caballo fogoso al contraerse en el salto, y con el chasquido de un *lonjazo* sobre las greñas de Mosca, que tambalea y que cae.—¡ Tomá, pa que aprendás !

Don Pancho contiene al tostado que, enardecido por la atropellada, se abalanza y resbala sobre el fango. Mosca se levanta aturdido, mostrando en el labio inferior una gran desgarradura sangrienta.

Padre e hijo lo contemplan en silencio por espacio de algunos segundos ; pero, cuando él torna a sonreir con su eterna sonrisa, don Pancho dice, también risueño :

—¡ Es un animal ! ¡ es un loco ! No le hagás caso.

Y ambos toman el camino de la estancia, seguidos por el muchacho que lleva el mate en la mano.

IV

Acaba de anochecer y en la vieja cocina, con piso de tierra endurecida, los peones de la estancia vanse agrupando en torno del fogón ahumado, en torno de aquel fogón que se abre en la pared y en el cual una olla enorme y ventruda, una olla de tres patas, canta sobre la lumbre su eterna canción nostálgica.

Como siempre, el espectáculo del atardecer ha derramado en el espíritu de aquellos hombres, fatigados por la ruda labor de muchas horas, una sombra tenue de tristeza, una sombra de infinita melancolía, que los mantiene serios y meditativos, rumiando allá, en las profundidades del cerebro inculto, quién sabe qué extravagantes absurdos filosóficos.

Muy pocos son los que hablan, y los que lo hacen tienen palabras lentas, palabras que vuelan a flor de tierra, como pájaros nocturnos que tuvieran las alas húmedas.

Los que están en cabeza miran el fuego con obsesión bovina, y los que tienen sombrero pues-

to, que son los más, se cubren los ojos con él y contemplan el suelo, pensativos.

La vieja Laura, que ha estado removiendo cacerolas allá, en un rincón obscuro, se acerca al grupo compacto y dice con voz malhumorada :

—A ver, cabayeros, hagansé a un lao, que tengo que poner la carne.

Algunos refunfuñan algo, pero todos apartan sus bancos de madera ; y la vieja, después de retirar la olla con un gemido de esfuerzo, echa sobre las brasas un gran montón de ramas de duraznillo seco, de ramas que arden al momento, con hermosísima llama.

—Ta linda la leña—murmura uno.

—¡ Ah, ah ! Enciende lo mesmo que si juera yesca—aprueba Cosme, el capataz de la estancia, echándose el sombrero a la nuca al recibir de manos del mensual de campo el mate que le alcanza.

Cosme es un gaucho alto y huesudo, un gaucho de aspecto taimado, a quien un homicidio alevoso llevó a la cárcel seis años atrás, y a quien don Pancho consiguió el indulto para traerlo consigo y convertirlo en su hombre de confianza.

Cosme mató de una puñalada a un pobre vasco en la pulpería de *San Luis*, y ese hecho, que no fué una hazaña, le ha valido, sin embargo, el prestigio de hombre bravo, de que goza en el partido.

—Traiga, doña Laura, yo se lo ensarto.

—Güeno, hágame el favor. Estoy tan vieja que no voy pudiendo ya con mis güesos.

Y Laura, con un pañuelo amarillento amarrado a la cabeza y su eterna lágrima en el ojo ausente, presenta a Cosme el asador engrasado y lustroso, y la media res de capón, gorda y carnuda, que la vence con el peso.

—¡Pucha! que ha charquiao lindo el cuarto, doña Laura. Parece que lo hubieran agarrao los chimangos.

—¿Y qué quiere, don Cosme? El cuchillo no corta ni agua...

—¿Por qué no lo afila, pué?

—¿Sí? Ustedes me han tirao la piedra, quién sabe ande. Hace una punta de días que no l' hayo.

—¿Por qué no le pide otra al patrón?

—¡Ah, ah, eso es! —exclama la vieja con sorna, y todos se ríen pensando en el escándalo que armaría don Pancho al saber que la piedra se había perdido. Porque el patrón de *La Florida* tiene entre los gauchos fama de avaro, de *agarrado*, y porque, por más que Cosme ande siempre haciendo protestas de su afecto para con él, y enumerando los sacrificios de que sería capaz para mostrarle su reconocimiento, no pierde oportunidad de hacer chascarrillos a costa de lo que él considera una de las tantas debilidades de su protector.

El capataz dispone cuidadosamente la carne y clava el asador ante la llama, que alza crepitantes sus largas lenguas amarillas.

—Hoy nos vamos a ensebar el pico, señores —dice al sentarse de nuevo, y limpiándose los dedos engrasados en la capellada de sus botas fuertes.—Hoy ha carniao gordo Domingo.

El aludido, un muchacho flaco y paliducho, a quien la barba renegrida y ensortijada hace parecer más macilento todavía, explica lentamente :

—¡ E verdá ! El patrón me encargó que carniara gordo. Agarré un capón como un toro. Debe ser pa brindarlo al hijo...

—¡ Ah, ah ! Sería mejor que carniáramos ansina siempre—murmura Cosme pensativo.—El patrón pa hacer l' economía nos hace comer usamentas, y mientras tanto, toditos los vecinos carnean gordo de lo nuestro. Ayer no más, a boca e noche, hayé en la rinconada e los Alamos la panza de uno que habían carniao recientito. Ni se lo dije al patrón ¿pa qué? ¡ Hombre caprichoso ! Si él permitiera que carniáramos ajeno, sería otra cosa. Hoy por mí, y mañana por vos, como dice el refrán. Pero ¡ qué diantre ! él no quiere...

En ese momento entra en la cocina Bibiano, que trae unos bozales, y el capataz se vuelve hacia él para preguntarle :

—Ché, chiquilín ; ¿dentraste el recao del patrón?

—Sí, seor, sí—se apresura a contestar Bibiano, diligente.

—¿Y el otro, el del patrón chico?

—También lo guardó don Panchito mesmo.

—Güeno, no te olvidés de los almohadones del breque.

—No, seor, no.

Transcurren algunos segundos de silencio, durante los cuales no se oye otro rumor que el que produce la llama al retorcerse tratando de alcanzar al asador, sobre cuyos bordes la grasa comienza a achicharrarse y a destilar ardientes gotitas cristalinas.

—¿Dónde está Mosca?—pregunta de repente el capataz.

—¿Mosca... Mosca? ¿No está ahí ajuera?

—No sé... Dicen que hoy el patrón lo retó fiero. ¿No, doña Laura?...

La vieja se acerca al grupo presurosa; y limpiándose las manos en el delantal dice con voz misteriosa y muchos aspavientos:

—El patrón le pegó un lazazo... ¡pobrecita alma e Dios! Y entoavía, en vez de enojarse, se ráiba el disgraciao.

—¡Ah, ah!

Y todos los circunstantes alargan el pescuezo, con la curiosidad más ansiosa.

—Sí—prosigue la vieja, dándose un golpe en las polleras y cayendo en cuclillas tan instantáneamente como si hubiese golpeado un resor-

te.—Sí ; el chico, mijo, lo vido y me lo contó todo. Parece quel loco le faltó en algo a don Panchito, y entonces el patrón lo castigó con el rebenque, y lo pisotió con el caballo.

Todos se quedan por un momento pensativos, hasta que al cabo Bibiano dice con su vocecita aflautada de muchacho :

—Lo atropelló con el tostao, don Pancho. Yo le vide ; jué en la costa e la laguna.

—¿Vos lo vistes?

Y el capataz vuelve hacia el chico sus ojos atravesados, aquellos ojos obscuros que nunca miran de frente.

—Sí, seor, yo lo vide.

—¡ Chá, qué hombre ! ¡ Siempre el mesmo ! ¡ El patrón va acabar mal, amigo !

Y el gaucho se pasa la mano por la frente, como si quisiera apartar de su cerebro algún pensamiento ingrato.

El, como todos aquellos hombres, tiene guardado en el corazón el recuerdo amargo de alguna gran injusticia, de algún ultraje sangriento, cuya memoria acude a la mente cada vez que el patrón ejerce una nueva violencia con alguno.

¡ Oh, las que aquel hombre les ha hecho ! Don Pancho olvida al momento sus excesos, pero ellos no, no pueden olvidarlos nunca, los tienen enquistados en el corazón y en el cerebro, como gusanos malditos !

—¿Y qué tal el hijo? Yo no lo he hablao entoavía. Debe de ser orgullóso ¿no?

Y el capataz mira a la vieja, deseoso de saber algo sobre aquel nuevo patrón que les ha caído del cielo y que es todavía para todos como un misterio preñado de amenazas.

Laura, enjugando su ojo sano, su ojo al que el humo del duraznillo llena de lágrimas a cada instante, responde con calor :

—¿Orgulloso el patroncito? ¡De ande, hombre! Don Panchito no se parece en nada al padre. Don Panchito es un güen mozo, blanco, con ojos azules. Don Panchito es...

—El patrón tamién es güen mozo, pero...

—Pero ¿qué?

—¡Pero el diablo que lo entienda!

Todos ríen de la salida del gaucho, y la vieja Laura prosigue con cierta melancolía :

—Es lo más parecido a la finadita, que Dios tenga en su santa gloria. Los mesmos ojos, el mesmo pelo. Acuerdensén que yo lo vide nacer y que lo he tenido en mis brazos.

Hay una breve pausa, que interrumpe el mensual de campo para decir insinuante :

—A mí me gusta más don Eduardito, el del *Cardón*. Ahí tienen un hombre gaucho, un hombre güeno con los pobres, y que no li hace asco a ningún animal, por bellaco que sea.

La vieja torna a hurgarse el ojo con el pañuelo, y pregunta con sorna :

—Sí, y chupador, y corsario pa las mujeres ¿no?

—¿Y diay? ¿pa qué es hombre, pué?

Y todos se ríen de la vieja, que se finge escandalizada por aquella opinión libertina, tan difundida, sin embargo, entre los hombres del campo.

—Don Panchito—rezonga Laura—don Panchito debe de ser mucho más formal y más hombre que don Eduardo. A don Eduardo naides lo rispeta.

—¿Quién liá dicho eso?

—¡Bah! ¡tantas veces les oído ráirse a ustedes mesmos d' él!

El capataz se pone serio y replica:

—Nosotros nos ráimos a veces, es cierto, pero no por faltarle en nada. Nos ráimos porque don Eduardito tiene cada ocurrencia...

En ese momento entra Mosca en la cocina, y arrastrando los pies mugrientos va a colgar su machete en un rincón.

—¡Güenas!

—Güenas noches, don Mosca; ¿qué dice?

El loco no responde y viene a sentarse entre el grupo, que se abre para hacerle lugar.

—¿Qué tal?—insiste el capataz con voz lenta, y Mosca, sonriendo en silencio, menea la cabeza greñuda y muestra el labio tumefacto a consecuencia del golpe.

—¿Qué tiene ahí?—le pregunta uno con fingida inocencia.—¿Se ha cortáo con la paja?

Mosca, siempre sonriente, hace un gesto negativo.

—¿Y entonce?

—El patrón... ¡chás, chás, chás!—y el infeliz levanta y baja repetidas veces la mano negra, su mano callosa y llena de ataduras.

—¿Lo castigó?

—Sí, pué—y Mosca, mirando al suelo pensativo, se ríe otra vez, con su risa nerviosa, que hace daño.

Todos le miran en silencio; y en el ambiente ahumado de la cocina flota por un momento una nube de trágica tristeza, de tristeza que acentúa el cuzcuz nostálgico y lejano del pájaro nocturno y el eterno chirriar de los insectos.

—¡Qué le vamos hacer, hombre! ¡Qué le vamos hacer!

—¿Y el hijo?—pregunta el vasco alambrador —¿y el hijo sabrá ya ande el padre tiene la nidada?

—¿La nidada? ¡Ah, sí! No, entoavía no debe de saber—responde Cosme, sonriendo con malicia;—pero que ni se le ocurra rumbiar pá yá... ¡Güena se armaría! ¡Güeno es don Pancho pá esas cosas!

La vieja interviene entonces con viveza:

—¿Y diay?... ¿y diay? ¿acaso no sería mejor que un mozo como don Panchito... y no un viejo como el patrón...

—...se coma la carne ¿no?—pregunta, riendo, el mensual de campo.

—Callesé, zafao—responde la vieja riendo:—Callesé; yo no digo eso, pero me parece que la señorita es más al propósito pal hijo que pá don Pancho.

—Sí, a la verdad; pero, doña Laura, a mí me parece que, si el patrón chico es como el patrón viejo, las cosas van a andar muy mal.

—Mal ¿por qué?—replica entonces Laura.—Don Panchito es güeno y sabrá lidiar con el padre ¡caramba! Yo no creo, tampoco, quel patrón quiera tratarlo a rigor como a todos; yo creo...

Al llegar aquí, una carcajada burlona de Mosca interrumpe las consideraciones de la vieja.

—¿De qué se rái, hombre?—y todos vuelven la vista hacia el loco, que, entretenido en sobarse los muslos y con la cara llena de risa, responde:

—Me río... me río... ¡don Panchito güeno! ¡Es mucho más pior quel patrón! Al patrón lo apodan *el Carancho* en el pueblo, y el hijo es otro carancho; tenemos aura dos caranchos en *La Florida*. ¡Se van a sacar los ojos!...

Y el loco torna a reir, mirando con sus ojos vagos a los circunstantes, que se han quedado en silencio.

En ese momento entra Bibiano en la cocina, Bibiano que trae del comedor una gran fuente

de hierro enlozado y que al depositarla sobre la mesa exclama con un suspiro :

—¡ La pucha ! ¡ como están alegando los patrones !

—¡ Ah ! ¿ sí ?

Y el aire de la noche trae, amortiguado por la distancia, hasta el oído de los peones, el rumor de dos voces que discuten.

V

La tarde declina sofocante y pesada como una atmósfera de horno. Ni el más leve soplo agita las ramas erguidas de los duraznillos o riza la superficie de los bañados dormidos, donde el fango se grieta bajo el sol implacable. Nubes de sabandija bordean en el ambiente caldeado, y la maciega corrompida por la humedad y el calor exhala hedores de ciénaga.

Una gran tormenta, una tormenta enorme, llena todo el oeste y avanza sobre la línea difusa del horizonte sus crestas azules de cordillera lejana. Se diría que el peso de aquella sombra, en vez de aplacarlo, irrita al calor hasta el punto de hacer el ambiente irrespirable.

Eduardito vuelve borracho de la pulpería de *San Luis*, y su caballo tubiano, cubierto de sudor, resopla anheloso galopando por el ancho camino reseco, cuyo polvo, al mezclarse con la humedad de la bestia, forma en las patas largas chorreaduras mugrientas.

Eduardito vuelve borracho pero contento, y

la prueba de ello es que juega con su caballo sin observar que el animal se sofoca bajo aquel ambiente de fuego. Las espuelas nazarenas han picoteado la cincha y teñido de rosa la blancura del vientre, mientras que el bocado, al lastimar los *asientos*, en los tirones brutales de la mano de hierro, torna roja la espuma que llena la boca. Eduardito, con el chambergo echado a la nuca y fuera los pies de los estribos de plata, *cierra* las piernas al tubiano, que gime en una atropellada salvaje para ir a *rayar* en seguida, sofrenado por la mano del mozo que ríe a carcajadas. Una nube de jejenes hambrientos aureola la cabeza del jinete, y otra nube menos densa, pero más temible, de tábanos y de moscas bravas, ataca al caballo, que escarcea con rabia y se castiga la grupa con la cola nerviosa. A poco andar, Eduardito observa que el recado está flojo y que la cincha se corre a las verijas; entonces detiene al animal y desmonta a la orilla del camino. La tormenta continúa su avance sobre la inmensidad del poniente, y sus grandes crestas obscuras, festoneadas por una franja de bronce, van encontrándose ya con el sol que desciende.

Eduardito, que ha desatado el cinchón, aflojado la cincha y corrido un poco el apero hacia la cruz del lomo, siente que sus piernas flaquean, que una pereza enorme invade todo su ser, y entonces, sin ajustar de nuevo el recado, apoya

ambos brazos sobre el caballo y se queda mirando el horizonte.

El tubiano, con la cabeza gacha, respira pesadamente como una oveja cansada. Bajo la cincha, bajo las cabezadas del freno, bajo la cogotera del bozal, en cualquier parte, en fin, donde hay un roce, por pequeño que sea, el sudor del caballo ha trazado un surco blanco de espuma. La combustión de la sangre del hombre y de la bestia exhalan un hálito bravío, que atrae como imán irresistible al enjambre zumbador de los tábanos, de las moscas y de los jejenes.

Eduardito contempla la tormenta deseándola, y espanta la sabandija con el movimiento inconsciente de su mano de ebrio, mientras el caballo, enloquecido por el aguijón implacable de los tábanos, cuyas alas de mica van formando constelaciones sobre la tabla del pescuezo y sobre los encuentros sudados, hace retemblar el suelo bajo los golpes nerviosos de sus patas, corta el aire con el azote silbante de su cola, o bien, bajando la fina cabeza cargada de argollas y de trenzas, la restriega desesperado contra sus manos de gama.

—¡ Ingo !—y Eduardito, agregando una guarangada, dobla los cojinillos sobre los bastos y tomando el correón ajusta nuevamente la cincha con un par de tirones tan bárbaros, que hacen gemir al caballo, al que por poco no se echa encima.

—Bueno, entonces vamos a pegarle — dice; pero, al inclinarse para recoger el cinchón que se ha caído, oye el rumor de un galope apresurado y cercano, que le obliga a volverse y a mirar al camino.—¿Quién es?—murmura observando con los párpados entornados un jinete que se aproxima al galope largo de un caballo gateado.—¿Será mi primo? ¡La pucha! ¡parece un inglés! ¡parece un inglés por la cara!

Don Panchito sofrena a veinte pasos y se acerca despacio. Eduardito, con el disimulo cauto del gaucho, lo mira de reojo ajustando el cinchón.

—Buenas tardes.

—Buenas, amigo.

Y con la mano izquierda en la cadera, apoya la derecha en la cabezada del recado y trata de borrar de sus labios una sonrisa que vaga retozona.

—¿Voy bien así para San Luis? ¿quiere decirme?

—¡Ah, ah!... derechito no más...

—¡Bueno, gracias, adiós!

Y don Panchito se dispone a continuar su camino, pero el otro exclama:

—Ché, ché... pero... pero ¿no me conocés?

—Yo no... ¿quién es usted?

Y don Panchito enarca las cejas curioso y desconfiado.

—¡Soy Eduardo Suárez!

—¡ Eduardito !—grita entonces el joven, dejándose caer del caballo que pega una espantad y casi le arranca el cabestro de la mano.—¡ In go !... pero ¿ sos vos, hermano?

Y don Panchito, con su cara agridulce tod descompuesta por la emoción, se lanza sobre s robusto primo y lo palmea y lo abraza con trans porte.

Eduardito ríe a carcajadas y se tambalea an te aquel vendaval de caricias, repitiendo tod baboso :

—¡ El mesmo ! ¡ Sí, pué ! ¡ el mesmo !

—¿ Para dónde vás ? ¡ Pucha que estás gran dote !

—¡ Vos estás hecho un hombre ! Lástima qu te afeités... Vengo de *San Luis*... voy pá la es tancia... se viene el agua...

—¡ Es verdad ! Yo iba a *San Luis* a busca unos tornillos para el molino que se há descom puesto...

—¡ Te va a agarrar el agua !

Y Eduardito se ríe satisfecho, mirando a s primo tan elegante y tan correcto bajo su traj de montar, y aquel caballo tan bien ensillado *tan gauchito* que no parece el de un *cajetilla*.

—¡ Ta lindo el gatiao, hermano ! ¿ Y el viejo

—Está bien, gracias ; está bien.

—¿ No se han peliao entodavía?

—¡ No, hombre ! ¿ por qué?

Y don Panchito hace un gesto escandalizado

En ese momento retumba un trueno, lejano y breve como un cañonazo.

—¡ A la pucha !—exclaman los dos a un tiempo, y se apresuran a montar a caballo.

Eduardito pisa lentamente en el estribo y luego bolea la pierna con la agilidad de la costumbre. Don Panchito mancorna su caballo, que es ligero para subir, y lo monta sin usar de los estribos.

—¡ Ah, criollazo, nariz de pato !

—¡ Qué querés, así somos los puebleros !

—Me imagino que no irás áura pa *San Luis*. Se viene l' agua.

—No — responde don Panchito ; — es muy tarde ya, iré mañana...

Y ambos jinetes parten al galope, vuelta la espalda a la tormenta, que avanza hacia el cenit con prodigiosa rapidez.

—¡ Vamos a tener agua !

—Sí, así parece...

—Estaba haciendo falta la lluvia.

—Sí...

El caballo de Eduardito está más liviano que el de su primo y tiene el galope más largo, de manera que el mozo lo lleva levantado para no adelantarse, por más que, por su vieja costumbre gaucha, lo vaya tocando con su lujoso rebenque.

El camino reseco y sonoro, encerrado por ancha calle de alambre, está interrumpido de tre-

cho en trecho por carcavuezales y esas hondas encajaduras que atestiguan la odisea de las tropas de hacienda y de los carros de carga en los días lluviosos del invierno.

Don Panchito sujeta su caballo cada vez que se encuentra con un obstáculo de esa naturaleza, y Eduardito lo imita, en un principio; pero, a medida que la noche y la tormenta avanzan, la marcha se va haciendo más apresurada, hasta que por último ambos hacen galopar sus caballos sin reparo sobre los pantanos secos, en cuyo centro un resto de fango putrefacto se señala como un ojo negro, y sobre el tejido inextricable de pozos y de zanjas que han marcado en ellos las ruedas de los carros.

Como su jinete ya no lo levanta, el tubiano ha tendido su galope y marcha como una veintena de metros adelante.

Eduardito se tambalea de cuando en cuando sobre el recado, pero es un bamboleo de busto; las piernas se mantienen tan inmóviles, gracias a la flexibilidad de la cintura, como si formaran parte integrante del apero.

—¿Te venís pá *El Cardón?*

—No, hermano, mañana; otro día será...

—¡Sos un chancho!

—No, hermano—y don Panchito se ríe;—no, el viejo me está esperando.

—Te va agarrar el agua...

—No me parece.

Eduardito abre la tranquera *de rienda*, empujándola con el encuentro de su caballo, y entran en *La Florida*.

La tormenta está ya sobre sus cabezas y comienza a oirse un rumor imponente y sordo, un rumor semejante al que produce una disparada de yeguas en el campo.

Las crestas blanquecinas, plomizas, han aprisionado al sol, y allá, en la base de la tormenta, de un azul obscuro amenazante, relámpagos lívidos, perpendiculares se precipitan en sucesión vertiginosa.

—¿Entonces, vas a ir a verme?

—Sí, hermano, mañana mismo. Tengo muchas ganas de conversar con vos.

—Yo también ; pero, decime, decime ¿es cierto que te vas a establecer aquí?

—¡ Sí ; vas a ver como voy a poner la estancia ! Vamos a sembrar alfalfa, vamos...

En ese momento estalla un trueno formidable que hace amusgar las orejas a los caballos y que interrumpe a don Panchito en medio de su charla.

—Bueno, bueno, me alegro. Andate, que se viene el agua. No te vayas a perder... Mira ; mejor es que cortés aquí derecho—y Eduardito señala hacia el pampero.—Aquí derecho, ande se ven esas vacas, vas a encontrar el abra del fachinal.

—Sí, sí ; hasta mañana, entonces.

—¡ Hasta mañana, Panchito ! ¡ Tené cuidao con el barro blanco !

—¡ Oh, sí !

Y ambos jóvenes, tomando rumbos opuestos, se alejan a gran galope, mientras la tormenta hace rodar sobre sus cabezas un trueno continuo, interminable, y mientras el espacio se va obscureciendo, preñado de amenazas.

Don Panchito corta campo, galopando por terrenos bajos, fangosos, y mira fijamente la extensa barrera del fachinal amarillento, que cierra ahora el horizonte y cuya abra no alcanza a distinguir de ningún modo.

Hay agua sobre el pasto corto y marchito, y en algunas partes el caballo hace salpicar una verdadera lluvia sobre el jinete, que se alza en los estribos, tratando de orientarse.

El duraznillo, mezclado con los juncos y con la paja, forma como un bosque impenetrable, y es tan alto que, aunque don Panchito se alza sobre el caballo, no alcanza a mirar al otro lado.

Después de vacilar un momento, el joven se pone a costear el fachinal.

—¡ En alguna parte debe estar la salida !

Y don Panchito hace galopar nuevamente su caballo en aquel terreno, fangoso en unos sitios, en otros seco.

—Debe ser por aquí. Es una abra, el barro está seco, hay pisadas de vacas...

El caballo se niega, pero don Panchito lo de-

cide a avanzar con un par de sonoros lonjazos, cuyo ruido le devuelve el eco a la distancia.

De pronto el gateado se hunde de manos hasta las rodillas ; quiere saltar, pero, como las patas no encuentran apoyo, tras un instante de lucha se queda inmóvil, jadeante, hundido hasta los encuentros en el lodo blanquizco. Don Panchito no pierde el tino ; con los ojos brillantes y ligeramente pálido, recoge las piernas, se pone de pie sobre el recado, y dando un salto va a caer fuera del radio peligroso, con el cabestro en la mano.

El gateado resopla ruidosamente y se queja de cuando en cuando con un gemido de angustia. La superficie de aquel pantano aparece a la vista tan seca, tan lisa, tan consistente, como la de un viejo camino suburbano. Sin embargo, el caballo está hundido allí, como en un agujero, hasta el borde inferior de la carona, y tiene la cola extendida al nivel del anca, como si aquella superficie fuera consistente.

—¡ Ingo !

El gateado hace un esfuerzo inútil y vuelve a gemir con desaliento. Don Panchito dirige una mirada en torno suyo, una mirada de rabia y de impotencia, y luego, tomando con ambas manos el cabestro, tira con todas sus fuerzas.

—¡ Ingo ! ¡ Vamos ! ¡ Ingo !

El caballo alarga el pescuezo, sacude la cabeza furiosamente, y por último, tras algunos es-

fuerzos desesperados, logra zafarse, gracias al apoyo del cabestro, y emerge del pantano casi arrastrándose, blanco de barro y todo tembloroso.

—¡ Mancarrón trompeta !

Don Panchito se alegra de haber estado solo en aquel trance ridículo, y volviendo a montar se interna en el duraznillo compacto, que oculta al hombre y a la bestia por completo.

A poco andar, el joven se convence de que ha errado el paso ; pero no quiere volverse atrás, y continúa su marcha.

El duraznillar se presenta cada vez más denso. Hay troncos gruesos y elásticos que se empeñan en retener al caballo y que obligan al jinete a echar las piernas hacia atrás para no ser arrancado del apero.

Los duraznillos pequeños y los que tronchan sus patas arañan el vientre del caballo, que quiere apresurarse ; pero don Panchito lo contiene, sintiendo que sus piernas se cansan de aquel esfuerzo constante y cada vez más necesario.

En algunas partes el terreno se vuelve blando y fangoso ; en otras, el caballo chapotea agua, un agua estancada y tibia que cubre por completo el pasto amarillento, ese pasto corto y compacto en el cual los comederos de las nutrias se señalan con grandes manchas color siena.

La temperatura se hace cada vez más sofocante. Don Panchito siente correr el sudor bajo

ıus ropas, y espanta furioso los jejenes que le ıtacan implacables, y cuyas picaduras detrás de as orejas le producen en todo el cuerpo una horible impresión de escalofrío.

La tormenta debe estar muy próxima, porque el cielo se ha obscurecido por completo y orque el rumor insólito que se escucha aumen- a por instantes. ¿Qué hacer? ¡Caramba! Don Panchito detiene su caballo, y con mil precauiones, porque el animal está inquieto, se pone le pie sobre el recado.

El fachinal amarillento se extiende como un nar inmenso y cierra por completo el horizonte. El joven no ve más que duraznillos por todas partes, y en lo alto la gran cúpula de sombra que pone la tormenta; aquella cúpula que apenas deja ver un claro de cielo casi lívido, allá por el lado del sudeste.

Don Panchito siente un ímpetu de rebelión y de fastidio, y, dejándose caer bruscamente sobre el recado, anima de nuevo su caballo, que torna a sumergirse en la maraña cada vez más densa, cada vez más intrincada. Las flexibles varas dobladas por el empuje, vuelven a su vertical con chicotazos furiosos, que el joven evita ocultando el rostro detrás del pescuezo del caballo o deteniéndolos con el cabo del rebenque; y a cada instante el animal tropieza o resbala sobre el terreno húmedo y fangoso. ¿En dónde se habrá metido? Pero repentinamente, y cuan-

do menos lo sospecha, don Panchito se encuentra en campo abierto.

Una brisa leve, una brisa cálida que hace huir los jejenes espantados, comienza a agitar la punta de los pastos. La tormenta, de un azul casi negro en el horizonte, ha cubierto el cielo con avanzadas de nubarrones desgarrados, de nubarrones polvorosos que corren con vertiginosa rapidez, y como aguijoneados por aquellos relámpagos azules que se suceden sin intervalos. La tormenta va a estallar, es cosa de momentos. Sin embargo, don Panchito desmonta para cinchar, porque los esfuerzos del caballo a través del fachinal han aflojado el apero, y porque observa que el gateado conserva adheridos al pescuezo multitud de tábanos hinchados. Don Panchito no puede soportar el pensamiento de que su caballo esté sufriendo, de que, mientras galopa apresurado, aquellos vampiros diminutos de color plomizo amarillento le vayan succionando la sangre poco a poco ; y es por eso que, antes de ajustar la cincha para continuar su huída ante la tormenta que avanza, se preocupa de destruir uno a uno cuantos encuentra clavados en la piel de la bestia, exclamando con los labios contraídos, cada vez que uno de ellos estalla bajo sus dedos nerviosos :

—¡ Tomá trompeta ! ¡ Tomá para que aprendás !

Y en esta tarea lo sorprenden los primeros remolinos de un huracán formidable.

El viento gime sobre su cabeza, arrebatando nubes de polvo amarillento y manojos de paja voladora, y hace ondular el fachinal abriendo en su superficie obscura inmensos callejones blanquecinos.

El ambiente se llena de estruendos y de silbidos. Se diría que enormes moles derrumbadas rodaran por el campo aplastando jaurías de perros aulladores, o que el viento fuera una tropa inmensa de bestias fugitivas.

Las rachas furibundas que parecen querer arrancar los pastos amarillos, o abrir agujeros en el suelo, hacen bambolear al caballo inquieto, y don Panchito, con los ojos entornados para evitar la tierra, no puede acomodar los cojinillos.

El gateado presenta el anca al viento y baja la cabeza, mientras el sobrepuesto de cuero de carpincho, retenido por el cinchón, aletea, flexible como un trapo, sobre la cabezada delantera.

El aspecto de la naturaleza es imponente; la obscuridad va aumentando por grados, y don Panchito, que ya no alcanza a ver a cinco pasos de distancia, se apresura a montar y parte a gran galope, con el viento casi de frente, enceguecido por la tierra y sintiendo que el animal oscila bajo el envión de las rachas.

VI

Don Panchito comprende, por fin, que se ha extraviado; el agua continúa cayendo mansa, mansa y monótona, y la noche es tan negra que el joven no alcanza a verse las manos.

¿Qué hora podrá ser? ¡Hace tanto tiempo ya que comenzó la tormenta! ¡hace tanto que vaga bajo la lluvia, empapado y tiritando de frío! Don Panchito teme que el caballo se meta en un cangrejal, y por eso lo detiene una vez más, allí, en el campo raso y con el agua hasta las ranillas.

Los relámpagos *de viento* se suceden uno tras otro; pero son tan breves, tan fugaces, que los ojos del joven carecen del tiempo necesario para fijar la visión, y sólo alcanzan a ver una llanura interminable de un amarillo casi blanco.

A don Panchito le parece que la tranquera de la estancia debe estar a la derecha, pero en vano ha marchado en esa dirección: el alambrado ha desaparecido o, por lo menos, él no lo encuentra. Fiarse del caballo sería una tontería en aquel

caso, puesto que el gateado que monta, aquel gateado de la propiedad de Cosme, el capataz, ha sido traído recientemente de otro pago y no está aquerenciado a la estancia todavía.

Don Panchito siente que la humedad va envarando sus miembros, y el agua que se le introduce en los ojos y en la boca le causa un fastidio enorme.

¡ Ahora el viejo, ahora todo el mundo va a burlarse de él y a decir que es un pobre gringo que se pierde en el campo !... Si, por lo menos, encontrara un pajonal, un albardón seco donde desmontar y tender el recado... ¡ pero nada ! Aquel campo está lleno de agua por todas partes, de agua de lluvia que el caballo chapotea sobre el pasto y que en ciertos sitios aumenta hasta el punto de parecer una laguna.

Don Panchito mete maquinalmente sus manos en los bolsillos, pero se encuentra con que los cigarrillos están deshechos, empapados, y lo mismo los fósforos, que se le pegotean entre los dedos. «¡ Ni siquiera el consuelo de fumar !» murmura, taloneando al gateado, y lo hace avanzar sin rumbo, bajo la lluvia que sigue cayendo cada vez más fría, cada vez más implacable.

Al cabo de algunos minutos el caballo tropieza, se hunde de manos y resbala en el fango. Don Panchito suelta dos palabrotas, y agrega, mientras trata de sondear las tinieblas, inclinado sobre el cuello de la bestia :

—¡ Dónde me estaré metiendo!

El caballo tiene el agua a la cincha y sacude impaciente la cabeza. Se diría que pide rienda para hundirse más todavía, en aquel formidable atolladero. Don Panchito observa de pronto un fenómeno curioso: sobre la mancha obscura que dibuja en la noche el testuz del gateado, han comenzado a danzar dos flámulas de luz, de un blanco amarillento, que al principio le parecen distantes, luego inmediatas, y por último lo convencen de que son las propias orejas del caballo, atisbadoras e inquietas, que se mueven en la sombra despidiendo una fosforescencia lívida, muy semejante a la de esas flores de luz de los pantanos.

El joven contempla sorprendido aquel fenómeno. Nunca ha visto cosa semejante, y por más que su espíritu de hombre culto rechace toda impresión supersticiosa, no puede evitar, sin embargo, cierto malestar muy explicable en aquella hora y en aquellas circunstancias.

El jinete y el caballo permanecen inmóviles por espacio de un momento. Don Panchito tiene los pies metidos en el agua, y el gateado aguarda en una postura violenta que lo dejen continuar la marcha interrumpida.

—¡ Vamos, ingo!...

Pero es inútil; aquello es una locura verdadera. Apenas el caballo ha dado cuatro pasos in-

ciertos, vacilantes, cuando ya el agua le llega al tronco de la cola.

—¡ Qué cosa bárbara !...

Y el joven, con infinitas precauciones para evitar que el animal se resbale, lo hace dar vuelta, lo saca del agua, y tras largo chapotear vuelve a encontrarse en el mismo sitio de antes, es decir, sobre el pasto corto, inundado.

Y los relámpagos de viento continúan proyectando sus pantallazos de luz, y desde el cielo negro como la tinta la lluvia sigue cantando sobre la tierra su eterna canción de vida.

Don Panchito recorre con la vista toda la amplitud del horizonte, y... nada. Si no fuera por la luz fugitiva de los relámpagos, creería hallarse en el fondo de algún pozo.

Don Panchito va a bajarse del caballo, por hacer algo, para desentumecer las piernas que se le acalambran, cuando alcanza a ver una luz fija, una luz casi roja, que parpadea allá a lo lejos, en las negruras de la distancia.

—¿ Será una luz mala? No ; la luz está inmóvil, y parece colocada muy alta, casi en la línea del horizonte. Tiene que ser algún rancho...

Y la idea del fogón confortable y de los mates calientes hace revivir al joven, quien, sin fijarse ya en los obstáculos que le oponen el temporal y la noche, parte al galope, combatido por

aquella lluvia pertinaz y fría que hace doblar la cabeza del caballo y amusgar sus orejas.

El gateado galopa con un galopito corto y trabado, va con el cuerpo encogido, espantándose de las pajas, saltando los charcos; y a cada rato resbala sobre el suelo fangoso. Pero el joven no se preocupa de esos peligros; y, por más que lo lleve levantado en la rienda, no deja de hostigarlo con el talón impaciente.

La luz parece ahora clavada en la tierra, y de cuando en cuando desaparece como interceptada por un cuerpo opaco, para volver a brillar luego, cada vez más grande, cada vez más rutilante.

Los relámpagos, que han ido disminuyendo en intensidad y en frecuencia, no permiten al joven precisar la ubicación de la llama, porque el sector luminoso abarca un espacio muy breve y no alcanza a disipar la negrura de aquel horizonte inexcrutable; mas, de pronto, un relámpago algo más intenso que los anteriores desgarra la tiniebla con su luz temblorosa y muestra al joven allí, muy cerca, la silueta obscura de algunos árboles y las paredes blanquizcas de un rancho medio oculto.

—¿Qué será? ¿dónde estaré?—se pregunta.

Y en verdad que no tiene la menor idea sobre qué población podrá ser aquélla.

Recuerda el conjunto entrevisto y sabe que no es *La Florida*, pero nada más. Aquel rancho

le resulta curioso en tal sitio del campo, donde, según sus recuerdos, jamás existió población alguna ; y mientras el gateado continúa al tranco, chapoteando agua, don Panchito va confirmando sus dudas.

—Aquí, al este, debía estar la tranquera del cuadro de la estancia (el joven marcha hacia el sur, sin embargo) y yo nunca he oído decir que hubiera puestos por este lado del campo. ¿Será nuevo tal vez?

Y es que don Panchito está completamente desorientado, por más que se empeñe en probarse lo contrario. De pronto oye balidos de ovejas y ladridos de perros. No hay duda alguna ; aquello tiene que ser un puesto, y un puesto de la estancia.

La lluvia ha vuelto a arreciar en tal forma que el caballo camina con dificultad, y el joven siente que el agua corre bajo sus ropas como si estuviese desnudo.

A la luz de otro relámpago fugaz y lejano, don Panchito ve que está llegando a las casas. Un gran corral lleno de ovejas queda hacia la derecha. En el patio del puesto se ven varios bultos. Don Panchito se allega.

—¡ Ave María !...

Media docena de perros acuden en tropel, ladrando furiosamente bajo la lluvia, y hacen espantar el caballo, que en una tendida se echa

sobre el cerco, desgarrando el pantalón del jinete en el alambre de púa.

—¡Juera, perro!... *¡Canela... Picazo!...* ¡juera!... Abajesé, don Panchito...

Habla en lo obscuro una voz tranquila y varonil, y el joven, sorprendido de oirse nombrar, hace esfuerzos inútiles por reconocer a aquél que se aproxima y que no es para él más que una negra silueta misteriosa.

—¿Lo ha agarrao el agua?

—¡Sí, hombre! Venía de *San Luis...* ¡Este mancarrón trompeta!

Y don Panchito quiere hallar la forma de echar al caballo la culpa de todo lo ocurrido.

—Abajesé, don Panchito; le v'hacer daño la mojadura...

El joven vacila, porque todavía no sabe donde está, y porque no quiere confesar su vergonzosa derrota; pero muy luego, acobardado por la lluvia que caé sobre sus ropas caladas, desmonta lentamente. Tiene las piernas entumecidas y apenas puede andar.

Un escalofrío continuo recorre todo su cuerpo, y encandilado por la luz que sale de la cocina, donde arde una fogata enorme, no alcanza a ver a un palmo de sus ojos. Entonces siente una mano que tropieza con su vientre.

—¿Cómo le va, patroncito? Tanto tiempo.

Don Panchito se apodera con su diestra mojada de aquella otra, grandota y cálida.

—Pero ¿quién es usted? ¡Yo no veo nada!

—¡Sandalio, don Panchito! ¡Sandalio López! ¡Ya no se recuerda!

—¡Ah, sí! ¿Cómo le va, Sandalio?

—¡Ya lo ve! Pero vamos pa dentro lijerito; no se moje más, don Panchito...

El joven suelta el cabestro y sigue a su interlocutor, que dice a alguien oculto entre la sombra:

—Desensillá ese caballo y dentrá el recao.

VII

Han echado sobre el fuego una gran brazada de duraznillo seco, y mientras la llama de oro pugna por brotar entre el intrincado varillaje, la cocina se va llenando de humo.

A don Panchito le parece que hay mucha gente reunida. Al entrar ve bultos por todas partes, bultos en todos los rincones.

—¡ Buenas noches !

—Güenas, güenas noches.

—Rosa, es Panchito ; es el patrón chico. ¿No te decía?

Una mujerona gruesa y ventruda, se aparta del fogón y viene hacia el joven atropellando los bancos.

—¡ Panchito !... ¡ el niño Panchito !...

Y después de una instintiva limpieza de los dedos en el delantal a cuadros, la antigua sirvienta de lady Clara besa y abraza al hijo de su pobre patrona muerta, con efusión conmovedora.

—¡ Bendito sea Dios ! ¿Quién lo diría? ¡ Si

es el mesmo retrato de la finada, que Dios tenga en su santa gloria! ¡ Sus mesmos ojos, su mesma boca!... Pero ¡ cómo está de mojado, hijito e mi alma! Acerquesé p'al juego, pué, que se vá a enfermar. ¡ Marcelina!... levantate que está Panchito...

El joven aguanta inmóvil toda esta baraúnda de caricias y de oratoria, repitiendo confuso: ¡ Gracias! ¡ gracias! hasta que Rosa lo obliga a sentarse junto al fogón ahumado, donde la leña crepitante esparce un calor amoroso y bueno, y donde hierve a borbotones una gran pava con tapa de hojalata.

Junto a la lumbre están dos tipos; uno de ellos, taimado y grave, es desconocido para el joven; el otro, desenvuelto y alegre, es nada menos que Mosca, el mulato loco, el cortador de paja de la estancia.

—Güenas noches, don Panchito. ¿Cómo te vá?

—¡ Hola, Mosca! ¿qué andás haciendo?

Y el joven, después de sonreir levemente al mulato, clava sus ojos desconfiados en el otro individuo que está a su frente, y que continúa sin apartar la vista de la atracción de la llama, en ese empaque bovino del paisano guarango.

Don Panchito tiende su vista en derredor. Se conoce que los moradores del rancho acaban de comer. En el fogón hay vasijas de hojalata con pringue de grasa, y sobre el piso de tierra, des-

parejo, se ven huesos mondos, medio roídos, y migas de galleta.

La cocina, a pesar de ser grande, resulta estrecha porque Sandalio se ha visto obligado por la lluvia a guardar en ella una multitud de cosas heterogéneas, que ahora penden de las paredes o se amontonan en todos los rincones, despidiendo no pocas emanaciones repugnantes.

Allí encima, y como si quisieran calentarse a la lumbre, hay dos pilas de cueros de nutria, que el gaucho ha guardado para especular, sin duda; algo más lejos, varias bolsas de maíz; sobre un maneador tendido entre parante y parante, ponchos gruesos de paño y ropas empapadas; y allá, junto a la puerta y pendiente de un gancho de alambre retorcido, media res de capón, que entraron porque la lluvia la estaba lavando afuera, pese a la protección mezquina del alero.

—Panchito...

—¿Eh?

Y el joven ve a Rosa, que sale de una pieza contigua a la cocina, trayendo en las manos un viejo y grueso chaquetón de montañac, que le ofrece, maternal y seria.

—Saquesé el saco, Panchito, y pongasé éste.

—¿Para qué? No, no vale la pena, Rosa. No es nada.

—¡Si está todo mojado, criatura! ¡Vamos!...

A don Panchito le hace poca gracia la familiaridad de la puestera en presencia de extraños, y sobre todo de la de aquel individuo de aspecto solapado, que mira de reojo y que le está *reventando* ; pero disimula y se incorpora risueño :

—Bueno, Rosa, bueno ; ya que es preciso... ¡ Que le vamos a hacer !

—Sí, cómo no. Ahora Marcelina le va a componer el pantalón... ahorita no más viene...

El joven no contesta, y lentamente se quita el saco empapado. Tiene ya una obsesión clavada entre las cejas y no cesa de mirar al gaucho taimado, como si vigilara sus gestos.

—Está hecho una sopa. ¿No ve?

—E verdá— responde Rosa sonriendo.— ¡ Qué cosa !

Al quitarse el saco, el joven ha dejado al descubierto el tirador, y con él el revólver, que muestra por el pico de la pistolera el largo caño luciente.

Al verle, Sandalio, que está echando yerba dentro de un mate, tiene una risotada ingenua de gaucho viejo.

—¡ La pucha que viene armao, don Panchito !

Todos se rien en coro, pero el joven, a quien ha fastidiado la broma, lívido y sin preocuparse del ridículo ni de la situación desairada en que coloca a sus huéspedes, grita de pronto y con ademán pendenciero :

—¿De qué se ríen?... No sé de qué se ríe usted ¡gaucho animal!

Todos se quedan fríos, y el desconocido, volviendo a medias su cara pálida, su cara sorprendida, lo mira como si mirara a un loco.

—¡Le voy a romper el alma, gaucho roñoso! ¡De mí no se ríe nadie! ¿Qué se ha pensado?

Mosca se escabulle, y el paisano, después de mirar el suelo por espacio de algunos segundos, mortificantes para todos menos para don Panchito, deja su asiento y sale pausadamente de la cocina.

—¡Gaucho roñoso!...

Entonces comienza un coro conciliador y humilde.

—¡Pero, don Panchito! ¡Si no ha sido por faltarle! ¡Si yo no pensé que pudiera incomodarse! ¡No lo hice adrede, calmesé!

Don Panchito se calma, en efecto; y después de sentarse en el banco más inmediato a la lumbre, y de sonreir con su sonrisa más descompuesta y más perversa, dice muy serio:

—¡Yo no sé de dónde sacan estos tipos! ¿Quién es ese gaucho guarango?

Rosa, que todavía conserva en las manos la blusa de brin, que a fuerza de estar empapada parece negra, se apresura a explicar entonces:

—Es don Ulogio, Panchito. Ulogio Cuevas, el puestero de *La Clara*.

—Y ¿qué hace?

—Nada ; pasaba esta tarde cuando l'agua, y se llegó pá las casas. Viene a veces... es un vecino...

Sandalio alcanza a don Panchito un primer mate dulce, adornado por el copete más gallardo del mundo.

—Sírvase...

—Tome usted, Rosa.

—No, hijito ; ta en güenas manos, sírvase ; no faltaba más.

Don Panchito da dos sorbos solos y, entonces repara en aquella mujer joven, en aquella muchacha morena que está apoyada en uno de los parantes que sostienen el techo de la cocina, y que le mira con unos ojos muy negros y curiosos.

—Buenas noches.

—¡ Oh !—murmura el joven casi imperceptible, y en un suspiro de admiración espontánea. —Buenas noches.

—¡ Buenas noches !

Y la muchacha, sonriente pero visiblemente turbada, saluda con leves movimientos nerviosos de la cabeza, de la cabeza aquélla donde los cabellos renegrecidos se retuercen en tenebrosa maraña ; y palmea, para disimular, el palo en que se apoya, como si el resultado de esa operación pudiera traerle serenidad.

Don Panchito se cree hombre de mundo, y, sin embargo, en aquel momento tiene un aspec-

to general harto desairado y tonto, y en el rostro todas las muestras de la emoción más ingenua. Felizmente, Sandalio acude a socorrerle:

—¡Ah! es Marcelina, don Panchito. Vení pacá, mija; saludá al hijo él patrón...

—¿Cómo está?

Y la muchacha, con los ojos bajos, alarga al joven su mano breve y morena, su mano diestra regordeta y cálida, pero con un movimiento del brazo tan rígido que no parece sino que aquella mano se hallase unida al extremo de algún palo.

—¡Tanto gusto!—dice don Panchito; pero, por más que se esfuerza, no atina a agregar una palabra.

—Está moza ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—Güeno, aura v' a conocer a los jotros, los varones. ¡Jacinto!... ¡Pedro!... Vengan pa cá... ¿Ande se habrán metido estos muchachos matreros?

—Deben de estar en el galpón.

Aventura entonces Marcelina, con una voz musical pero sin soltar el poste en que se auxilia:

—¡Pucha! ¡Si son más chúcaros!

Y Sandalio sale de la cocina para gritar nuevamente:

—¡Jacinto!... ¡Pedro!...

Don Panchito, que ha vuelto a sentarse, mira de reojo a la muchacha, y trata de ocultar

con disimulo la desgarradura triangular, aquella desgarradura ridícula que tiene el calzón en la rodilla.

La moza, entretanto, sigue recostada en el poste, ocultas las manos detrás del cuerpo robusto y ágil, al cual imprime, inconsciente, un leve balanceo. El vestido es de percal obscuro ; la bata se amolda sobre el busto, insinuando indiscretamente curvas precoces ; y allá abajo, en la sombra, y después de la audaz expansión de las caderas, allá, sobre el piso negro de la cocina de gaucho, vense dos zapatitos ingleses, dos zapatitos de niña, coquetos, diminutos, exóticos, que asoman curiosamente al borde de la falda.

Don Panchito apenas si la mira de soslayo, y ella, en cambio, y a pesar de su aire tímido, no le quita los ojos de encima, ni borra de sus labios esa sonrisa retozona y buena, que ilumina su rostro como un sol.

Rosa aparece en ese momento apresurada :

—Pero, muchacha ¿qu' estás haciendo aquí? ¿Por qué no has surcido entoavía el pantalón? ¿Qué esperás?

Marcelina, entonces, retira la aguja con hebra larguísima que ha fijado en su bata de antemano, y se aproxima a don Panchito, con los ojos bajos. Este se pone de pie con sobresalto :

—¡ No ! ¡ qué esperanza ! ¡ No faltaba más !

—¡ Deje, don Panchito !

—No, Rosa, es una ridiculez ; yo no puedo...

—Vaya, hombre. Se diría que tiene miedo de que una moza le arregle el pantalón. ¡ No se lo van a comer, don Panchito !

El joven no tiene miedo de que se lo coman, pero sí de que crean que es tímido, como lo es en efecto, para las personas de otro sexo, cuando no se ha tomado confianza todavía ; y por eso vuelve a sentarse resignado, ofreciendo su pierna a la grave operación doméstica.

Marcelina corta la hebra con sus dientes de fierecilla nueva, y el hilo deja en la pulpa de sus labios frescos surcos blanquizcos, surcos semejantes a ese jaspeado suave que muestran las cerezas tempranas de noviembre.

—Está hecho una sopa...

—Sí...

Marcelina aproxima un banco, obra maestra de algún agregado carpintero que pudo eludir la vigilancia eterna de don Pancho, y lo coloca junto al joven. Este siente con emoción el escarabajeo de los deditos morenos sobre su rodilla nerviosa, y mira inclinarse bajo su rostro aquella altiva cabeza bravía, donde los rizos de seda se encrespan en lujuriosa maraña. Las rodillas casi se tocan, y bajo la falda tensa, de un color indefinido, dice la carne su eterno poema de juventud y de vida.

Rosa, inclinada sobre el fogón, va quebrando

ramitas de duraznillo para reanimar la lumbre, y charla consigo misma :

—¡ Pucha, quién lo diría ! ¡ Quién había de decir que estos ojos, que se comerán la tierra, le vieron chiquitito ! ¡ Pobre patrona, cómo ha debido de sufrir con aquel hombre ! ¡ Panchito al lao de mija !... ¡ Si parecen dos novios ! ¡ Lástima que ella haiga salido tan negra y tan fieraza !

Los jóvenes no la escuchan porque han dado en reirse de una tontería. Don Panchito es muy cosquilloso, y ahora comienza a no poder aguantar el hormigueo de aquellos dedos sobre su pierna.

—¿ Le hace cosquillas?

—No, no...

—¡ Cómo no, si le tiembla la pierna !

Y el joven se ríe con los dientes apretados, mientras la muchacha va uniendo los bordes de aquella desgarradura irregular con unos puntitos muy menudos y muy blancos, que se destacan como caracteres de una escritura extraña sobre el fondo obscuro de la tela.

—Ya va a estar. Tenga paciencia.

—¡ Oh !

Y don Panchito quisiera decirle que no se apresure, que él no se impacienta, que su mayor deseo sería, por el contrario, que esa operación fuera interminable ; pero el hombre está muy torpe y no acierta a hilvanar cuatro pala-

bras. Sólo sabe reir como un idiota, y mirar a la muchacha, afanada en su tarea.

Rosa, que ha colocado sobre las brasas un churrasco, se vuelve para mirarle, y sonríe también, las manos puestas en las caderas.

—¡ La pucha que anda lerda, mijita !

—Es muy difícil, mama.

—¡ Ya lo creo !—apoya don Panchito.

En ese momento entra Sandalio en la cocina, Sandalio que, todo agitado, remolca a sus dos hijos.

—Dentren pa dentro... ¿Don Panchito...

El joven ve a dos muchachos que se aproximan con el sombrero en la mano y tropezando con los asientos.

—¿Cómo le va, don Panchito?

Ambos tienden la diestra al joven, con ese movimiento rígido, característico del gaucho, y luego van a recostarse apresurados contra el poste que tienen más inmediato, para quedarse allí, observadores e inmóviles, pisándose un pie con el otro.

El mayor es un morenito flexible y delicado, un muchachito de unos quince años, con cara inteligente ; el otro chico, de diez años, es un mocoso cabezón y medio rubio, sobre cuyo origen se han tejido en el pago los más perversos comentarios.

—¡ Cómo están de mozos !—dice el joven, por decir algo.

—E verdá, e verdá, don Panchito. Aquí, ande los ve, me ayudan en todo.

—Muy bien hecho...

—Me ayudan a poner las trampas, a curar las ovejas, a todo.

Los muchachos sonríen avergonzados del elogio paterno, y Sandalio prosigue :

—Este—refiriéndose a Jacinto—ande usted lo ve, ya se trabàja sus guasquitas, y hasta se está amansando un potrillo ; él solo lo manea, lo ensilla y lo galopea...

—¡ Ah, muy bien !

—Este otro, el *Machito*, como le decimos por mal nombre, es una criatura entoavía, pero ya sirve también. Sabe agarrar carne, repuntar las ovejas y echar los caballos al corral. Todos son güenos...

—Me alegro, me alegro...

Marcelina ha terminado su tarea, y, después de alisar la costura con la palma de la mano, se levanta diciendo :

—Ya está. Si no fuera por la mojadura...

—¡ Oh, está muy bien, Marcelina ! Siento tanto que se haya incomodado. Muchas gracias.

—De nada, don Panchito.

Y ambos se miran riéndose y restregándose las manos tontamente.

—¿ Acabastes, mija?

—Sí, mama ; ya está.

—Bueno, cebá mate ahora.

Marcelina se pone a la tarea ; y, mientras el churrasco gordo gime en las brasas, todos se sientan en torno del fogón mirando con curiosidad a don Panchito.

Habla Sandalio pausadamente, con su voz de gaucho, misteriosa y sorda :

—Lo vimos dende temprano—dice.—Hoy, después del almuerzo, ésta—señalando a Marcelina,—ésta lo vido cortando campo pal lao de la tranquera de *Las Víboras*.

—¡ Ah ! ¿ sí ?

—Sí ; y en después yo lo vide también a la güelta, cuando se descolgaron en la tranquera ; usted agarró pal lao del fachinal... después se vino l' agua y no lo vimos más.

Aquí Sandalio sonríe con un dejo de malicia, y don Panchito pregunta :

—Pero ¿ cómo me vió? ¿ Dónde andaba usted?

—Y, desde aquí no más. Estaba dentrando los cueros del consumo pa que no se mojaran... Se m' hizo que debía de ser usted.

Don Panchito se calla, pero reclama para sus adentros :

—¡ Qué vista tienen estos animales ! ¡ todo lo ven !

Y es que el joven cree haber andado muy lejos de aquel rancho, cuando en realidad ha ocurrido todo lo contrario. Desde el puesto de la la-

guna de *Los Toros* hasta la tranquera de *Las Víboras* no hay treinta cuadras.

Transcurrieron largos minutos de silencio. Se oye el chisporroteo de la lumbre y el rumor de las respiraciones desiguales. Afuera, el viento sacude las chapas de cinc de la techumbre y viene a empujar las puertas bruscamente.

Don Panchito se siente cómodo dentro de aquel ambiente familiar y primitivo, y ante aquel fuego amable que va secando sus ropas empapadas y cuyo crepitar nostálgico evoca en su cerebro de veinte años el recuerdo de ciertos viejos novelones románticos, leídos al amor de la lumbre, allá, en las solitarias veladas de estudiante.

Rosa está muy ocupada en atender el churrasco, al cual hurga y revuelve sobre las brasas con un cuchillo, y en vigilar la blusa del joven ya casi seca. Sandalio, con los ojos entornados y la cabeza inclinada, medita profundamente bajo su gran sombrero descolorido y viejo. Los dos muchachos observan a don Panchito con los ojos muy grandes y muy abiertos, y Marcelina va y viene mientras tanto, con el mate, sonriendo cada vez que el joven la mira, y arreglándose por instinto los rizos de la frente.

Don Panchito habla, por fin, y su voz es paternal y suave, como debió ser tal vez, en los momentos de buen humor, la del castellano aquel, cuyo retrato está en el escritorio de la es-

tancia, la de aquel viejo militar condecorado y altanero que dicen bisabuelo de don Panchito, y cuyo solo aspecto fiero bastaba para asustar al joven cuando niño.

—Ahora—dice don Panchito, hablando lentamente,—ahora, cuando yo me haga cargo de la estancia, van ustedes a ver cómo voy a arreglar todo. El viejo está cansado ya, y quiere encargarme a mí la dirección de *La Florida*. Voy a sembrar alfalfa y ray-grass y pastos mezclados... Voy a cambiar todo esto en algo muy moderno y muy bien organizado... ¡ Oh, yo para organizar !

Y el joven sonríe mirando a todos, uno por uno, como si quisiera ver si, en efecto, están convencidos de que él es un gran organizador.

Nadie dice una palabra. Las ideas de reforma del amo nunca producen entusiasmo entre los sometidos. Miran esos proyectos como una amenaza, como algo que puede venir a perjudicarles y a destruir sus costumbres y su tranquilidad.

—Aquí—continúa don Panchito, en tono insinuante,—las cosas andan muy mal. El viejo no se preocupa de nada, y cada cual hace lo que le da la gana... ¡ Ah ! pero yo los haré entrar en vereda ; conmigo van a andar muy derechos.

Tras una breve pausa, don Panchito agrega, sonriente y dirigiéndose al viejo Sandalio :

—A usted le voy a poner un molino aquí. Vamos a sembrar alfalfa...

—¡ Ah, ah !

Y el hombre aproxima su asiento y abre unos ojos muy grandes.

—Sí, alfalfa. Verá qué potrero de alfalfa vamos a hacer. También vamos a construir un sistema de canalización y de drenaje para secar los bañados, porque yo no creo en la eficacia de las obras de desagüe que construye el gobierno.

Sandalio siente que *lo llaman a su juego* y se apresura a intervenir :

—Ahí tiene usted, don Panchito ; yo tampoco creo. Eso de los canales de desagüe debe de ser algo que ha inventao el gobierno pa sacar plata ¿verdá?

Don Panchito trata entonces de corregir lo que ha dicho con maquinal escepticismo.

—No—dice,—es bueno... es una obra grande ; pero será para después el resultado, para de aquí a muchos años...

—¿Dicen que ya han cavao mucha zanja?

—Sí, pero tardarán. Lo que yo quiero hacer es para ahora, para desagotar *La Florida* en pocos meses. ¡ Oh, el invierno que viene no se van a ahogar las ovejas como antes !

«¡ Cómo sabe el patroncito !», piensan los otros al oirlo ; «¡ cómo sabe este mozo !»

El joven recapacita un momento, y luego agrega con voz grave ;

—¡ Ah ! también voy a poner una lechería

aquí, o en otra parte; una lechería como la de *La Quinua*. ¿Qué le parece, Rosa?

Ella sonríe con sus labios sensuales y lustrosos.

—¡Oh! lindo no más, y me pone a mí de capataza ¿verdá?

—Sí, y a Marcelina también.

Y todos se ríen, como si el joven hubiera dicho alguna gracia enorme.

—Ya está el churrasco; cuando guste, don Panchito.

—Bueno, traiga; con eso me marcho de una vez. El viejo debe estar con un estrilo.

Y don Panchito come de aquella carne sabrosa y tierna, de aquella carne llena de ceniza, que Rosa le presenta en un plato hondo, de latón, todo grasiento.

—¿Está bien de sal?

—Sí, gracias; está muy bien.

—En Uropa no comería de esto ¿verdá?

—¡Ah, allá se comen bifes y se toma cerveza!

—Linda la carne ¿no?

—Sí... regular; un poco cara, nada más.

—¡Ah, ah! Estaría deseando venirse ¿no?

—Sí, ya lo creo—y don Panchito, poniéndose de pie, limpia sus manos en un lienzo que le ofrece Rosa; luego, dirigiendo una mirada a Marcelina, agrega apresurado y en distinto tono:—Bueno, Sandalio, hágame ensillar el caballo; tengo que irme.

—Güeno, en seguidita. Andá, Jacinto, corriendo...

El muchacho sale con el recado al hombro, y Sandalio agrega con cierta vacilación :

—Yo lo viá acompañar, don Panchito... si quiere...

—No ; ¿para qué?

—Está tan escura la noche... la boca de la laguna debe de estar a nado... ¿Conoce el paso?

—Sí, sí... No tenga cuidado. No me voy a ahogar.

Y el joven se ríe, petulante y alegre, iluminada el alma por aquellos dos soles nuevos que lo están mirando, mientras se pone su blusa de brin, ya casi seca.

—Bueno, adiós, Rosa, muchas gracias, hasta la vista. Ya he de volver muy pronto. Siempre que pueda he de venir a verlos...

—¡ Muy bien ! Que no se olvide de los pobres, don Panchito...

—¡ No faltaba más ! ¡ Adiós !

Y cambiando a la izquierda el rebenque, ofrece su mano derecha a Marcelina.

—¡ Adiós !

Aquel apretón de manos, tímido y tibio, apresura la despedida.

—¡ Adiós, adiós ! ¡ Hasta pronto !

Don Panchito sale al patio, y monta con el corazón henchido de sentimientos buenos.

—Hasta la vista, Sandalio ; adiós, muchachos. ¡ Buenas noches !

Pero, en el momento que vuelve el caballo para partir, siente que una mano se apoya sobre su muslo, del lado de montar, y la voz de Sandalio misteriosa, que le dice en lo obscuro:

—Vea, don Panchito, me va a hacer el favor, por lo que más quiera... No le diga al patrón que ha estado aquí...

—¿Al patrón? ¿y por qué?

—Por nada; no sé, no le gusta, no quiere que naides venga al puesto.

El joven se incomoda.

—Pero ¿por qué? ¡Qué jorobar! ¿Qué cuentos son ésos?

—No son cuentos, don Panchito. ¿El patrón no li ha dicho acaso que no quiere que venga naides por aquí?

—¿A mí?

—¡Ah, ah!

—¿A mí? ¿Qué tiene que decirme a mí?... ¡A mí no me dice un cuerno!

Y don Panchito bruscamente, lleno de cólera y sintiendo que la sangre afluye a su cabeza, cierra las piernas al gateado y se aleja a través del patio resbaloso, murmurando quién sabe qué amenazas y con el corazón más negro que la noche.

Sandalio se queda allí por espacio de un momento, y luego entra en la cocina cabizbajo y rascándose la nuca.

VIII

Es media noche. El viento fresco y huracanado que se acaba de levantar del sur arrea impetuoso desgarrones de nubes negras a través de aquel cielo lívido, donde parpadean unas pocas estrellas. Don Panchito deja galopar su caballo. Es imponente el croar de las ranas que llega de todas partes y que no cubren ni los gemidos del viento, ni el chapotear de los cascos sobre el campo inundado, ni el rodar inmenso del trueno, allá, muy lejos, entre la masa sombría de la tormenta, que se amontona hacia el norte, iluminando la retirada con sus relámpagos rojos.

Don Panchito conoce muy bien el camino; tiene el instinto de la orientación, según él, y por eso deja galopar su caballo en línea recta, seguro de encontrar al cabo de algunas cuadras el paso de la laguna de la estancia, aquel paso que ha visto muchas veces, que los caballos atraviesan con el agua a la cincha y que se desliza como un canal, serpenteando entre dos altas murallas de duraznillo y de juncos.

Aquella misma tarde, sin ir más lejos, cuando lo atravesó, el agua no llegaba al borde de la carona; y don Panchito recuerda que era tan clara, iluminada oblicuamente por el sol que caía, que pudo ver muy bien cómo se agitaban, al nadar, las patas de una nutria que pasó muy cerca, huyendo de su encuentro.

Es posible, que, como lo ha dicho Sandalio, el paso de la laguna esté a nado, pero eso no lo preocupa, que al fin y al cabo él nada como *un pescado*, y el trayecto difícil no debe pasar de unos cien metros a lo sumo: «¡ Ojalá que todas las dificultades fueran éstas en la vida!»

De pronto, el gateado agita las orejas y relincha. «Esto quiere decir» piensa don Panchito «que estoy en terreno conocido, y que debe andar cerca alguna de las tropillas de la estancia».

Sin embargo, muy pronto se detiene absorto. ¿Qué significa esa masa obscura que, a manera de biombo giganteco, ha venido ahora a interponerse en su camino? ¿Cómo no la ha visto antes, cuando se extiende desde un confín al otro del horizonte, en todo lo que alcanza la vista, como una inmensa muralla que hubiese brotado repentinamente de la tierra? Don Panchito se acerca lentamente, chapoteando entre el agua. Es, en efecto, un fachinal aquello, un fachinal compacto, de ésos que ocultan por completo al caballo y al jinete y que suelen prolongarse a veces en una extensión de varias leguas.

Algunas aves acuáticas vuelan a la aproximación de don Panchito, y desaparecen graznando bajo el viento. El caballo, impaciente, pide rienda, pero don Panchito lo contiene, y alzado en los estribos trata de orientarse. «Allá está el norte» piensa, «y aquí está el sur; de tal manera, que el oeste queda al frente y la estancia debe estar allí, sin duda. Pero este dichoso fachinal, ¿de dónde diablos ha salido, entonces? La costa de la laguna de la estancia no tiene paja ni duraznillo en una gran extensión; y esto no puede ser la laguna, porque el fachinal es aquí compacto como una pared en todo lo que la vista alcanza».

Don Panchito, muy disgustado, se pone a costear aquel obstáculo. Va con la cabeza inclinada, escrutando las sombras y tratando de encontrar un detalle conocido que pueda servirle de apoyo en la confusión absoluta de todos sus cálculos. Después de marchar largo rato, cansado de ver cómo el fachinal se extiende siempre a su derecha, y convencido de que su primera dirección era la buena, tuerce las riendas y se introduce estoicamente entre la maraña intrincada de los duraznillos que pugnan por desmontarlo, tirándole las piernas.

—A alguna parte he de salir—murmura.

Pero don Panchito se equivoca. Apenas ha dado el caballo algunos pasos, cuando tropieza y cae entre el agua. Hay muchísima en aquel

fachinal «del infierno, que quién sabe de dónde habrá salido».

Don Panchito tiene que apearse con el agua casi a la cintura, y allí, en la obscuridad y entre el lodo, hace levantar su caballo, que está *hecho un estúpido* y que no hace otra cosa que sacudir la cabeza. Después de larga brega, todo mojado y tiritando de frío, el mozo consigue hallarse otra vez en lo *limpio*, y allí se queda pensativo con el caballo del cabestro y el agua a media pierna. Don Panchito siente ganas de llorar de despecho y de rabia.

A él no le importan absolutamente ni la mojadura ni las largas horas que tendrá que aguardar hasta el alba; lo que le importa y le mortifica es que mañana *todo el mundo* va a saber que se ha perdido *como un gringo*, *como un desgraciado*, allí donde no se pierden ni las viejas.

El viento hace ondular la superficie del fachinal, y gime, al pasar entre sus varillas flexibles, quién sabe qué inexplicables angustias, mientras los nubarrones desgarrados y negros siguen huyendo hacia el norte, en donde la tormenta amontona, entre lívidos pantallazos de luz, sus cordilleras de sombra.

De pronto, el gateado alza la cabeza y lanza un relincho sonoro. Don Panchito tiene un sobresalto. Algo enorme y monstruoso se mueve en el fachinal y viene hacia él, rompiendo varas de duraznillo y chapoteando entre el agua.

¿Qué podrá ser aquello? ¿Un toro *fachinero* quizá? Y va a montar a caballo cuando ve con sorpresa que un jinete aparece bruscamente en el claro y se aproxima al galope.

—¿Qué hace, amigo?

—¿Qué le importa?—contesta agresivo el mozo, echando mano a sus armas.

—Soy Cosme. ¿Qué está haciendo? ¿se ha perdido?

Don Panchito siente que el despecho y la rabia suben hasta su cara en una oleada de sangre.

—¡Nada!— contesta.—Estoy cinchando el caballo... ¿Y usted, qué anda haciendo?

—¿Qué ando haciendo? ¡La pucha! Van pa dos horas que lo ando campiando por todas partes...

—¿A mí?

—Sí, a usted, amigo. Anda una punta e gente campiándolo. El patrón estaba con cuidao y nos mandó a toditos a buscarlo...El mesmo se quería venir, el pobre, con toda l'agua... ¡Pero a quién se l'iba a ocurrir que el hombre había venido a ganarse en esta rinconada!

Y al decir esto el gaucho se ríe, mirando a don Panchito inmóvil sobre su caballo y en la situación más desairada del mundo. Al cabo dice éste, con los dientes muy apretados:

—Vengo del puesto de Sandalio, y estaba cinchando el caballo para pasar la boca de la laguna...

—¿Ande la boca?

—Y, ahí no más.

—Ahí no más ¿ande? ¿No ve, amigo, que está perdido, que ha agarrao p'al lao del fachinal grande, que estamos en la rinconada del campo de Bustos?

Y el gaucho torna a reirse... «¡Vaya con el mocito, que se pierde en las casas!»

Cosme no puede ver en lo obscuro la expresión de los ojos del mozo; que si no, no se reiría con tantas ganas. Don Panchito, en el colmo de la confusión que lo domina y de la humillación que siente, es capaz de matarlo de un tiro.

Otro hombre llega al galope y sujeta de pronto su caballo. Es el mensual de campo de la estancia.

—¿Lo hayó?—pregunta con una voz alegre y cristalina que hace erizar la piel a don Panchito.

—Sí, aquí está... ¿No ve? ¿No le decía? ¡Perdido, el hombre!

Y el peón se echa a reir a su vez, como la cosa más natural del mundo.

Entonces don Panchito se yergue en los estribos:

—No me he perdido—dice,—no sean brutos, no sean animales... Estoy aquí porque se me da la gana, y se acabó.

Y hay tanta rabia en sú voz atiplada y tanta indignación en su vehemencia, que los dos hom-

bres se quedan estupefactos mirándolo, silenciosos.

Los caballos batanean el agua con sus patas inquietas, y el poncho de Cosme se agita bajo el viento como un gran pájaro negro.

Al cabo dice el capataz :

—Güeno ; vamos, entonces, si le parece...

—¡ Vamos !

Y así, en la noche y entre aquellos dos jinetes que lo acompañan y guían, don Panchito, agobiado por el peso de su humillación, parece un prisionero de guerra que va rumiando rencores.

IX

Es una mañana templada y límpida, una mañana alegre como la risa franca de la infancia. Don Panchito, que ha madrugado mucho a pesar de las fatigas del día anterior, está ahora sobre la alta plataforma del molino haciendo el mecánico. Bibiano le asiste en su tarea y aparece allá, al extremo de la escalera galvanizada, como un insecto negro, adherido a la punta de una paja.

Se trata de cambiar dos bulones en el remate de la varilla, dos bulones que se han quebrado y cuyos sustitutos no pudo conseguir don Panchito el día anterior, pero que acaba de traer de *San Luis* el mensual de campo, hace un momento.

Don Panchito debe estar muy alegre, porque silba y canta, allá arriba, mientras ajusta las tuercas, esas grandes tuercas enaceitadas que ponen en sus dedos manchas retintas, y porque bromea de cuando en cuando con Bibiano, nada tranquilo al parecer, en la *eminente posición* que ocupa.

—¿Y se le pasó el miedo, amigo?

—¿El miedo? Yo no tengo miedo, don Panchito—replica el muchacho prendido a los barrotes con la tenacidad de una lapa, y llenos los bolsillos de herramientas diversas.—Yo no tengo miedo, don Panchito.

El joven se ríe, mirándolo de reojo.

—¿A que no soltás una mano?

—¿Que no?

Y el muchacho para probar su bravura, aparta un milímetro la diestra temblorosa del peldaño cilíndrico.

—Vea...

Don Panchito, paternal, aplaude la hazaña.

—¡Bien, tigrecito!... ¡Bien!... Dame la llave inglesa, ahora.

Bibiano alcanza la herramienta, y luego dice con tono misterioso y quedo:

—Ahí anda el patrón, don Panchito; ya se ha levantao.

El joven se vuelve y ve, en efecto, a su padre, que, detrás de la casa y cubierta la cabeza con su gran sombrero de paja, se ocupa en destruir concienzudamente con el pie una procesión de hormigas negras que ha descubierto marchando junto al muro.

Don Pancho odia las hormigas porque ama los árboles, y por más que a la vejez haya dado en cuidarse el cutis, es frecuente verlo bajo el

sol de fuego matándolas una por una, con un rencor tan evidente que tiene algo de cómico.

Don Panchito lo saluda agitando la llave inglesa, allá en lo alto.

—¡ Hola ! ¡ Buenos días !...

Don Pancho contesta con breves movimientos de cabeza ; se queda luego mirando hacia el molino por espacio de algunos segundos, y después lentamente vase cabizbajo y con las manos en los bolsillos, en dirección al palenque de los peones.

—Ya anda con la luna—murmura don Panchito, con los labios contraídos y poniéndose serio, mientras forcejea con una tuerca rebelde.—Ya anda con la luna el viejo...

Don Pancho se introduce por entre los alambres en aquella suérte de corral que forman los postes del nuevo palenque que ha hecho construir, y se pone a examinar cuidadoso los grandes estacones de sauce que, plantados en la estación propicia, lucen sólo desairadas cimeras de ramitas tiernas, pero que han de transformarse, con el tiempo, en grandes árboles que servirán de protección a los caballos contra el sol riguroso del estío. Inclinado sobre la tierra negra, sobre la tierra generosa y virgen, donde pugnan por brotar el mastuerzo y las gramíneas, pese a la persecución eterna de la azada, don Pancho da vueltas en torno de los troncos, en busca de probables enemigos. No hay hormigas, pero

nunca falta algún gusano dañino, algún bicho de cesto, que quiera medrar a costa de la salud del árbol, y a ése, el patrón lo toma con cuidado, lo coloca en el suelo y lo tritura con los pies, murmurando palabras que bien pudieran decirse de ritual :

—¡ Tomá, gaucho ! ¡ tomá, pa que aprendás !...

Don Panchito, que ha mandado a Bibiano a buscar una herramienta, observa pensativo las evoluciones de su padre, y se siente molesto. ¡ Oh ! lo tiene tan sabido que una mirada sola le basta para conocer el estado de su espíritu.

—El viejo está furioso, está estrilado. Pero ¿ por qué ? ¿ y contra quién ?

Don Panchito bien lo sabe, está seguro de conocer los motivos de aquella cólera, pero se esfuerza por engañarse, en la intranquilidad de su conciencia.

—Toda la vida lo mismo—murmura ;—siempre igual, queriendo asustarlo a uno con paradas fallutas... Si está enojado conmigo ¿ por qué no me lo dice ?

En ese momento oye un rumor de galope que le hace volver la cabeza, y vé a Sandalio que se acerca en un lobuno grandote. Viene todo roñoso, con la bombacha arremangada a media pierna y salpicado de barro hasta la espalda.

Don Pancho, apoyado en el alambre supe-

rior del pequeño cercado, lo mira llegar inmóvil.

—¡ Güen día, patrón !

Y levantando su sombrero viejo y verdoso, desmonta a cuatro pasos del palenque. Entonces don Panchito ve, desde su alto observatorio, que su padre, después de dirigir hacia el molino una mirada instintiva, sale por entre los alambres del palenque y se aproxima a Sandalio. Este se queda inmóvil, y el joven sorprendido nota como palidece, hasta el punto de tomar el color de la aceituna.

Don Pancho comienza a hablar con viveza, pero en un tono de voz tan contenido que el joven no alcanza a entender una palabra. Ve las manos de su padre agitarse ante la cara del gaucho, inmóvil y como petrificado ante la baraúnda de insultos que deben salir de aquella boca, pero nada más.

La vieja Laura sale de la cocina, mira hacia el palenque curiosamente, y luego vuelve a meterse en su cueva, como una rata asustada.

Bibiano, que cruza el patio con una lima en la mano, se detiene un momento para mirar ; pero, apenas enterado de lo que aquello significa, continúa su marcha hacia el molino.

Don Pancho levanta ahora la voz. Sus frases comienzan a llegar a los oídos del joven, hirientes y crueles como lazazos.

—No ; lo que hay es que vos sos un gaucho

trompeta, un gaucho sinvergüenza... ¡ Gaucho cornudo ! ¡ Lo que yo debiera hacer es pegarte unos rebencazos para que aprendás a entender las cosas !...

A don Panchito se le escapa la llave inglesa de las manos, que cae rebotando entre los travesaños de hierro de la torre, hasta hundirse en las profundidades silenciosas.

—¡ Oh ! ¡ la llave !—exclama Bibiano, deteniéndose a mitad de la escalera.—¡ La llave, don Panchito !

Pero el joven no lo escucha. En aquel momento su padre toma al gaucho viejo por la barba y lo sacude con violencia.

—¡ Mándate mudar—grita—gaucho cornudo, si no querés que te mate !

Y el joven, ya con el pie puesto en el primer tramo de la escalera para bajar, ve como Sandalio recoge su viejo sombrero que se ha caído, y como, montando a caballo, se aleja lentamente, con la espalda encorvada y la cabeza mora descubierta, mientras que el patrón, después de observarlo por espacio de un minuto, vuelve haca las casas liando un cigarrillo, pensativo, el rostro ceñudo y pálido.

Don Panchito suspira, y después de meter los dedos por entre sus cabellos rubios y escasos, se apresura a terminar la operación. Ha resuelto algo, sin duda ; algo que quiere llevar a la prática cuanto antes.

—Dame la lima, mijo.

—Se cayó la llave, don Panchito.

—Sí, ya se... No importa.

Y mientras corrige con la lima la rosca defectuosa de un tornillo, el joven no deja de echar miradas de reojo hacia el camino lejano, hacia el camino tortuoso que se pierde allá, en la línea del horizonte claro, y donde la silueta obscura de Sandalio, afinada por la distancia, parece que se alarga y se acorta bajo la acción del galope.

X

Media hora más tarde, don Pancho está ante el espejo del ropero amarillo de su cuarto, quitándose las canas. El cuello de la camisa, desprendido, deja ver el pecho musculoso y blanco, donde las capilares traslucen sutiles ramazones y donde el vello vigoroso se encrespa formando remolinos. Tiene arremangadas las mangas, y sus brazos robustos y bien torneados emergen de la camiseta gris, tan blancos y armoniosos que se dirían dos brazos de mujer, si no estuvieran unidos a aquellas manos tan grandes y tostadas como las manos de un hombre de trabajo.

Fijos en el espejo sus ojos pardos, brillantes, don Pancho se aplica a la tarea que lo entretiene de vez en cuando, y que realiza con una complacencia ajena a su carácter.

El índice siniestro explora cauteloso entre la maraña tordilla del pescuezo, y señala a las pinzas niqueladas lo hilos de plata, esos hilos blancos que han de desaparecer en homenaje a la

todavía no llegada decadencia de don Pancho; decadencia que debe evidenciar sin duda cierto número de canas en la barba, porque el viejo señor de *La Florida* no se acuerda de las de la cabeza al parecer, y sólo se preocupa de las que nacen en la cara.

Don Panchito entra en la habitación muy acicalado y mirándose los dedos.

—¡ Cómo se mete esta porquería de alquitrán entre las uñas !—dice rezongando.

Y don Pancho, después de haberse pasado la mano por el sitio donde había una cana que arrancó y que ahora le escuece, pregunta indiferente :

—¿ Y acabaste eso?

—¡ Sí, uf ! Hace ya rato.

—¿ Quedó bien?

—Sí, muy bien. ¡ Ah ! se me cayó la llave inglesa entre el pozo...

—¡ Bah, bah ! ¡ Milagro había de ser !

—¿ Desgracia, fatalidad, querrás decir?—replica el joven maliciosamente.

Y don Pancho, que torna a ponerse serio, agrega, mientras opera dificultosamente debajo del mentón :

—¿ Supongo que no pensarás dejarla ahí? Es preciso sacar eso.

Don Panchito, que está admirado de hallar a su padre tan corriente, se apresura a decir en tono conciliador y manso :

—Sí, sí; la sacaré mañana... Mañana temprano ¿sabes? porque hoy tengo que hacer.

—¿Adónde vas?

—Voy a ir hasta *El Cardón;* hasta lo de Eduardito.

—¡Bah, bah, bah!

Y don Pancho pone en sus labios un nuevo gesto de desprecio.

—¡Le debo visita, papá!

—Sí, ya sé; pero maldita la gracia que me haría ir a visitar a semejante *guaso*... Yo no sé, verdaderamente...

—Y ¿qué quieres?—murmura el joven encogiéndose de hombros.—Yo no tengo por qué desairarlo; es mi pariente, al fin y al cabo.

—¿Tienes caballo?

—Sí, he mandado traer la tropilla de la overa.

—No vayas a llevarte el oscuro ¿eh? Mira que lo preciso.

—No; perdé cuidado;—y don Panchito se ríe, burlón, al pensar que su padre cree todavía que sus viejos caballos de silla, mañeros, flojos y pesados, son los mejores de la estancia y la eterna tentación de todo el mundo.—No, perdé cuidado—repite:—voy a ensillar el alazán que a mí me gusta.

—Tené cuidado con ese animal; mirá que es medio diablo.

—¡Oh, bah! ¿Y qué es para un criollo?

Don Pancho sonríe, cosquillado por el gra-

cejo de su hijo, con aquella su media sonrisa avinagrada, y agrega en tono burlón pero amistoso :

—Para un alemán querrás decir...

—¿Alemán?...—replica don Panchito con sobresalto.—¿Alemán? ¡Soy tan alemán como Bibiano!

—¡Es cierto—y don Pancho, sacudiendo sus hombros con el pañuelo, para quitar las canas que se han quedado adheridas a la camiseta, agrega irónicamente, mirando al joven con ojos escrutadores.—Es cierto. Yo no he visto una persona en quien haya hecho menos efecto la vida europea. Parecería...

Don Panchito lo interrumpe entonces para decir con vehemencia y conteniendo la risa :

—¿Y? ¡naturalmente! ¿O vos esperabas que yo viniera con un acento de bárbaro?

—¡No! pero ¡caramba! Cinco años de Alemania, me parece...

—Sí, es verdad, cinco años—replica entonces ingenuamente don Panchito;—pero si allá lo que menos hablábamos era alemán. Arturo Rodríguez y Castro Videla y todos los de la colonia... ¡Bah! allá todos los estudiantes argentinos no hablan alemán sino cuando les es absolutamente necesario.

—¡Muy lindo, entonces! ¿Y cómo estudiaban?

—¡Ah!—replica entonces don Panchito for-

malizándose ;—¡ eso es otra cosa ! Pero yo me refiero a la vida íntima, a la vida en la colonia... Te aseguro que en ella no se hablaba más que español, y que muchos de los estudiantes alemanes, como Ernst Lustspiel, por ejemplo, lo aprendieron perfectamente.

—¡ Está bueno !—exclamaba don Pancho.—Yo creo que todavía va a resultar que vos sabés tanto de agronomía como tu primo Eduardito.

Un leve tinte rosado invade las mejillas del joven.

—Esperá, esperá—dice en tono petulante,—esperá que comencemos esos trabajos, y verás.

Don Pancho continúa como si no le oyese :

—El otro día te pregunté el nombre de un yuyo que es aquí abundante, y no supiste decirme...

—¿ Y qué quieres? ¿ Acaso uno por ser agrónomo tiene que conocerse todos los yuyos de la tierra? ¡ Está bueno ! A nosotros nos enseñan los nombres de las plantas forrajeras y de las plantas dañinas, pero...

Don Pacho lo interrumpe entonces con viveza :

—¿ Forrajeras? Pues, hijito, ésta es bien forrajera, la comen todos los animales.

—Sí, bueno, sí ; pero no es de las consideradas tales por la ciencia. Será algún yuyo indígena, un yuyo originario de aquí, de Dolores.

—¡ Bah, bah, bah !

—Te dije que era una gramínea...

—¡ Ah, sí ! ¡ mucho adelantamos con eso !

Don Panchito, apoyado en el respaldo de la cama, se muerde los labios y medita cejijunto y serio. Aquellas palabras de su padre lo mortifican, porque cree que las dice convencido de su falta de preparación ; pero el joven se equivoca : don Pancho las ha dicho porque está nervioso y porque su perversidad de hipocondriaco necesita desahogarse con alguno, aunque este alguno no sea otro que su propio hijo. Y si no, que lo digan esos ojillos inquietos y brillantes, y su media sonrisa que hace ante el espejo, mientras fricciona vigorosamente con petróleo su calva reluciente. Don Panchito tiene los ojos turbios, y medita por espacio de algunos minutos, hasta que al cabo dice :

—¡ Naturalmente ! Para vos, tengo que ser un ignorante, un bruto... para vos, que entendés tanto de estas cosas de campo, que hace veinte años que estás viendo ahogarse las ovejas todos los inviernos sin poder evitarlo. ¡ Ji, ji, ji !

Y don Panchito se ríe con una risita irrespetuosa y mala, que hace bailar los ojos de su padre bajo los párpados entornados.

—Yo, en cambio, en cuanto he venido, me de dado cuenta de la cosa.

—¡ Ah, sí !

—¡ Ya lo creo ! ¡ era tan sencilla !

—Sí ; gastando plata, todos somos muy diablos. Yo también.

En ese momento asoma por la puerta que comunica la alcoba con el comedor, la greñuda cabeza de Bibiano.

—Don Panchito—dice—ya está el caballo— y luego agrega, dirigiéndose al patrón :—Ahí está don Manuel, patrón...

—¿Don Manuel? Bueno, hacelo pasar al escritorio, que ya voy.

Sale Bibiano, y don Panchito pregunta displicente :

—¿Quién es ése?

—Don Manuel ; don Manuel Rodríguez ; el gallego de *La Esquina.*

—¡ Ah ! ¿El de *San Luis?*

—Eso es ; es un buen hombre ; un infeliz. Es el alcalde.

—¡ Ah !

Y tras un breve momento de silencio, don Panchito agrega :

—Bueno, hasta luego, entonces...

—Hasta luego, hijo. Andá con cuidado ¿eh? Cuidado con perderte.

—¡ Oh, bah !

Sale el joven, y don Pancho se apresura a concluir su tocado.

Peina sus escasos cabellos grises con un gran peine de carey, que resulta excesivo para tan

poco pelo ; cálzase las gruesas botas de becerro con caña estrecha, que, cuidadosamente lustradas, ha puesto Bibiano al lado de la cama ; ciñe su cintura, flexible todavía, con el cinto del revólver ; se pone un saco, y, después de echarse una última ojeada en la luna del espejo, sale de la alcoba con su gran sombrero de alas anchas.

Al cruzar el patio bajo el sol de fuego que llena el horizonte de brillazones fantásticas, el patrón oye un rumor que le hace volver la cabeza, y ve a su hijo que se aleja al galope.

—¡ Qué muchacho !—murmura, y antes de entrar en el escritorio silba, llamando a Bibiano.

XI

Tiene la perilla rubia como las barbas de los choclos nuevos, y conserva, a pesar de la crudeza del aire de los campos, el cutis fresco como una mañana de septiembre.

Dicen los malos que don Manuel Rodríguez esquilma y extorsiona a su clientela gaucha, y que basta que un vecino, movido por la necesidad o por los vicios, caiga en la trampa de aquellas *libretas* complicadas para que poco a poco vea desaparecer su hacienda sin poderlo evitar, como si aquel sucio librillo de veinte hojas fuera una oculta boca de tormenta que tragara insaciable. Sin embargo, esto debe de ser incierto desde el momento que Rodríguez es alcalde del cuartel y uno de los acopiadores más prestigiosos del partido. Sale muy poco a visitas porque tiene mucho que hacer, pero siempre que puede no deja de allegarse a *La Florida*, para ver a don Pancho, su viejo protector y amigo.

El lo ha iniciado en la *carrera política*, y si no fuera por él, como lo repite siempre, habría su-

frido grandes perjuicios en sus negocios, perseguido por los rencores de un caudillejo del pago.

Don Pancho lo oprecia y lo distingue. Se diría que los hombres fuertes, cuandò se ven aislados, sienten la necesidad de amar y proteger a alguien con el sobrante de su energía.

Así, pues, el patrón lo mira en aquel momento con una sonrisa picaresca y buena, mientras él, sentado enfrente, habla, y apoya sus palabras chicoteando las cañas de sus botas coloradas con un rebenque trenzado y nuevo, con el rebenque rígido y blanco que ha tomado al azar, seguramente, de aquel mazo enorme que tiene a la venta, allá en la pulpería.

—Me revuelcan la lana en la tierra—dice don Manuel—para que pese más ; me echan barrigas entre el vellón ; y estos pillos creen que van a engañarme... ¿está usted?...

Don Pancho, sonriente, aprueba con la cabeza ; y él continúa :

—Ibarra quería que le pagara por sus cueros vacunos el mismo precio que a usted... Unos capachos sin estaquear, secados así no más, a la de Dios es grande, encima del rancho, y todos llenos de ojales... ¿está usted?...

—Sí, sí, son unos brutos—asiente el patrón risueño.—Aquí, sin ir más lejos, viera usted qué trabajo tengo que tener con éstos para que no me hagan alguna porquería. Son muy animales.

Bibiano entra en ese momento con el mate, y lo entrega al pulpero. El *gallego*, mirando el suelo pensativo, alarga sus labios sonrosados sobre la bombilla de plata, y los tragos resuenan en su gaznate, bruscos y enormes como los tragos de un buey. Don Pancho, pensativo también, pero sonriente, juega en su escritorio con un gran cortapapel de marfil, ya amarillo de tan viejo, y Bibiano, plantado junto a la puerta, se defiende de las moscas pegajosas, con manotones mecánicos. El sol cae sobre el techo de cinc como una lluvia de fuego, y se trasluce, rojizo, a través de los postigos cerrados, de los postigos aquellos, cuyas vetas obscura, marcadas como en un transparente, se ablandan bajo la acción del calor, esparciendo en el recinto, limpio y estrecho, un suave olor de resina.

El pulpero devuelve el mate.

—Gracias, hijito—y luego, animado y risueño, pregunta a don Pancho:—¿Con que, entonces, ha venido el muchacho? Debe estar hecho un hombre ¿verdad? ¡Caramba! ¡Cómo hubiera querido verlo! Ya tenemos un ingeniero en el cuartel.

—Sí—responde don Pancho.—Sí, ya le digo, cuando usted llegó, él acababa de irse. Está tan alto como yo.

—Sí, sí, y debe saber mucho ¿no? En Europa se enseña.

—Ya lo creo; Panchito viene bien preparado. Los alemanes saben hacer estas cosas.

Y el viejo muestra en sus ojillos brillantes esa satisfacción que siente cuando habla de su hijo o de otra cualquier cosa que le pertenece en algún modo.

—Y diga usted, don Pancho—continúa el *gallego*.—Y diga usted... ¿ahora le hará dar algún buen puesto en Buenos Aires? Caracoles, un ingeniero! Y usted que tiene tantas relaciones por allá...

Don Pancho lo mira serio por espacio de algunos segundos, y luego replica con resolución y firmeza:

—No, ¡qué esperanzas! Mi hijo se quedará aquí, se quedará conmigo. Me parece que en ninguna parte podrá emplear mejor sus conocimientos que aquí, donde están sus intereses ¡caramba! ¡no faltaría más! ¡el único hijo que tengo, en Buenos Aires, y yo aquí, mientras tanto, soterrado como una bestia!

El *gallego* acaricia apresuradamente su perilla.

—Sí, sí, es verdad. No había reparado en ello. Pero ¿sabe usted?... yo lo decía porque dicen que la vida de campo no es buena para la gente joven. Los muchachos se hacen chúcaros... ¿está usted?... se acostumbran mal y concluyen después por amachimbrarse con cualquier china... Sin ir más lejos, ahí tiene usted a

Eduardito y a los ingleses de *La Torre*. Da lástima ver mozos instruídos, mozos bien educados, criados como quien dice «entre pañales de Holanda», completamente perdidos por causa de una vida de dejadez y de abandono. Su hijo es joven todavía, don Pancho, y las malas compañías pueden perjudicarle...

Don Pancho se echa a reir con un gran gesto de orgullo.

—¿Panchito?—dice.—¡Oh! pierda cuidado, amigo; usted no le conoce. Panchito es un muchacho serio, Panchito es un hombre; usted verá.

A don Manuel le parece que ha dicho demasiado, y se apresura a volver sobre sus pasos:

—¡Ah, naturalmente! Entonces la cosa varía; si él ha salido a usted, no hay por qué abrigar ningún temor. Sí, sí; al fin y al cabo, los otros...

—¡Ya lo creo! Los otros no han tenido un padre que los educara. ¡Había de haber sido hijo mío el Eduardito!...

—¡Oh, ya!

Y tras una breve pausa, el pulpero agrega con vehemencia:

—Y no es porque sea malo Eduardito. El muchacho no es malo en el fondo, pero es débil, no tiene carácter y se deja arrastrar por una punta de pillos... El otro día, sin ir más lejos...

Don Pancho lo interrumpe incorporándose:

—Vea, don Manuel, no me cuente, no me cuente nada. Ya estoy harto de las estupideces del muchacho ese. ¡ Qué le vamos a hacer ! No me cuente.

El narrador, interrumpido así de pronto, se pone de pie también, algo cortado sin duda ; pero, viendo que la cara de don Pancho no es de enojo, sonríe en seguida y se apresura a decir :

—¡ Está bien, don Pancho, está bien ! Tiene usted razón. ¿Para qué?

—Naturalmente. A ése ya le he hecho la cruz.

—¡ Naturalmente !

Hay un corto silencio que el pulpero, cabizbajo, emplea en golpear suavemente con la lonja las cañas de sus botas nuevecitas, y al cabo dice don Pancho :

—Bueno, don Manuel, yo tengo que hacer... Si quiere, iremos juntos hasta la tranquera del puesto de *Los Toros ;* después...

—Cómo no, señor, cómo no—se apresura a decir el hombre.—Es usted muy dueño...

Y ambos salen del escritorio, mirando de reojo aquel gran sol que declina y alarga en el suelo las sombras de las cosas.

El gran caballo obscuro del patrón está allí, al reparo de uno de los frondosos árboles del patio. Será viejo como lo afirma don Panchito, pero tiene un aspecto arrogante y fiero.

Aquel recado, hecho todo con prendas regaladas a su dueño por diferentes personas y en distintas épocas, le sienta a maravilla; y por más que el cabestro formidable de cogote de toro no se avenga con el poema de trenzas del bozal, ni la ancha cincha sucia y manchada con el sobrepuesto flamante de cuero de carpincho, el conjunto es armónico, y el obscuro se muestra orgulloso de sus prendas, allí, rienda arriba, amusgadas las orejas y haciendo balancear la fina pontezuela de plata en los movimientos nerviosos de su cabeza impaciente.

El caballo del pulpero, allá, en el palenque, ofrece con el del patrón un contraste completo. Es un tordillo negro, anguloso y flaco, que se duerme con la cabeza gacha, sin ver que las riendas se han desatado del poste y se arrastran por el suelo dejándolo en libertad. El tordillo de don Manuel no lleva ni bozal ni cabestro, y el gran cojinillo negro se ajusta al recado por medio de una sobrecincha de tantos colores, que, vista desde lejos, parece un retazo de alfombra.

Es que don Manuel opina, como todos sus paisanos, que el caballo en el campo sólo es una máquina que sirve para transportarse de un punto a otro, una máquina para cuyo funcionamiento resultan completamente innecesarias muchas de esas prendas que el hombre de nuestros campos supone imprescindibles.

Don Manuel se dirige hacia el palenque, castigando siempre con la lonja de su rebenque las cañas de sus botas crujidoras, y el patrón, después de tomar el cabestro de manos de Bibiano, monta, pisando apenas el pequeño estribo negro de asta de búfalo, sobre aquel gran caballo obscuro que no se mueve y que permanece firme y erguido en un desplante soberbio.

—Decile a Cosme que me haga agarrar el azulejo.

—Sí, seor, sí.

—Que haga sacar el ternero, ése que se ha entrado en la quinta.

—Sí, seor, sí.

—Yo no sé dónde tienen los ojos ustedes.

—Sí, seor...—pero Bibiano sofrena a tiempo, dándose cuenta de su error.

—¡ No ven nada !... Bueno, hasta luego.

Y el patrón se dirige lentamente hacia el palenque, donde don Manuel está cinchando su tordillo.

Cinco segundos más tarde, y en momentos en que Bibiano recoge apresuradamente unos cascotes para cazar un chingolo que ha venido a posarse en el linde del patio, don Pancho silba desde lejos, y el muchacho, arrojando sus proyectiles, va hacia allá a la carrera, a través de los yuyos.

—¿ Seor ?

—Mirá, si Panchito pregunta por mí, le di-

ces que he ido hasta allí no más, a ver al alambrador.

—Sí, seor, sí.

—No te vayas a olvidar ¿eh?

—No, seor, no.

—Hasta luego.

—Ta luego, seor.

Y Bibiano se queda parado en el sitio, mientras don Pancho va a reunirse con el pulpero, que viene hacia él, jinete en su tordillo charcón y muy abiertas las piernas.

XII

Deben ser más de las seis, porque ya falta poco para que el sol se ponga al ras del horizonte. Al este, el cielo va cargando sus tonos color lila, esos tonos que presagian la sombra, mientras que al oeste, todo es luz todavía, luz descompuesta en un polvillo sutil de grana y de oro.

Se oyen balidos de oveja, apagados, lejanos, y sólo de vez en cuando, desde alguna reunión de chajáes oculta y silenciosa, parte algún grito metálico que desconcierta la calma.

Don Pancho sofrena su caballo. El obscuro tiene surcos de espuma en el pescuezo y en los encuentros sudados, y largos filamentos de baba blanquísima se deprenden del freno cada vez que sacude la cabeza altanera.

El patrón, pensativo, habla a la bestia con un nosequé de cariñosa inconsciencia, e inclinado hacia el cuello le acaricia el *tuse* correcto de las crines retintas.

—¿Qué dice el viejo? ¿Qué dice mi caballito? ¿Qué dice el precioso?

Y como si comprendiese las palabras, pero sin dejar de mirar la población que tiene delante de los ojos, el animal vuelca de vez en cuando una de sus orejas inquietas, y apresura el paso, elástico y largo, ese paso flexible que imprime a su cola corta y arqueada un incesante meneo.

La llegada del patrón provoca en el puesto un movimiento inusitado.

Sandalio, Rosa y los muchachos varones salen a recibirle hasta el palenque, y acallan con puntapiés enérgicos los gruñidos de los perros alborotados, mientras allá, a lo lejos, vese un jinete a gran galope buscando el paso del fachinal leonado.

A un centenar de metros de las casas, don Pancho detiene su caballo junto a un matorral de paja brava, y se inclina y mira.

En el palenque hay como un estremecimiento de malestar indefinible.

—El potrillo ¿no ves?—murmura Sandalio con voz torva.—Ya lo vido.

Rosa se alza de hombros, y espantando los jejenes con su mano robusta y roja, replica indiferente :

—Ya te lo dije... ¿pa qué lo dejaron ahí?

Sandalio parece contrariado y confuso.

—¿Y qué hacemos ahora?—murmura ;—¿qué le decimos?

—¡ Oh, qué le vas a decir ! ¡ Qué sé yo !

Las pisadas del obscuro resuenan ya en el patio, y los cascos inquietos arrancan pellas de tierra endurecida.

—¡ Buenas tardes !

—¡ Güenas tardes, patrón ! ¡ Felices los ojos que lo ven puacá ! ¡ Abajesé !

Don Pancho desmonta junto a la puerta de la cocina.

—¿ Cómo están?

—Muy bien, patrón. Lo devisamos dende lejos, dende que salió del fachinal.

—¡ Ah sí?

Y después de estrechar la mano de Rosa, pregunta, mirando a Sandalio fríamente :

—¿ Y ese animal muerto?

—Ese... ese animal muerto...

Pero el hombre, con la lengua seca, no atina a agregar una palabra.

Rosa interviene entonces para sacarle del pantano :

—Ah sí—dice,—es el potrillo bayo ¿no es eso? Sí ; debe de haberse muerto en la noche, el agua. Estaba tan flaco... ¡ animalito e Dios ! Los chicos lo hayaron ayer tarde del otro lao de la laguna y lo arrastraron hasta aquí.

—Sí, pero ¿el cuero? ¿Por qué no sacaron el cuero?

—Porque estaba podrido, patrón. Con esta

calor el cuero se pudre en seguida, del lao de abajo; en seguidita, en seguidita...

Don Pancho mueve la cabeza con expresión dubitativa, pero no insiste.

—Bueno—dice en tono diferente,—que le den agua al obscuro; y a ver, Rosa, si me da usted un mate... un mate bien cebado.

—¡Como no, señor! en seguidita... en seguidita... ya voy. Pase pa dentro. ¡Marcelina!... O a menos que usted prefiera sentarse aquí ajuera; estará mejor con la fresca. ¡A ver un banco, Pedro!... ¡aquí, en seguidita!...

Tres son los bancos que le presentan a don Pancho en aquel apresuramiento obsequioso y servil.

El patrón escoge uno ancho y bajito. Se sienta en él, secándose el sudor de la frente con los extremos del pañuelo que lleva al cuello, y pregunta a Sandalio en tono incisivo y bajo:

—¿Quién es ése que salió recién de aquí?

—¿De aquí?... ¿de aquí?

Y una oleada de sangre empurpura la frente del gaucho, que mira el campo sin saber qué decir.

—Sí, de aquí—insiste el patrón.—Sí, ése que salió recién...

—Ah, Ulogio, patrón, Ulogio, el puestero de *La Clara*.

Don Pancho guarda silencio por espacio de algunos segundos, que el gaucho trémulo le pa-

recen siglos, y al cabo dice, levantando la vista y mirándolo en los ojos, entre despreciativo y curioso :

—Pero decime... ¿vos no tenéis vergüenza?

—¿Yo, patrón?—y el pobre viejo pone una cara de asombro temeroso.—¿Yo, patrón?

Entonces don Pancho sacude la cabeza, y dice sonriendo, mientras castiga el suelo con la lonja de su rebenque :

—Andá, andá, que le den agua a mi caballo... ¡andá!

Vase el gaucho cabizbajo y sin decir más, arrastrando sus alpargatas embarradas sobre el piso de tierra endurecida, y el patrón lo mira alejarse con los párpados entornados y su eterna sonrisa mala dibujada en los labios finos.

Un perro amarillo, flaco y grandote se acerca entonces despacio, y viene a olisquear sus botas mansamente. El patrón lo ahuyenta con un rebencazo sonoro y cruel, con un rebencazo que lo hace correr a través del patio con el lomo arqueado y lanzando gritos lastimosos.

—¡Tomá, sarnoso! ¡tomá pa que aprendás!

En ese momento aparece Rosa con un mate en la mano, y viendo el perro, que echado en el suelo trata de lamerse el lomo dolorido, exclama a manera de disculpa :

—¡Pucha con los animales estos! ¡Siempre han de estar encima de la gente!

—¿Y...? ¿y Marcelina?

—Ahí está, patrón. Ya viene en seguidita... Se está arreglando para venir a saludarlo.

—¡Oh, bah! ¡Dígale que no se incomode, caramba!... Ya se lo he dicho, que para mí está bien de cualquier modo.

Por el rostro de Rosa pasa entonces como una nube de fastidio, y puestas sus manos en las caderas, gira el busto y dirige una mirada larga y cansada hacia un punto cualquiera del horizonte. Don Pancho observa aquel gesto y dice en seguida con voz incisiva y cruel, pero en tono muy bajo:

—Ya he visto que el gaucho Eulogio anda otra vez por aquí ¡caramba!

Al oir las palabras del patrón, los ojos de la puestera se vuelven con sobresalto para mirarlo, y su rostro palidece de una manera visible.

—¿Ulogio?

—Sí, Eulogio, el de *La Clara*...

Rosa va a replicar, pero un roce de polleras la detiene, y aparece Marcelina en el umbral de la puerta.

—Buenas tardes—dice con voz tímida.—Buenas tardes, padrino.

Y se acerca al patrón con la diestra tendida y crujiéndole los visos almidonados bajo aquella pollera nueva de percal clarito, que se esponja sobre sus caderas ensanchándolas más todavía.

—Vaya, vaya—exclama el patrón con la faz

iluminada por la alegría más franca.—Ya estaba cansado de esperarte. Estás muy bien con ese vestido, muy bien. Pareces una señorona; —y se le alarga el rostro al decir esto, bajo una emoción que no se cuida de disimular, y toca la falda de la muchacha, y arregla los pliegues con sus dedos nerviosos, como si aquello fuera su propia obra, una obra de la cual se sintiese orgulloso.—Estás muy bien, Marcelina, muy paqueta;—y vuelve a sentarse para contemplarla mejor, allí, bajo el alero y ante la inmensa gloria del sol que se va entrando—Y... decime una cosa, Marcelina... ¿los zapatos? ¿y los zapatos amarillos?

—¡Oh! ¿y no los ve?

Y la muchacha, inclinando el busto, asoma por debajo de la falda un piececito menudo y coqueto, calzado con un chapín de tafilete, con su gran moño.

— ¡Ah, muy bien! te quedan lo más bien; —y don Pancho pasea sus dedos temblorosos sobre el cuero inflexible.—¿No te duelen?

—¡Oh, no señor! ¡me quedan lo más bien!

—No me digas señor, Marcelina.

—Bueno, padrino.

Y se nota algo de violencia en la voz y en el gesto de la muchacha, que sonríe.

—Te voy a comprar unos de charol ahora. ¿Qué te parece?

—¡ Oh no, padrino ! ¡ Con éstos tengo bastante ! ¡ No, por favor !

—¿ No te gusta estar paqueta?

—Sí, padrino, pero después... después se burlan... usted sabe...

El rostro de don Pancho se altera por completo, y hay una brusca contracción en su entrecejo poblado.

—¿ Cómo?—exclama preso de una cólera tan violenta como súbita.—¿ Quién se burla? ¿ Sandalio? ¿ Rosa? ¡ decimeló !

La muchacha, sorprendida, se asusta y palidece en un principio, pero muy luego, conociendo sin duda el dominio que ejerce sobre aquel hombre, se apresura a decir riendo :

—¡ Pero, padrino ! ¡ por favor, no sea así ! ¡ Qué genio tiene ! Yo quise decir que alguno se burlaría después... Yo...

—No ; es que yo sé—replica don Pancho con viveza,—es que yo sé que algunos andan hablando por ahí... ¡ Ah ! ¡ pero yo les voy a romper el alma, como hay Dios !

—¡ No crea, padrino ! ¡ Debe de ser chismes !...

—Chismes...

En ese momento se oye la voz de Rosa, que llama desde adentro :

—¡ Marcelina !

—No vayas, hija—dice don Pancho sordamente.—¡ Que venga ella si quiere !

—¡ Pero, señor!

—¡ No vayas!

Felizmente, Rosa, que ha oído o no las palabras del patrón, asoma a la puerta de la cocina.

—Tomá, hijita—dice entregando la pava que acaba de retirar del fuego.—Seguí vos con el mate, que yo voy a picar la carne.

—Ta bien, mama.

Y la moza, recogiendo el mate que el patrón ha puesto sobre el banco, lo ceba con cuidado y se lo alcanza.

—Diga, padrino, si está bien.

—Muy bien, muy bien, hijita. Pero sentate, no estés así parada.

—Estoy bien, señor, gracias...

—No, sentate.

Entonces Marcelina toma un banco, y después de colocarlo frente a don Pancho, se sienta y pone la gran pava tiznada al alcance de sus manos.

Al verla allí tan cerca, tan sumisa, tan femenina y tan bella, el patrón siente como un estremecimiento de voluptuosa ternura y suspira hondamente, mirándola en los ojos:

—¡ Qué linda estás, Marcelina!...

—¿Linda?

—Sí; parece mentira que seas hija de unos gauchos tan brutos...

La muchacha se pone seria; cualquiera diría que va a defender a sus padres de una acusa-

ción tan injusta, pero se limita a decir en tono de pregunta, y después de haber recapacitado un instante con el entrecejo contraído:

—Anoche estuvo aquí don Panchito, su hijo ¿no?... Es muy güen mozo ¿verdad?

El rostro de don Pancho se alarga repentinamente. El patrón desvía sus ojos de aquellos otros, que lo interrogan tan negros y tan tranquilos; y apartando la bombilla de sus labios, se queda mirando el horizonte. Ella insiste, en su infantil inocencia:

—¿Verdad, padrino, que es muy güen mozo?

Don Pancho se vuelve entonces con cierta brusquedad, y después de escudriñar hasta el fondo de aquellos ojos serenos sin descubrir nada, acaba por sonreirse, malicioso y burlón.

—Sí—dice,—sí; es muy buen mozo Panchito; es tan buen mozo como el padre...

Marcelina no repara en el tono, y pensativa y seria, con sus negros ojos agrandados por el esfuerzo mental, murmura convencida y como si hablara consigo misma:

—Es muy güen mozo... Yo nunca había visto un hombre así en mi vida... nunca, nunca...

Don Pancho, nervioso, se apresura a romper aquel encanto que mata:

—Eso es muy feo, Marcelina...

—¿Qué?... ¿por qué?... ¿el qué, padrino?

Y su rostro moreno, azorado, se tiñe de un rubor repentino. Don Pancho, con los finos la-

bios contraídos, filtra entonces sus palabras a través de una media sonrisa avinagrada y cínica:

—Es muy feo, Marcelina. Una señorita como vos no debe decir nunca que un hombre es un buen mozo.

—¿Por qué?

—Porque es muy feo; porque se burlarían de ella, porque parecería una guasa...

Marcelina abre la boca en el colmo de la estupefacción y la sorpresa, y sus ojos se empañan; se diría que va a llorar.

—¡Ah, padrino!—murmura al cabo.—¡Ah, padrino! Yo no sabía que era malo. Mire, por esta cruz que no lo volveré a decir. ¡Que me caiga muerta!...

Don Pancho sólo entonces sonríe paternal y bueno:

—No es nada, hijita, no es nada; pero yo te lo digo para enseñarte, para que sepas.

—Sí, señor, sí; ya lo sé.

Y es un don de los dioses ver, en aquel crepúsculo inmenso, aquella cara de virgen inclinándose humilde ante la cara del amo, aquilina y fiera, como esos viejos perfiles que se oxidan en el cobre de las monedas antiguas. Sandalio cruza el patio lentamente, y entonces el patrón agrega apresurado y en tono que quiere hacer ligero y casi indiferente:

—Panchito es bueno; yo lo quiero mucho,

sí; pero tiene muy mal carácter; tiene un genio tremendo.

Los ojos de Marcelina se agrandan por el asombro.

—¡Oh, vea! y a mí que me había parecido tan güeno.

—¡Uf! un genio de todos los diablos, un genio imposible...

—¡Ta güeno!... y no parecía ¿verdad?

—¡Oh!...

Hay unos segundos de silencio. Don Pancho se entretiene en azotar el suelo con su rebenque, y la muchacha mira, sin ver, las evoluciones de las gallinas, que se acomodan entre las ramas de los paraísos.

En el gran horizonte oeste ya no queda más que oro, un oro pálido, manchado apenas por pinceladas de grana, y una paz inmensa comienza a reinar sobre los campos. El patrón se pone en pie.

—¿Se va, padrino?

—Sí, m'ijita, ya es tarde. Ya es muy tarde...

—¡Mama! ¡tata! ¡que se va el patrón!

Don Pancho sacude la cabeza con un gesto breve de disgusto, pero luego pregunta indiferente:

—¿Estuviste hoy en la escuela?

—Sí, señor, sí.

—Y ¿qué tal?

—Bien, señor, bien.

—Bueno, hasta la vista entonces... Yo no sé si podré venir mañana; pero, en todo caso, me mandas decir con Cosme cómo estás...

—Sí, señor, sí.

Danse la mano y se separan, pero don Pancho se vuelve, apenas ha dado un paso. Se diría que vacilase, que hubiera olvidado algo.

—¡Bueno, adiós, hija!

Y pegando con el rebenque en el suelo se va de nuevo, apresuradamente, hacia el palenque, en donde Sandalio le aguarda junto a su caballo.

Y Marcelina lo mira alejarse pensativa y seria.

XIII

Es una población que se derrumba bajo el peso del abandono y de los años. Hay verdín en los muros blancos, agrietados por la humedad y por los soles, y la maleza brava llega hasta el pie mismo de los grandes árboles del patio.

Alternan con los cuartos de material viejos, mezquinos ranchos enormes, puestos como al azar por todas partes y que muestran en sus techos de paja ennegrecidos, corcovados, diformes, la constante labor de la intemperie.

Los sauces tormentados proyectan sobre el patio amplias manchas de sombra, y tienen las ramas bajas cortadas a un mismo nivel por el diente de los caballos ociosos.

Un molino, sin rueda, se hunde, allá abajo, entre la alta maciega, y así, decapitada y escueta, parece su torre el recuerdo melancólico de una civilización que se ha ido.

Don Panchito desmonta en el palenque. Dos gauchos que dormitan a la sombra, tendidos

sobre el recado y casi entre las patas de los caballos, levantan la cabeza para mirarlo.

—¡ Buenas tardes!

—¡ Güenas!

—¿Está Eduardito? ¿El patrón?

—No sé, señor, no sabré decirle; nojotros no somos de acá.

Y vuelven a cubrirse la cara indiferentes, para seguir durmiendo.

—¡ Caramba!—murmura el joven, admirado del caso; pero, como al levantar los ojos ve junto al alero de uno de los ranchos más próximos dos mujeres que lavan, ata su caballo y se dirige hacia ellas.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Una de las mujeres, gruesa y petisa, continúa, sin mirarlo, restregando empeñosamente una prenda mugrienta; pero la otra, alta, blanca y coloradota, con todas las características del tipo vascuence, se yergue sacudiendo sus manos mojadas, y atiende al forastero con una sonrisa interrogante puesta en sus ojos, más azules que los trozos de cielo que recorta, allá arriba, el frondoso ramaje de los árboles.

—¿Está el patrón?

—¿Eduardito? Sí, señor; debe de estar allí, del otro lao de la cocina.

Y la moza alarga un brazo redondo y sonrosado hacia el sórdido rancho que se ve allá, al

fondo del patio, un rancho giboso con puertas diminutas y que parece una excrecencia brotada de la tierra.

Don Panchito oye voces y risas de chacota, apagadas, lejanas.

—Voy a ver—dice,—muchas gracias.

—De nada, don...

Y mientras el joven atraviesa el patio haciendo crujir sus correctas polainas amarillas, revolotean los cuchicheos y las risas con que las mozas comentan su llegada.

Dos chinitos sucios, panzones, casi desnudos, se revuelcan junto a una de las puertas que vomitan humo, y un cachorro barcino los acompaña en la holganza, acostado sobre el lomo y con las patas al aire.

Don Panchito pasa de largo, da la vuelta al mojinete y se presenta en la reunión.

—Muy buenas tardes.

—¡ Panchito ! Pero ¿sos vos, hermano?

Y Eduardo, derribando su asiento de una *patada*, salta sobre su primo en un transporte sincero de entusiasmo.

—¿Cómo te va? ¡ Cómo me alegro !—grita.—¡ Palabra, que no te creía capaz de venir ! ¡ Palabra, que ya estaba bastante retobao con vos, chancho, ¡ sinvergüenza ! ¡ ingrato con tus parientes !

Y lo estrecha y le palmea, lleno de alegría, sin reparar que las alpargatas se le han salido

y que está pisando en el suelo con sus medias blancas y largas.

Don Panchito se ríe cosquillado por la acogida franca, pero más aún por el aspecto que tiene su primo con aquella boina azul, aquella camiseta listada y aquellas medias de gaucho, ceñidas sobre la bombacha, debajo de la rodilla.

—¡ Qué loco ! ¡ qué rico tipo ! ¡ Parecés un esquilador !

Y así como ríe don Panchito, ríen también casi todos los presentes, con esa risa que tienen las personas cuando se sienten bien y satisfechas.

—Vení, sentate—dice.—¡ Ah ! te voy a presentar al señor Gutiérrez, escribiente de la comisaría... Mi primo Panchito Suárez...

—Tanto gusto.

Y al estrechar la mano de aquel *compadre*, el joven hace, sin querer, un gesto de vinagre.

Eduardito prosigue, como si tal cosa :

—El vasco Murtúa... ¿sabés?... el hijo de don Pedro, aquél que tenía fonda en Dolores... ¿te acordás?... Zoilo, mi mayordomo... Todos buenos muchachos y gente alegre ¿verdad? ¡ Ah ! ¡ che, vos, Filomena ! vení pa cá... me olvidaba...

Don Panchito repara recién en una mujer rubia, desdentada y flaca, que cose bajo el alero y que se incorpora risueña en cuanto oye que la llaman.

—Mi señora—dice Eduardito satisfecho.—Es de aquí, de Dolores ¿sabés?... se la quité a un meritorio.

—¡ Ah ! tanto gusto.

Y el joven mira para todos lados, sorprendido e inquieto. El establecimiento de su primo le resulta en extremo curioso. Pero Eduardito, que no está para reparar en nada, se pone a gritar desaforado :

—¡ Gumersinda ! ¡ Gumersinda ! ¿ Dónde se mete esa vieja, caracho ! ¡ Gumersinda !

—¡ Aquí estoy, hombre !... Ni que lo estuviera degollando ¡ caramba !—Y la mujer torpe y mugrienta que aparece en la puerta de la cocina evidencia la mala voluntad y la pereza en todas las arrugas de su cara.—¿ Qué hay? ¿ qué se le ofrece?

—No te enojés, viejita, no te enojés—replica Eduardito chacotón, — no te enojés y óime. ¿ Quedan empanadas de las que hicieron hoy?

—No.

—¡ La pucha !

—Se las dieron las muchachas a los forasteros.

—¡ Ah !—y Eduardito, pensativo, se rasca la cabeza por debajo de la boina.—¿ Habrá carne?

—Hay un capón entero.

—Bueno, vas a poner un asado ¿eh? Porque vos—dirigiéndose a Panchito,—querrás comer algo ¿ no?

—¿Yo?—y el joven pone en su cara pálida un gran gesto de estupefacción y de sorpresa.—¿Yo? ¿Estás loco?

—No; pero, como habrás almorzado temprano...

—Pero ¡qué rico tipo! ¡Pero, mijo, si son como las cuatro de la tarde!—y busca en el rostro de los que lo rodean una expresión de asentimiento.—¡Qué rico tipo!

Pero todos aquellos amigotes de su primo bajan la cabeza, disimulados y serios, manifestando con su actitud que opinan de otra manera. Eduardito se pone grave entonces.

—Dejate de embromar—dice,—dejate de embromar, Panchito. Ponga el asado no más, y que sea grande; si no comemos nosotros, comerán esos forasteros antes de irse. En *El Cardón* no se mezquina la carne a nadie; no es estancia de gringos.

Un murmullo de satisfacción y de aplauso elevan los parásitos al oir esto, y don Panchito sonríe, encogiéndose de hombros, ante la gauchada de su primo.

Hay unos segundos de mutua contemplación y de silencio, que al cabo rompe el escribiente de policía para decir en tono de tarberna:

—Ché, loco ¿por qué no nos hacés servir unas copas en osequio a la visita? No seas guarango.

A don Panchito le chocan las palabras del tipo, pero su primo, el otro descendiente de aquel

guerrero ilustre cuyo retrato, cubierto de polvo y de manchas de mosca, mira allá en *La Florida* con ojos altivos a las gentes, se apresura a complacer el pedido, entusiasta y alegre.

—¡ Cómo no, hermano ! ¡ gran idea !—grita levantando los brazos y tirando su boina.—Vaya alguno ; andá vos, Filomena ; andá vos, será mejor. Andá, pichoncita, hace el servicio ; trai de todo, no seas haragana.

Y la pobre mujer rubia, la pobre mujer cuyo rostro paspado por el aire del campo se contrae en una eterna sonrisa de ternura profesional se levanta entonces con desgano.

—¿ Tenés la llave, corazón ?—pregunta gangosamente, acariciando el cuello de su hombre.

—No sé ; no, debe tenerla la vieja, pedísela —responde Eduardito, y ella se va lentamente, así mustia, así destruída, casi sin pestañas ni cejas, pero sonriendo siempre a Eduardito, al escribiente de policía, al mayordomo y a todos los hombres de la tierra.

XIV

Es casi de noche ya. Los dos mozos conversan junto a un cerco de alambre, inmediato al sitio donde Eduardito tiene la cancha para varear sus parejeros famosos, el *Bocatuerta* y el *Zaino.*

Han charlado mucho de mujeres y de carreras, de las trampas que hace un gaucho Meléndez con su caballo *Lechuza* y de las *farras tremendas* celebradas por don Panchito en Europa y por su primo en Dolores ; y ahora el primero, que habla de todo como si de todo entendiese, está aconsejando a su pariente la conveniencia de dar avena a los caballos que corren, por que es *mucho mejor.*

Eduardito lo escucha meneando la cabeza con aire de duda, mientras que, puesto un pie sobre los hilos del alambrado, trata de arreglarse las medias que se caen sobre las alpargatas grasientas.

—No me parece, no me parece—repite.—Vos serás todo lo ingeniero que quieras ; pero, en eso

de cuidar caballos para correr, yo tengo bastante experiencia, creeme...

Don Panchito se ríe burlonamente.

—¡ No digás macanas ! Vos hacés como hacen los gauchos, y nada más. Conservan los mismos procedimientos en todas las cosas ; los procedimientos viejos, que se usaban hace dos siglos. Yo hablo porque sé de caballos, porque he leído mucho, y porque he visto cuidarlos allá en Europa ¿sabés?... allá en Europa, donde las cosas se hacen bien y no se macanea.

Eduardito apoya sus dos brazos en un poste del alambrado, y pisándose un pie con el otro mira sonriente el horizonte rojizo, cargado de vapores.

Don Panchito agrega :

—¡ Oh ! si el viejo quisiera tener caballos, verías vos qué bien andaría aquello.

Eduardito vuelve entonces hacia su primo su cara morena y gorda, su cara risueña y maliciosa.

—Vos atenderías eso ¿no?

—¿Y? ¡ Ya lo creo ! Yo lo atendería. ¿Quién mejor que yo?

—¡ Ah, naturalmente !

Y el mozo cambia la dirección de su mirada, para que el otro no se dé cuenta de que lo está gozando, con el disimulo hipócrita del gaucho verdadero.

—Vos tenés esto muy abandonado, mijo ; es

una lástima. ¡ Y tanto provecho como se podría obtener de un campo bueno como el tuyo !

—¡ Ah, ah ! Es verdá... Sin embargo, no creas que la cosa anda tan mal, enteramente. El año pasado, sin ir más lejos, saqué mejor precio por mis novillos que tu padre por los suyos.

—¡ Ah, bah ! ¡ el viejo !...—replica don Panchito despectivamente.—Pero no se trata del viejo ; ahora soy yo el que va a arreglar todo eso.

—¡ Ah !

Y Eduardito vuelve a morderse los labios para disimular una sonrisa.

—El viejo está cansado ; el viejo ya no quiere hacer nada.

—¡ Ah, ah !

Y ambos se miran en los ojos como si quisieran averiguar algún secreto que les hace cosquillas en la mente.

A Eduardito le bailan las pupilas, las pupilas negras, brillantes.

—¿ Y qué hace el viejo ?—dice al cabo.—¿ Qué hace ahí solo, metido en *La Florida* y sin salir pa ningún lao ?

Don Panchito se encoge de hombros, y después de recapacitar por un segundo, replica, mirando al suelo pensativo :

—¿ Qué hace ?... Ahí está siempre. ¿ Qué quieres que haga ?—y los ojos del joven se clavan interrogadores en los de su primo, que esquiva la mirada.—¿ Por qué ?

Eduardito sonríe ya cara a cara, y pregunta con aire de extrañeza :

—¿No sabes, entonces?

—¿El qué no sé?

Y don Panchito se pone serio y preocupado.

—¡Caramba! eso del puesto... eso de *la Señorita*... eso que se dice...

—¡Yo no sé nada!

—Pues, hermano, yo creía que sabías. Todo el mundo lo sabe.

—¡Yo no sé nada, te doy mi palabra!

Eduardito recapacita, y después de carraspear un momento y escupir a gran distancia sobre el pasto amarillento, dice malicioso :

—Bueno, todo el mundo lo sabe mejor, o todo el mundo dice que tu padre *vive* con la hija de Sandalio López, con la chica esa, hija del puestero de la Laguna de *Los Toros*... ¿no sabés?

Don Panchito siente, al oir esto, que una oleada de sangre sacude el corazón, e intensamente pálido se queda mudo, mordiéndose los labios.

—¿Qué tenés?—le pregunta Eduardito alarmado.

—Nada, ché, nada ; seguí no más.

—¡Pero si te has puesto amarillo, hermano!

—¡Pero te digo que nada! ¡que no tengo nada! ¡caracho!

Y la actitud de don Panchito, ya casi fuera de

sí y con los ojos saltados, sorprende y disgusta al mozo, que en un principio no sabe qué actitud asumir, y se queda en silencio, mirándolo estupefacto.

Pero don Panchito comprende y se domina.

—Bueno, seguí, hermano—dice en distinto tono.—Seguí...

Eduardito lo mira todavía un segundo, entre desconfiado y risueño.

—¿Avisá si sos loco?—gruñe.

Don Panchito se quita la gorra y pasa una mano febril por sus cabellos.

—No, hombre, seguí... seguí...

—Bueno; mi tío, como te iba diciendo, vive con la muchacha desde hace una punta e tiempo... y se explica, hombre solo y callao como es, ha tenido que buscarse arrimo...

Don Panchito lo interrumpe con vehemencia:

—Pero el viejo no vive con ella, estás macaneando. ¡No sé cómo puede vivir con ella, si él está en la estancia y ella está en el puesto!

Eduardito se encoge de hombros, entonces, y levantando sus manos a la altura de la cara, replica muy serio:

—¡Ah! yo no sé, hermanito... eso es lo que se dice. Yo no lo he visto...

Don Panchito, lívido y sombrío, tiene los ojos puestos en el suelo, y un temblor convulsivo agita sus labios.

Su primo lo mira de reojo, curioso e intrigado,

porque no alcanza el porqué de aquel efecto, y porque se admira de que el joven haya podido estar ignorando una cosa tan sabida.

—Pero si todo el mundo lo sabe—repite con energía al cabo de algunos segundos.—Pero si todo el mundo lo sabe... Vieras los escándalos que ha dado mi tío por esa muchacha.

Don Panchito le dirige una mirada anhelosa, y él continúa :

—Es linda, a sigún dicen, yo no la conozco. Vos sabés que, desde aquello que pasó con tío, yo no entro pa nada en *La Florida.* Pero eso sí ; no creo que valga tanto como para que un hombre se ponga así como un toro... Mirá—y Eduardito, después de arrancar una cañuela de alfilerillo para mascarla, continúa en tono de magíster.—Mirá, ése es el resultado de no haberse divertido cuando joven ; ése es el resultado de haberse pasao la vida sin ver a nadie, metido así entre las casas. Vos la conocés a la muchacha... ¿no? ¿cómo no la vas a conocer?

—Yo no ; yo no la conozco...

—Bueno ; dicen que es una paisanita como cualquiera otra ; una paisanita que no vale dos... patadas. Vos ya ves la mujer que yo tengo, blanca, rubia y limpia... ¿no es mil veces mejor? y sin embargo, ahí tenés, ya estoy por largarla. El hombre no debe encariñarse con las mujeres.

El mozo se calla, y entonces don Panchito se

pone a hablar, lleno de amargura y de contenida violencia.

—Yo no sé—exclama.—Yo no sé hasta cuándo uno tendrá que ver porquerías. Mire que un viejo, mire que mi padre, que un hombre blanco en canas, ande haciendo esos papelones y dando que hablar a todo el mundo... ¡ Ah ! pero yo se lo voy a decir... Tanto estiramiento y tantas paradas, tanto criticarlo a uno, para venir a caer en esto.

Y en la mente del joven comienzan a atropellarse ahora los rencores viejos, claros y nítidos, bajo aquella luz que acaban de hacerle en el cerebro. ¡ Oh ! ¡ su padre lo ha estado engañando como a un bobo, como a un imbécil, sin duda !...

Eduardito interviene entonces, razonable y tranquilo.

—¿ Para qué ?—dice,—¿ para qué le vas a decir nada ? ¡ Un disgusto al ñudo ! El hombre se ha acomodao, y ahora estará tranquilo ; dejalo que aproveche...

Y se ríe luego, lleno de canallesco escepticismo.

Don Panchito torna a ponerse lívido, y en sus ojos extraviados y turbios flota, por un instante, como una sombra asesina.

—¿ Qué ?—grita.—¡ No te jo...robás ! ¡ A mí me las va a pagar ! ¡ A mí me las va a pagar, te aseguro !...

Eduardito, sorprendido una vez más por aquel

ex abrupto, se queda un momento serio y callado. El carácter de su pariente no se aviene con el suyo, tranquilo y manso, ni con la clase de vida que él se ha propuesto hacer allá en el campo, en medio del bienestar y la chacota. Pero como, aunque débil, es de buen fondo, no tarda en reponerse, y habla de nuevo a don Panchito, insinuante y suave:

—¿Y al fin y al cabo, a vos que te importa? —dice.—Yo creo que no pretenderás erigirte en mentor de tu padre. Dejá que el pobre se divierta, que bastante debe haber penado ya en el mundo.

Don Panchito guarda silencio, y aunque *retobado* como un toro, escucha la charla infantil con que la inocencia de su primo quiere cicatrizar las heridas ocultas de su alma.

—Y al fin y al cabo — continúa Eduardito con un tono de extrañeza en su voz atiplada,— al fin y al cabo, lo que el viejo hace no es deshonra para nadie. Yo no veo en qué pueda mortificarte a vos que tu padre se divierta con quien mejor se le ocurra. Vos ya no sos un chico tampoco para no saber que los hombres tenemos debilidades...

Don Panchito sigue callado, y le escucha con la vista baja, ceñudo y pálido, mientras sus dedos nerviosos prenden y desprenden maquinalmente los últimos botones de su blusa.

—...Y después, que debes tener considera-

ción por tu padre, aunque la cosa no te guste. ¿Vos no creerás que mi tío está loco por esa muchacha, que la quiere más que a su vida? Figurate que, cuando se enfermó de no sé qué cosa, con unos días perros, unos días de agua y viento en que todos los pasos estaban a nado y casi todo el campo al tronco de la cola, el viejo hacía hasta tres viajes por día para ir a verla.

Panchito se pasa las manos por los cabellos.

—¡ Oh, no me extraña !—exclama.—¡ Mi padre ha sido siempre bueno, para todo el mundo, menos para mí ! ¡ Y siempre que ha podido reventarme no ha dejado de hacerlo !

—Esas son macanas — replica Eduardito. — Esas son macanas. Lo que vos debés hacer es no preocuparte de estas cosas, y divertirte. Hacé como yo, hermano. Yo me río de todo lo que pueden decir, y la gozo a rajacincha. Sé perfectamente que hay una punta de lambe cuzcos que se ocupan en ir a contar a tu padre todas las cosas que yo hago, pero a mí se me importa un pito. Demen mujeres y caballos, y algo bueno de bebida, y después que se venga el mundo abajo... Mirá, venite a vivir conmigo ; arrejuntate con alguna hembra, y verás qué distinta vida se pasa en *El Cardón*.

Don Panchito mueve la cabeza con disgusto, pero él continúa cada vez más entusiasta :

—Mirá, hermano ; esta noche vamos a Do-

lores... Mirá, hay una mujer, una tal Lola, que acaba de llegar de adentro; yo pensaba traérmela en lugar de Filomena, pero si vos querés, te la dejo... ¡palabra! Yo soy así por los amigos; no soy egoísta, ni soy chancho; y es una mujercita macanuda, blanca, rosada... ¡te prevengo!

Se ve que don Panchito no puede resignarse, y que la charla de su primo es lo menos a propósito para ayudarle en aquel trance. El joven suspira, se pasa las manos por los cabellos y va a recostarse en un poste inmediato, en donde se queda pensativo.

Eduardito lo mira contrariado, y se entretiene en arrancar *colas de zorro*, cuyos tallos tiernos y acuosos va quebrando después entre los dientes. El, en su pobre cerebro, no concibe que pueda haber un hombre medianamente constituído, que ante un ofrecimiento así, tan generoso como el que acaba de hacer él a su pariente, no se haya arrojado en sus brazos lleno de alegría. Lola es una mujer a quien se disputa todo el mundo, y de cuyas distinciones él está tan orgulloso...

—¡Caramba!—piensa.—¿Qué le pasará a este loco? ¡No se imagina el sacrificio que me cuesta hacerle un servicio semejante! Es que él no sabe cómo es Lola; así como la vea...

Don Panchito vuelve a suspirar al cabo, y

dice con el tono melancólico de un enfermo romántico que quiere atraer simpatía:

—¡ Eduardito !

—¿ Eh ?

—Esta noche yo me voy a quedar aquí, si no te incomodo... No quiero volver hoy a *La Florida*...

El mozo tiene, al oir esto, uno de sus acostumbrados transportes de entusiasmo.

—¡ Vaya, hombre !—exclama a gritos.—¡ Así quiero verte ! ¡ Nada de macanas ! ¡ Verás la que vamos a armar ahora ! ¡ En cuantito cenemos, a Dolores ! ¡ Vamos a poner el pueblo patas pá arriba !—y se mueve, y se agita, y le palmea, como presa de una necesidad irresistible de estar alegre y de meter bulla, para resarcirse de los segundos de seriedad a que se ha visto precisado.—Vení, vamos pa las casas, que es hora e lo vermutes... ¡ vamos !

—¡ Qué ! ¡ si yo ni tomo !

Don Panchito sigue, sin embargo, al mozo, y juntos atraviesan el alto pastizal por una huella. Al llegar al palenque, ven a un hombre sentado en el recado. Es un paisano de mediana edad, chúcaro y torvo como novillo fachiner.

—Buenas tardes, amigo—dice Eduardito, haciéndose el gaucho.—¡ Buenas tardes !

—Güenas—responde el otro, sin moverse de su sitio.

—¿Por qué no pasa a la cocina, amigo? ¡Pase!

—Ahorita voy...

—¿Quién es ese guaso?—pregunta don Panchito al alejárse.

—Ni sé—responde su primo;—debe de ser algún forastero.

—¿Un forastero? ¡y ni siquiera se levanta para hablarte!

Eduardito se encoge de hombros y sonríe.

—¡Bah! ¿qué querés? ¿Quién se fija en esas cosas?

—¡Es una insolencia! ¡A mí me la había de hacer, gaucho roñoso! ¡le rompo el alma!

Y ambos entran en la cocina, en aquella cocina obscura y llena de gente, donde el escribiente de policía ensaya en la guitarra, y en donde son recibidos con una ruidosa explosión de aplausos.

XV

Bajo el sol matutino, que comienza a hacer sentir sus rigores, el nervioso alazán galopa largo y tendido, cortando campo.

Aunque pálido y con esas grandes ojeras que pone en ciertas naturalezas el desgaste nervioso, don Panchito viene contento, como si aquella noche de agitación y de insomnio hubiera servido para borrar todo el horror de las preocupaciones pasadas.

Se admira de no sentir ni sueño ni cansanció ; y, mientras con ojos brillantes recorre toda la amplitud del paisaje, apura a grandes sorbos el aire tibio, el aire embalsamado por los aromas del pastizal maduro, y sonríe complacido con aquella su boca pequeñita y mala, cada vez que el caballo abate la cabeza en su arrogante escarceo.

Ha dejado a la izquierda el puesto de la laguna de *Los Toros*, el puesto aquel cuyos ranchos blanquizcos, semiocultos entre el follaje que azula la distancia, parecen animales mañe-

ros echados entre las pajas; y ahora tiene ante los ojos la llanura ondulante y suave, la llanura armoniosa, cerrada allá, a lo lejos, como por una gran barrera, por la línea difusa del fachinal obscuro.

De pronto detiene su caballo... Y es que allí, muy cerca, entre el pasto, y erguido el penacho de la cola como si fuera una cimera antigua, acaba de descubrir un gran zorrino, que avanza cauteloso con su extravagante galope de costado.

El joven sonríe y saca su revólver.

¡Pim! ¡pam!... Dos nubecillas de polvo se alzan muy cerca del zorrino, y el alazán, con un bufido salvaje, se echa de lado, en una tendida tan brusca que por poco no descompone al jinete.

—¡Mancarrón de...!—exclama don Panchito despechado y furioso; y con la misma mano en que conserva el revólver descarga una cachetada sobre las quijadas del bruto enloquecido.— ¡Tomá, pa que aprendás!...

El alazán se abalanza, gira en vueltas vertiginosas y quiere disparar, pero don Panchito lo contiene con mano firme, y lo obliga a avanzar, erguidas las rejas, arqueado el cuello y los ijares palpitantes.

El zorrino se detiene una vez y da el frente, agitando como un amenaza el plumero caudal, sobre la felpa listada de su lomo.

—¡ Ingo !...

Pero es inútil. El caballo ve el revólver y se enardece tanto que no permite fijar la puntería. Don Panchito rezongando desmonta entonces.

—¡ Pim !... ¡ pam !... ¡ pim !...

Cada disparo es un tirón brutal que tiene que aguantar del caballo, un tirón salvaje pue lo hace retroceder y que casi le arranca el cabestro de la mano. Pero el último tiro ha dado en el blanco. La alimaña ha caído, y se retuerce ahora sobre el pasto.

Don Panchito habla al caballo, lo palmea para tranquilizarlo ; y luego, guardando el revólver, caliente todavía y manchado por el humo, llega y se inclina sobre la víctima, para erguirse en seguida otra vez, con un gesto de repugnancia en la boca altanera.

—¡ Pobre bicho !...—murmura ; y mientras que un fuerte olor de ajo y de almizcle vase esparciendo por la atmósfera y saturando las cosas, don Panchito mira de reojo cómo salen apresuradamente de la triste cabeza abierta, y cómo caen sobre el pasto, unas gotas muy negras y muy grandes.

—Así es la vida—piensa.—Así son las cosas. Si yo tuviera una bala ahí, en la nuca, estaría lo mismo. ¡ Pobre bicho !

El zorrino ya no se mueve. Con la boca entreabierta y las pupilas dilatadas, mira estupe-

facto el abismo insondable del espacio diáfano, y el cefirillo matinal frisa la felpa de su pelo obscuro, lo mismo que los vientos del invierno la superficie azul de las lagunas.

—¡ Pobre bicho !

Unos teros alertean muy cerca, y don Panchito vuelve la cabeza.

—¡ Hola ! ¡ hola !

Y es que allá a su izquierda acaba de divisar dos bultos, dos jinetes que se aproximan largamente espaciados. Parecen ser dos muchachos, y llevan al tranco sus caballos.

Don Panchito pone una mano ante los ojos, pero el sol, resplandeciente como un disco de metal bruñido, le impide apreciar los detalles y ve tan sólo que uno de los jinetes, el más apartado, monta un petiso blanco o tordillo, y que el otro lleva algo en su vestimenta, algo que aparece sobre el fondo dorado del campo y del ambiente como una enorme margarita roja.

Don Panchito *mancorna* su caballo y monta presuroso.

—¿ Quiénes podrán ser ?

El alazán relincha, y el joven, alzándose en los estribos, no puede contener un gesto de sorpresa. Es una mujer la que viene ; una mujer cuya bata encarnada luce a la distancia como una flor de malvón, y cuyo busto oscila al andar del caballo, con ese vaivén característico en las mujeres del campo.

—¡ Diablo! ¿Quién podrá ser?

Y el joven, vivamente picado por la curiosidad, se aproxima al galope. La mujer ríe y conversa a gritos con su acompañante, que se preocupa bien poco de ella y va inclinado sobre el cuello del petiso, examinando los matorrales blanquecinos.

De pronto, don Panchito sofrena bruscamente. Una oleada de sangre invade sus facciones pálidas, y se queda alelado de sorpresa.

—¡ Marcelina!... ¡ Qué fatalidad! ¡ caracho!

—Güen día, don Panchito. ¿Cómo le va?

Y al chischás de las patas de su overo bicocho, entre los yuyos, ella se va acercando al patroncito, infantil y expansiva como un niño.

Tiene la cara morena, la cara cuyos rasgos acentúa la sombra del clásico pañuelo, llena de risa y de sonrojo. Se diría que es el genio travieso de los campos, sorprendido en sus aventuras por un hombre; que es el genio divinamente puro que preside el misterio de los pajonales infinitos, saliendo a recibir al joven en aquella soberbia mañana de diciembre.

—¡ Qué milagro! ¡ tan de madrugada, don Panchito!

—¿Cómo le va, Marcelina?—y el joven, sintiendo que tiene las orejas más encarnadas que la bata de la moza, trata de disimular su emoción arrancando vedijas de lana del borde del

cojinillo, por debajo del sobrepuesto de cuero de carpincho.—¿Adónde van?

—¿Nojotros? A la escuela, a la escuela, pué.

—¿A la escuela? ¡Ah, a la escuela! ¡No sabía!

Y don Panchito se calla, como si tuviera dificultades en la lengua.

Ella continúa siempre risueña, y mirándolo con sus grandes ojos aterciopelados y profundos.

—Sí, pué, a la escuela. Allí en el campo e *La Clara*, pué; en la zapatería de don Pedrín... y señala un punto en el horizonte sudoeste, levantando el brazo armado de un viejo talero descosido.—Allí está la escuela.

—¡Ah!

Y el joven sigue arrancando vedijas de lana febrilmente, porque su cerebro, convertido en un caos, no le permite formular una pregunta.

Pedro, el hermanito de Marcelina, aquel chicuelo rubio, feo y contrahecho, como un pequeño Cuasimodo criollo, se acerca al galope del petiso, trayendo un pichón de martineta casi ahogado entre sus manos roñosas.

—¡Güen día!—grita desde lejos, y luego viene a detenerse junto a ellos todo sudoroso.—¡Güen día, don Panchito!

—Buen día. ¿Has agarrado una perdiz?

—Sí, señor, sí; un pichón.

Y se ríe con su gran boca desdentada y roja como la boca de un ternero chico.

—¡ Qué bueno!—exclama don Panchito mirando a Marcelina.—¡ Qué bueno!

Ella interviene entonces gravemente :

—Está lleno—afirma ;—está lleno de pichones de perdiz por todas partes. ¡ Allá en las casas tenemos una punta!

—¡ Ah sí?

—Y usted... ¿cazó algo también, no? Oímos los tiros...

—Sí, un zorrino grandote.

Y don Panchito la mira con una expresión tal, en los ojos y en la cara, que no parecen sino que aquella frase fuera la más tierna que pudiera construirse en el habla castellana.

Marcelina se sonroja visiblemente.

—Sí, hay muchos.

Y luego se inclina para matar un tábano que ha venido a posarse en el pescuezo de su petiso barrigudo.

Está tan bella y tan femenina así, inclinada y con el rostro lleno de arrebol bajo el pañuelo floreado que cubre sus cabellos, que don Panchito no espera más, no puede más, y se decide.

Una emoción entre angustiosa y dulce ha venido a invadir todos sus centros y a entregarle sojuzgado, inerte, a aquello que es para él como un delito enorme, pero que lo atrae y lo fascina con el poder de un encanto irresistible. No

ha encontrado la solución, pero ya nada le importa, y todas las dudas que atenaceaban su cerebro van huyendo ahora, arrolladas por aquella luz de aurora, por aquella luz que engendra la esperanza en el corazón del hombre más escéptico y llena su horizonte de promesas.

—¿Qué hora será, don Panchito?

—Deben ser como las cinco ¿por qué? ¿Está muy apurada?

Marcelina no contesta, pero acaricia irresoluta las crines del overo como si le costase arrancarse de aquel sitio.

—¿Cuándo va a dir pal puesto?—pregunta al cabo, sin mirarle.

—¿Yo?

—¡Ah, ah!

—¿Yo? ¡Yo... caramba! No sé. Muy pronto.

Y lleno de ansiedad, busca aquellos ojos esquivos, que le huyen como si quisieran ocultar sus impresiones.

¡Oh!... ¡y cómo el recuerdo del *Viejo* resulta odioso a don Panchito, en medio de la explosión de luz y de colores que llena su cerebro!

Ella continúa en voz baja:

—Cuando vaya, le voy a enseñar una cosa...

—¿Qué? ¡digamé!—y con la faz iluminada, el joven trata de aproximarse, arrimando inadvertidamente los espolines al alazán, que pega un salto.—¡Digamé, digamé, por favor!

—No, no; cuando vaya, cuando vaya.

Y se ríe, con aquella risa pícara que descubre sus dientes diminutos.

Don Panchito se decide entonces:

—Vea, Marcelina—dice tartamudeando y con suave inflexión de ruego;—vea, yo quisiera conversar con usted... Tengo muchas cosas que decirle... tengo...

Los labios de don Panchito se han puesto exangües, y Marcelina, que debe tener las orejillas rojas debajo del pañuelo, mira a su hermano, por desconfianza y por instinto, y luego dice simplemente:

—Güeno.

—Los voy a acompañar entonces hasta la tranquera.

—Güeno, eso es.

El chicuelo rubio, que los ha estado considerando atentamente, hace girar en seguida su petiso, y se adelanta, taloneando recio y oprimiendo entre las manos pequeñas y sudadas al pobre cautivo, que no quiere resignarse y que aletea.

Comienzan a andar, y al ver el contraste que forma su alazán con el petiso peludo que lleva Marcelina, don Panchito pregunta con malicia:

—Es bellaco ¿no?

—¡Sí, muy bellaco!

Y se ríen ambos, mirándose en los ojos, mientras el muchacho, que se ha apeado una vez

más, allá, a lo lejos, corretea como un borrego entre las pajas.

—¿Algún pichón?...

—Sí...—y don Panchito suspira ruidosamente para llenarse los pulmones de aire.—Marcelina...

—¿Eh? ¿Qué, don Panchito?

—Marcelina ¡maldita sea la hora en que la conocí!

—¡Jesús! ¿Y por qué, don Panchito?

El joven sonríe, haciéndose el romántico.

—Porque soy muy desgraciado, Marcelina...

En los ojos de la muchacha se pinta un asombro ingenuo.

—¿Usted desgraciado, don Panchito? ¡No diga!

—¡Sí, Marcelina, yo!

—Un mozo joven, un mozo rico... ¿cómo puede ser eso?

—¡Usted tiene la culpa!

Y el patroncito mira a la distancia, para disimular su emoción.

—¿Yo?

—Sí, Marcelina, usted.

El petiso peludo se ha detenido de pronto, y los grandes ojos de la muchacha, empañados y ansiosos, interrogan a don Panchito, que no los mira y que tiene la cara toda descompuesta.

—¿Por qué me dice eso, caramba?

El joven quiere sonreir, pero no puede. Sus

facciones están rígidas, y su boca torpe, como si estuviese ebrio.

—Digamé... ¿por qué? ¡Digamé, no sea malo!

—Porque usted no me quiere, Marcelina... ¡Por eso!

Hay un momento difícil de silencio. La moza se ha puesto encarnada como su bata y como la pulpa de sus labios frescos, e inclina la cabeza ahora, sin saber qué decir.

Don Panchito recupera su aplomo.

—Sí, usted no me quiere, Marcelina—repite, —¡y yo, que la quiero tanto! Yo, que sería capaz de dar la vida por usted... ¡Ah, Marcelina, usted no tiene corazón! A usted le gusta hacer sufrir a las personas. Parece imposible que una muchacha tan linda como usted... que la mujer más linda que he visto en mi vida... la mujer...

Ella levanta los ojos y lo mira a la cara.

—Sí, la mujer más linda—continúa el joven con vehemencia.—Le juro, Marcelina, que usted es la mujer más linda que he visto desde que tengo uso de razón.

—¡Mentira!

—¿Mentira?

La muchacha sonríe, mirándole por debajo de sus pestañas largas.

—Sí, mentira—repite.—Usted debe de ser muy mentiroso, don Panchito ¿no?

El se pone serio.

—¿No ve?—dice;—¿no ve lo que le digo? Usted se goza en mortificarme... Usted se goza... Mire, Marcelina... ¡maldita sea la hora en que la conocí! ¡Por eso digo!

La muchacha tiene un sobresalto.

—No hable así, don Panchito—exclama frunciendo el entrecejo.—¡No hable así, por favor! ¡Mire que Dios lo va a castigar!

Y torna a reir después, con aquella risa que marca dos hoyuelos armoniosos en su cara de virgen.

Don Panchito sonríe también, con una sonrisa mala, de niño encaprichado.

—¿Dios?—rezonga mirando a la distancia.—Ese hace ya mucho tiempo que me tiene abandonado. Para mí no hay más que un Dios, Marcelina; una diosa, y esa diosa es usted!

—¡Ave María, qué hombre!

Y talonea al petiso, que echa a andar, sacudiendo la cabeza porruda que atacan los jejenes.

Don Panchito pica su alazán.

—¡Por Dios, Marcelina! ¡dígame, dígame si me quiere!

Ella no contesta, y roja otra vez como la grana, sigue inclinada y balanceando su busto en el vaivén de la marcha.

Don Panchito mira la curva triunfal que acusa la carne joven bajo la falda; mira aquel pie diminuto que se esconde en la zapatilla del es-

tribo, y aquellos brazos redondos que distienden la tela encarnada de la bata.

—¡ No sea así, Marcelina, no sea mala!

Marcelina no contesta.

—Si usted no me dice que me quiere, yo voy a hacer una barbaridad, le juro... Me voy a meter todas las balas del revólver en la cabeza, y usted va a tener la culpa.

Ella vuelve la cara para mirarle.

—¡ Jesús, qué hombre! ¡ No sea así, don Panchito! Cualquiera diría que lo dice en deveras.

El insiste, en tono de ruego:

—¡ Dígame, Marcelina, dígame por favor!

La muchacha detiene su petiso.

—Vamos a ver ¿qué quiere que le diga?

—¡ Caramba! Que me diga si me quiere, como yo la quiero a usted... Nada más.

La muchacha ha perdido otra vez todo su aplomo, y con la vista baja vuelve a jugar con las crines de su overo. Pedro se acerca ya, a gran galope, enseñando algo desde lejos, con su brazo levantado.

—Vamos, Marcelina, dígame.

Ella tiene entonces una mirada de angustia suplicante.

—Usted sabe muy bien, don Panchito...— murmura con voz trémula.

—¿El qué? ¡ Yo no sé nada!

—Eso que me pregunta... eso.

—¿Me quiere, entonces?

La muchacha enrojece, y mira para otro lado, como implorando ayuda.

—¡ Oh !

Don Panchito está implacable, pálido y ansioso ; tiene los cinco sentidos puestos en aquellos labios esquivos.

—¡ Vamos, Marcelina, dígalo pronto por favor !

—¡ Tengo vergüenza, don Panchito !

—¡ Caramba !—y el joven dirige una mirada en torno suyo.

Pedro está ya a media cuadra y grita algo que no se entiende. No hay momento que perder. Don Panchito encuentra una solución entonces :

—Bueno ; diga *sí*, y nada más, Marcelina.

—¡ Sí, sí, cómo no ! ¡ sí !—responde ella apresurada y ruborosa, y ambos se quedan como si les hubiesen quitado un peso enorme de encima, mirándose en los ojos, graves las caras por la emoción, pero llenas las almas de luz pura.

El chicuelo llega alegre y azorado.

—Agarré un peludo, Marcelina—grita ;—agarré un peludo grandote. Estaba comiendo en una usamenta e cordero. ¡ Cha, que corría !

Y muestra, orgulloso de la hazaña y levantándolo a la altura de la cabeza, un peludo flaco y viejo, un peludo ya degollado de una manera magistral por su cuchilla.

Don Panchito sonríe.

—Muy bien, amigo, muy bien. ¡ Es todo un gaucho !

—Un peludo entecao—murmura Marcelina; —un peludo entecao... Yo que vos, lo tiraba...

—¿ Tirarlo?—replica el muchacho escandalizado.—¡ No te jorobás ! .

Y apareando su petiso al de la muchacha, y vuelto a medias sobre el recado, ata el peludo a los tientos por medio de unos ojales que le ha hecho en los jarretes; y luego, mientras caminan, se entretiene en mirar de vez en cuando cómo va la degolladura aquélla, al compás del tranco, manchando con sangre las verijas sudadas del tordillo.

Al pasar un arroyo angosto y pantanoso, un arroyón que festonean los juncos y que relumbra bajo el sol como una daga desnuda, Marcelina habla al chicuelo :

—¿ Por qué no te adelantás, Machito?—dice; —¿ por qué no te adelantás, a ver si agarrás otra perdiz ?

—Yo, no... ¿ pa qué? Estoy cansao;—y la mira empacado, enarcando las cejas rubias sobre el topacio de sus ojos bayos.—Yo, no; estoy cansao...

—¡ Andá, Machito, no seas malo, andá !

El muchacho está decidido sin duda a no hacer caso, pero una mirada furibunda que le dirige don Panchito, una de aquellas miradas suyas, que anuncian el estallido de sus cóleras

fulminantes, lo hace alejarse rápidamente como un perrillo asustado.

—¡ Qué milagro !—murmura Marcelina.

—¿ El qué?

—Nada, que el Machito me haya hecho caso. Es resabiao a emperrarse.

—¡ Ah, sí?

—Y el joven, sonriendo satisfecho del poder que tiene su mirada, agrega convencido:

—Hay que menearle guasca, Marcelina...

—¡ Ah, ah !

—Si no, se hará muy mañero...

—De juro...

Y ambos continúan en silencio, siguiendo al tranco de los caballos la huella polvorosa que va ondulante a través del pastizal leonado, hacia aquella tranquera que se divisa a lo lejos, aquella tranquera de rienda, cuyos maderos negros se recortan escuetos sobre el fondo diáfano del horizonte. El Machito, que ya no quiere correr pichones, marcha una centena de metros adelante, taloneando incansable los bordes de la carona y sin preocuparse del peludo muerto, del peludo aquel que se zangolotea en los tientos, cada vez más flácido, cada vez más alargado...

—¿ Por qué va tan serio, don Panchito?

—¿ Yo, serio? ¡ no!

—¿ En qué iba pensando?

—Iba pensando en usted.

—¡ Mentira!

—¡ Sí, palabra ! En usted y en otras cosas.

—¿ Otras cosas ? ¿ Qué ? ¡ Digamé !

—¡ Ah, no, no se puede !

Y mientras ella le mira con un despecho inocente en sus ojos negros, don Panchito piensa, en efecto, piensa otra vez, cómo hará para preguntar aquello que lo está mortificando desde hace rato, y que, por más que rechace con toda su alma, quisiera oir desvirtuar por ella misma, para quedarse contento para siempre.

—Es una estupidez—se dice ;—pero ¡ yo sería tan feliz si se lo oyera ! Es la única sombra que empaña mi alegría, es lo único que impide en estos momentos que yo sea completamente feliz. ¡ Qué fastidio ! ¡ Siempre mis cosas han de resultar así !

Marcelina insiste en voz baja :

—¿ No me dice, entonces, don Panchito?

—¿ El qué, Marcelina?

—Eso que pensaba.

—¡ Ah !—y el joven, con aire distríado, la mira sonriendo.—No se puede, Marcelina—repite.—Es un secreto.

Ella tiene entonces un pequeño gesto de impaciencia.

—Es malo—exclama como si hablara con un chico.—Es malo, don Panchito.

—¿ Malo yo, Marcelina?

—Sí, ¿ por qué no me dice?

El joven va a contestar algo sin duda ; pero,

observando que el petiso overo lleva la cincha completamente floja, se detiene de pronto.

—¡ Pero, Marcelina ! — exclama, — ¡ lleva la cincha bailando !

—¡ Ah, ah ! No li hace.

—¿ Quiere que se la arregle?

—No, gracias, don Panchito. Ya estamos cerca ; no se incomode.

Pero el joven no quiere escucharla y desmonta apresurado.

—¡ No, no... bájese ! Se le puede dar vuelta la montura. ¡ Caramba ! ¡ no faltaba más !—y le tiende al mismo tiempo sus dos brazos como si fuera una chica.—Bájese, Marcelina, bájese...

Ella, algo turbada, se apoya apenas en una de las manos del joven y se desliza al suelo. Tiene arrebolado el rostro y una gran ternura en sus ojos hondos.

—Gracias, don Panchito.

El joven afloja del todo la cincha del petiso, y conservando el cabestro de su caballo pasado sobre un brazo, gruñe entre dientes :

—¡ Vaya un modo de ensillar ! ¡ qué bárbaros ! ¡ Cómo está esta montura, Marcelina ! ¡ se está deshaciendo, caracho !

Ella, que está junto a él sonriendo y con las manos detrás de la espalda, dice entonces, en el tono más natural del mundo :

—Sí, está muy vieja ya. Pero padrino me va a hacer trair otra del pueblo. ¡ Otra nuevita !

Don Panchito vuelve la cabeza bruscamente :

—¿Padrino? ¿Quién es padrino?

Marcelina se ríe, boba e ingenua.

—Mi padrino... ¡caray! ¿no sabe quién es mi padrino, don Panchito?

—¡No, no sé!

Y el joven la mira ahora serio y agresivo.

—¡Qué gracioso! El patrón, don Panchito; el patrón...

—¿El viejo? ¿mi padre?

—¡Eso es! ¿No lo sabía acaso?

Y don Panchito se queda mirándola con ojos dilatados.

—¡No sabía, no sabía, palabra!

Y ceñudo y pálido, vuelve a su tarea todo trémulo. Ella agrega entonces lentamente :

—Sí, mi padrino, dende hace mucho, muchísimo... ¡caramba! ¿No se lo ha dicho? El patrón me quiere, es muy güeno, siempre me regala cosas. Vea; cuando estuve enferma, hasta hizo venir al dotor de Dolores... Yo no sé cómo hay quien diga entoavía que don Pancho es un hombre malo.

¡Clac! Don Panchito acaba de arrancar uno de los correones de suela de la montura.

—¿Se rompió?

—Sí, no es nada; estaba todo podrido...

Y ambos se quedan en silencio. El joven ha sacado su cuchillo, y suda bajo el sol, tratando de arreglar el desperfecto.

El *Machito* inmóvil, allá a lo lejos, los aguarda pacientemente, sin osar acercarse, y su petiso tordillo se azota los flancos con la cola.

—¡A la pucha!

—¿Qué, se cortó?

—Sí, pero no es nada.

—¿Cómo no es nada? A ver...

Pero don Panchito no quiere mostrar su dedo ensangrentado, y prosigue la tarea. Está furioso.

—¡Oh, cómo se ha lastimado!—exclama ella dolorida.—Venga que se lo ato.

—No, muchas gracias.

—Mire que puede agarrar un pasmo, don Panchito.

—¡Qué me importa!

No acostumbrada a semejante ex abrupto, la muchacha lo mira sorprendida. Don Panchito rezonga sin dejar su trabajo.

—Cómo no quiere después que anden hablando todos esos gauchos trompetas por ahí...

Ella cree que se refiere a algo de la montura y se aproxima solícita.

—¿El qué, don Panchito?

Pero el joven, que ya ha terminado de ajustar la cincha, se recuesta en el petiso, y succionándose el dedo lastimado la mira largamente. Tiene la cara pálida y los ojos perversos enturbiados.

—¿Por qué se ha puesto así, don Panchito?

—dice ella al cabo de unos segundos de mutua contemplación y toda trémula.—¿Por qué me mira así? Don Panchito, ¿quiere que le ate el dedo?

El joven, como si gozara en mortificarla, tiene por toda respuesta un signo negativo.

Marcelina se pone tan pálida que en su rostro sano se insinúa la sombra fatal de las ojeras.

—¿Por qué?—repite atontada.

Don Panchito torna a guardar silencio, y sólo cuando la muchacha, desesperada, no sabe ya qué hacerse en aquella situación imposible, le pregunta misteriosamente:

—El viejo, mi padre, ¿va siempre al puesto, verdad?

El rostro de Marcelina expresa un gran alivio.

—Sí—dice apresurada.—Sí, don Panchito, va siempre.

—¿Todos los días?

—No, señor, no; pero casi todos.

Don Panchito medita un instante y luego pregunta cruelmente, mirándola en la cara:

—¿Y usted no sabe lo que se dice?

—¿Lo que se dice? Yo no, don Panchito; yo no.

—Hablo de las visitas de mi padre al puesto de ustedes.

—Yo no sé nada. Nada, nada, don Panchito.

Y lo mira absorta con sus ojos de virgen o de

santa, con aquellos grandes ojos que tienen mansedumbres infinitas.

—Yo no sé nada, don Panchito; nada, nada.

El sonríe, perversamente irónico.

—¡ Es raro!—murmura,—¡ es muy raro todo esto!

A Marcelina se le empañan los ojos:

—Vea, don Panchito... ¡ por esta cruz, por la luz que nos alumbra! ¡ que me caiga muerta!

El joven torna a sonreir, y dice, mordiendo nerviosamente la manijera del rebenque con sus dientes agudos:

—¡ Oh, si usted supiese todas las cosas que se dicen, Marcelina!

—¿Cosas que se dicen? ¿y de quién, don Panchito?

—¡ De mi padre!

—Ah, don Panchito, no les haga caso; hay una punta de malas lenguas, un punta de desagorados... El patrón es un hombre güeno, don Panchito; güeño como una malva... Tiene su genio, es verdad; pero hay que saber tratarlo...

Los ojos de don Panchito han vuelto a ponerse turbios.

—Sí—interrumpe, reconcentrado e incisivo. —Sí, y usted sabe tratarlo... ¡ Así hablan también de usted, Marcelina!

—¿De mí?

—Sí, de usted.

La muchacha tiene entonces un gesto de asombro, y después se ríe :

—Usted se quiere burlar de mí, don Panchito... ¡ Soy una sonsa !

Y aquella cara dice tan bien el poema de la virtud y de la inocencia, y aquellos ojos obscuros tienen transparencias tan hondas, que el joven siente como si una mano amiga fuese apartando de su espíritu todas las sospechas y todas las dudas.

Al ver la expresión de la cara de Marcelina, se diría que más bien la halaga, que la disgusta, aquello de que haya alguno que se ocupe de su persona.

—¿Qué dicen de mí, don Panchito? ¿qué dicen?—y hay en su voz el mismo tono que pondría un chicuelo mimado, pero bueno, reclamando un juguete.

Don Panchito se pasa la mano por la frente.

—No, Marcelina—balbucía,—es mentira. No dicen nada.

Después, se aparta del petiso y da algunos pasos pensativo y grave.

—Diga, Marcelina... ¿en su casa, nadie le ha hablado mal de mí?

—¿De usted? ¡ Ave María, don Panchito! ¿y por qué?

El joven se ríe, mirándola en los ojos.

—No, decía no más por gusto...

—¡ Malo !

—¿Malo yo? Vea, Marcelina, yo soy el hombre más bueno del mundo, pero que nadie se meta conmigo.

—Eso es; así debe de ser, don Panchito.

—¿Verdad?

—Ya lo creo; hay gente que siempre se ha de meter ande no le importa.

—¿Ha visto?

—No hay que hacerles caso, don Panchito.

Y lo mira ya más avisada, con ojos mansos y engañosos de esposa o de querida, ojos dispuestos a claudicar y a ceder en todo, con tal de no ver irritado al hombre que se ama, ojos buenos pero egoístas, ojos que quieren mucho, pero ojos ¡ay! que suelen traicionar por cobardía.

Don Panchito se ha puesto alegre de nuevo. ¡Oh, las nubes de su espíritu desaparecen casi siempre así, con la misma brusquedad que llegan!

Ahora se ríe, como si no hubiese ocurrido nada.

—¡Qué bien está, Marcelina! ¡qué linda!

Ella hace un mohín de labios y se encoge de hombros.

—¡Mentiroso! ¿Y cómo hacemos ahora?— pregunta en seguida señalando con el mentón el petiso, que dormita cabizbajo.

—¿Para qué?

—¡Y caramba! Para subir, pues...

—¡Ah! yo la ayudo.

—En casa subo con un banquito ; pero aquí... —y tiende la vista a todos lados.—Aquí no hay nada que pueda servirme, no.

—No, nada.

Marcelina, llena de risa y de cosquillas, toma las riendas y apoya las manos sobre el borrén delantero.

—Junte los tacos—dice don Panchito.—Levántelos ahora... ¡ Upa !

Marcelina se sienta sobre la montura, pero se ha puesto muy seria. Su cara morena tiene el color de la púrpura, y sus ojos evitan los ojos de don Panchito.

—¡ No ve qué fácil !

—¡ Ah, ah !

Y sin esperar que el joven monte a caballo, la moza aplica un sonoro lonjazo al petiso, que comienza a andar lentamente.

Don Panchito la alcanza.

—¿Está enojada, Marcelina?

—No, don Panchito. ¿Por qué?

—Sí, está ; míreme a la cara, entonces...

Y ella lo mira, encarnada todavía, pero con un aire que quiere hacer indiferente.

—No, no...

—¡ Sí, sí !... Perdóneme, Marcelina, fué sin querer—y don Panchito se pone serio a su vez. —Perdóneme, Marcelina...

Ella sonríe entonces, y dice sin mirarle :

—Bueno ; pero no lo va a hacer más... ¿verdad, don Panchito?

—No, Marcelina ; no, le juro.

—Bueno, entonces.

—¿Me perdona?

—Sí, don Panchito.

El chicuelo ha abierto ya la tranquera, y les aguarda pacientemente, echado de bruces sobre las cabezadas delanteras y con los pies sobre el anca.

Los palos desaparecen entre la alta vegetación medio seca, el alambre está como acolchado de paja voladora, y hay un gran pantano negro y revuelto ocupando toda la amplitud del pasaje.

—Marcelina...

—¿Qué?

—Vea, Marcelina, no me diga don Panchito...

Ella lo mira con sorpresa ingenua.

—¿Y cómo, entonces? ¿Cómo debo decirle, don Panchito?

—Y... dígame Pancho, o Francisco, o Panchito... Dígame de cualquier modo, pero no así, por favor.

Marcelina se muerde los labios, y lo mira risueña y maliciosa. Don Panchito insiste :

—Y... ¿no somos novios acaso? ¿No ve que es muy ridículo eso de que la novia le diga al novio : don Panchito?

Y el joven acompaña la frase con una mueca extravagante. Ella se ha puesto ruborosa.

—Güeno—dice sonriendo;—güeno, pero no sé si podré, don Panchito.

—¿Cómo si podrá? Haga la prueba; tiene que poder ¡caramba!

La muchacha se ríe nerviosamente.

—A ver, diga, Marcelina.

—Marcelina...

—¡No, no!... ¡No sea así, diga, Marcelina!

—...chito.

—No; lo ha dicho tan bajo que no lo he oído.

—...chito...—y deja filtrar apenas el vocablo, mirando al joven con ojos maliciosos.

—¡Qué cabeza dura!—exclama don Panchito riendo;—¡qué cabeza dura, Marcelina! Pero no importa, dígame como se le dé la gana, que usted puede hacer de mí lo que le parezca... Usted es lo único que quiero sobre el mundo, y la mujer más linda de la tierra.

—¡Oh, qué mentiroso!—y torna a mirarlo de reojo, coqueta ya por intuición o por instinto, como todas las hembras de la especie.

Don Panchito se cree en aquel momento el hombre más dichoso, y de buena gana se tiraría del caballo para retozar sobre los pastos.

—¿Cuándo va a dir por casa?—pregunta ella.

—¡Caramba! cuando pueda... Le doy mi palabra, Marcelina, que en cuanto pueda.

—¡ No va a dir nada !

—No, le juro.

Y don Panchito se pone pensativo y serio.

—Debe de tener más novias en Dolores... ¿verdad?

—¿Yo, novias en Dolores? ¡ Bah !

—¡ En Güenos Aires, entonces !

—¡ Menos !

Han llegado a la tranquera entretanto, y don Panchito, deteniendo su caballo, se pone a mirar fijamente a la distancia.

—¿Qué es aquello?

—¿Ande?—pregunta Marcelina.

—Aquel bulto allá, en la orilla del fachinal... ¿no ve?

—¡ Ah, ah ! Parece... es uno de a caballo ¿no?

—Sí, pues. ¿Quién será?

—Don Cosme, quizás.

—No sé...

El *Machito* interviene entonces :

—Hace mucho—dice,—que anda por allí... Se para, se va, da güeltas, devisa como si campeara. Pa mí que debe ser don Cosme... Nutriero no es.

—¿Lo ha mirado bien?

—Sí, señor, sí.

Don Panchito sufre una transformación completa ; desmonta del caballo y se pone a cinchar apresuradamente. Está algo pálido y tiene contraído el entrecejo.

—Bueno—dice mientras acomoda el recado febrilmente,—bueno, Marcelina; entonces voy a ir cuando pueda ¿no? ¿quedamos en eso? Cuídese mucho y dele recuerdos a los viejos.

—¿Se va ya, don Panchito?

—Sí, quiero ver quién es ese, ése que anda por allí; no vaya a ser algún nutriero...

—Nutriero no es—afirma el muchacho con aplomo.—¿Nutriero? ¡de ande!

Don Panchito lo mira ferozmente.

—¿Qué sabes vos?—dice, y se apresura a montar a caballo.—Bueno; adiós, Marcelina, hasta la vista... ¡hasta muy pronto!—y le tiende su diestra temblorosa.

—El hombre ya se va, don Panchito—murmura ella;—ya se va ¿no ve?

—Sí, sí, ya veo, pero... ¡adiós, Marcelina, adiós!

Y estrechando apenas la mano regordeta y tibia que quiere retenerlo, el joven cierra las piernas al alazán, que arranca bruscamente, levantando pellas de barro endurecido.

—¡Adiós!

La muchacha se queda por un momento inmóvil, fijos los ojos empañados, en la silueta del mozo que se aleja, y contraídos los labios por un gesto de pueril despecho. Después suspira y dice con esfuerzo:

—¡Vamos, Machito!

Y, lentamente, prosigue su camino volviendo la cabeza.

XVI

Don Panchito castiga su caballo. El alazán se contrae como un resorte enorme, y tras un par de piques formidables serena la carrera.

Así, inclinado y con los ojos fijos en el fugitivo, que corre también como una sombra, el patroncito tiene algo del ave de rapiña que vuela sobre la pista de una presa.

Toda su alma asoma al acecho en las pupilas azules, y hay un rictus perverso en sus labios finos, mientras que el caballo se alarga gimiendo sobre aquel campo, parejo como una cancha de hipódromo.

¡ Oh, atrapar a ese hombre, ya sea Cosme o quien quiera que fuere ! Y los espolines arañan el vientre del alazán, impacientes y bárbaros, y el rebenque azota las verijas con tesón implacable. Unos novillos chúcaros, asustados por el tropel repentino, echan a correr agitando en alto sus colas desgarbadas, y una bandada de teros revolotean furiosamente en torno del fugitivo, que dispara ya sobre el bañado, con la salvaje decisión de un indio, y va envuelto en un

halo de gotas luminosas que levantan las patas del caballo.

¿Quién podrá ser? Don Panchito no lo sabe, pero lo sospecha, sin duda; porque cada vez se pone más frenético, y porque, sin preocuparse del peligro, se lanza también en el cañadón fangoso, en el cañadón aquel que lo escupe con lodo putrefacto y le empapa las ropas por completo.

¡Oh! pero el alazán está aún en lo peor de la travesía cuando el otro caballo sale ya del bañado, y contenido por la mano práctica y hábil de su misterioso jinete tuerce el rumbo, y sin apuro desaparece en el duraznillar, que ondula y se agita en aquél punto, denunciando su paso.

Don Panchito, desesperado, tiene un acceso de rabia; y levantando el rebenque, cuya lonja mojada está blando como un trapo, vuelve a castigar a todo brazo, mascullando amenazas. El alazán trata de arrancarse de una vez por todas de aquel fondo que le aprisiona las patas, pero en ese mismo instante sus manos resbalan, y con un ¡jum! formidable se derrumba entre el agua.

Don Panchito ha caído de espaldas y el caballo, que pugna por levantarse y que cocea, le oprime ambas piernas sobre el barro.

—¡Vamos! ¡Ingo!...

El alazán hace esfuerzos y sus patas nerviosas cubren de barro al patroncito, que se pone lívido y le da puñetazos en las ancas.

—¡ Vamos, ingo, vamos!

El caballo se levanta por fin, tembloroso y arisco. Tiene el recado torcido y trata de alejarse, pisándose las riendas.

—¡ Chist, ingo!

Don Panchito renquea; está enlodado, confuso, lamentable; y sin embargo, en cuanto se apodera del cabestro y recoge su gorra, vuelve a montar de un salto, y de nuevo hace correr al alazán sobre el agua y el fango.

—¡ Mancarrón trompeta!

Pero el patroncito no está de suerte aquel día. Cuando llega al punto por donde acaba de desaparecer el fugitivo, sólo ve duraznillos quebrados y hondas pisadas en el barro. El hombre se ha eclipsado en aquella inmensa maraña inextricable, que la brisa ondula y llena de rumores, e irá ahora quién sabe ya por dónde, bajo el sol de fuego que entibia el lodo de la ciénaga, y perseguido por el eterno zumbar de los insectos.

Don Panchito detiene su caballo y escucha atentamente. Las salpicaduras de lodo que se secan en su cara le destienden el cutis y lo fastidian tanto como los jejenes que pululan en torno de su cabeza, y como los movimientos bruscos del caballo, que no quiere quedarse quieto bajo el asalto salvaje de los tábanos.

Don Panchito suspira profundamente. El despecho y la ira se pintan en sus ojos claros, en-

tonces turbios, inyectados de sangre. ¡Oh, cómo quisiera encontrar en aquel instante alguien contra quien desahogar su fastidio! ¡cómo desearía que aquel gaucho que acaba de escapársele se muriera como un perro sediento, como un novillo flaco empantanado a la orilla de una charca!

Y mientras el joven, al paso elástico de su caballo, sigue después por la costa del fachinal, buscando el abra más próxima, allá, del otro lado, muy cerca de la estancia, Cosme, el capataz de don Pancho, jinete en un cebruno grandote que chorrea sudor por todas partes, reune al galope una tropilla.

Don Panchito llega a *las casas* y se apea a la orilla del patio, cejijunto y pálido. Bibiano acude presuroso:

—Güen día, don Panchito. ¿Cómo le ha ido?

—¡Hola! ¿Cómo te va?

Y don Panchito afloja la cincha del alazán, que se alarga resoplando con la cabeza gacha, y de cuyo vientre, traceado por el mordisco brutal de las espuelas, cae el sudor en gotas turbias, en gotas presurosas que forman arabescos en el suelo.

—¿Ha costalao, don Panchito?

—Sí. ¿Dónde está el viejo?

—Ahí está en el comedor, don Panchito. Está con el resero.

—¡Ah! ¿han venido a buscar los novillos?

—¡ Ah, ah ! mañana los sacamos. ¿Sabe que don Cosme me ha dicho que me va a llevar pa atajar el siñuelo?

—¡ Está bueno ! Y Cosme ¿dónde está?

—Debe de estar en la cocina, don Panchito. ¿Quiere que lo llame?

—¡ No, déjalo no más ! ¿A qué horas vino?

—Vino hace rato ya ; vendría como a las jonce.

Y Bibiano, tras una breve pausa, insiste muy alegre :

—Voy a dir al rodeo en el colorao de mama, don Panchito. Dicen que es güen caballo para atracarse a los animales ¿no?

—Sí, sí...

Y el joven, cabizbajo, se va con su alazán hacia el molino, donde lo abreva y lo baña con *maternal* cuidado. Está arrepentido de haber sometido a un trabajo tan rudo al *mejor* caballo de la estancia, según su concepto y el de todos aquéllos que no sean imbéciles o brutos. «Y aquel gaucho canalla se estará riendo»...

—Ché, Bibiano, andá, largá el caballo, pero sin asustarlo y sin hacer pavadas.

Y entregando el cabestro al muchacho, que acude diligente, don Panchito entra en su cuarto por la ventana, y sentándose en el lecho se queda torvo e inmóvil, rumiando sus ideas.

Y a través de la puerta que da al patio llega hasta sus oídos la voz engolada de don Pancho, que conversa en el corredor con el resero.

XVII

Es un hombretón achinado y en el vigor de la vida. Brillan algunas canas en su barba negra y rala, y en el colodrillo, entre la revuelta maraña de los cabellos despeinados y recios, se insinúa la calvicie incipiente, como una mancha blanquizca.

El almuerzo llega a su fin ; y el resero, que comienza a sentirse cómodo, charla, familiar y amable, mirando de reojo a don Panchito, que no ha dicho una palabra todavía y que, con el entrecejo contraído y la vista baja, se entretiene descascarando el hule del mantel o alineando miguitas. Laura, que dispone las tazas para el café, va y viene, avizorando curiosamente al resero con su ojo único y tratando de enterarse a toda costa de algún detalle de aquella conversación.

El resero se remueve en la silla, que cruje siniestramente bajo la gravitación de su carne ; y luego dice, riendo :

—¡ Ah ! ¿sabe don Pancho? El otro día los

encontré en la feria e Parravicini a los hijos del inglés Miles... ¿se acuerda del dueño de *La Torre?*

—Sí ¡cómo no!

—Estaban sacando una tropa e vaquillonas marca e don Pedro Gómez, muy baratas por cierto; veintinueve pesos a gatas... ¡Los viera, don Pancho! ¡unos paisanos hechos! ¡los dos! El rubio gordo, ese Samuel ¿no?... medio tomao, a los gritos en una malacara grandote, jugando y pechándose con los peones... ¡Dígame si para eso los habrá mandao el padre a Uropa, y si vale la pena que hayan estao cinco años en Inglaterra!

Don Pancho echa una ojeada a su hijo, y después replica:

—No sé cómo puede ser eso. Tengo entendido que son dos verdaderos ingleses, tan ingleses que apenas pueden hablar el castellano.

—¡Ah, ahí tiene, don Pancho! ¡Ahí tiene usted! Es cierto que apenas hablan la castilla, pero son unos paisanos por su modo de ser, por su modo de decir, por todo... ¿Usted ve como ando yo vestido, yo que soy un pobre y un hombre de trabajo? Pues, amigo, ellos andan pior que piones; andan de alparagatas y con el chiripá roñoso, metiéndose en todas las pulperías y en todos los ranchos. ¡Si el viejo Miles levantara la cabeza, él, que era tan estirao y tan serio!...

Hay un compás de silencio, durante el cual don Panchito sigue destruyendo el mantel implacablemente, y su padre, con la frente perlada de sudor, revuelve pensativo el contenido de su taza de café, con aquella gran cuchara de sopa ennegrecida por el uso.

Después el resero continúa, convencido y risueño :

—¡ Caray, si conozco yo mozos así !... Vea ; parecería que todos los que se vienen al campo por su gusto se han de echar a perder en seguida... Ahí tiene a esos ingleses, ahí lo tiene a don Tomasito Gómez, ahí lo tiene al mesmo Eduardito, su sobrino, sin ir más lejos. ¿No es una lástima ese muchacho?

Don Pancho revuelve ahora vertiginosamente su café. El resero continúa :

—Vea, don Pancho, yo no soy más que un paisano inorante ; pero li aseguro que, en cuanto pueda, no serán mis hijos los que trabajarán en el campo. El campo no es para la juventú que está ansiosa de vida y que tiene plata ; el campo es pa los que están desiando dirse a la ciudá, pa los pobres como yo, o pa los brutos que no tienen aspiraciones. Por eso me almiro de que haya hombres que, después de haber vivido en pueblos como Güenos Aires, se avengan con esta vida, le tomen gusto y hasta acaben por hacerse chúcaros, como aquel infeliz que nunca vido gente. ¿Será que nacieron personas bien

por equivocación, o quizás que están enfermos de alguna enfermedad desconocida? ¡ Vaya uno a saber! Dicen que es una vida tan rara también ésa de Uropa, que son tan diablos los gringos, y se suele mandar allá tan jóvenes a estos mozos. Vea, don Pancho. El hijo del vasco Manés anduvo aquí en patas, detrás de las ovejas, hasta los quince años; después el padre lo mandó a Güeños Aires, y allí se ha hecho, a sigún dicen, un médico bastante güeno... El hijo de don Pedro Amatí, uno que le arrendaba campo a los Cobo en Chascomús, también un paisanito que bastantes mates me ha alcansao en la cocina, es áura abogao u no sé qué... en fin, un personaje allá en Güenos Aires; y así una punta por el estilo... Por eso yo pregunto, don Pancho ¿por qué todos los hijos de pobres que se van de acá hacen carrera y no vuelven más, mientras que todos los hijos de ricos que he conocido, que se vienen de la ciudad para acá, no vuelven a dirse nunca y se echan a perder casi siempre?

El patrón, pensativo, deja transcurrir algunos segundos, y después habla en tono agresivo y displicente:

—Todas esas son macanas, barbaridades, amigo. ¿Me he vuelto yo gaucho, acaso? ¿Se ha vuelto gaucha toda esa gente decente que sale de Buenos Aires para trabajar en el campo?

—¡ Ah, yo no digo eso, don Pancho! Yo ha-

blo de los muchachos; de todos esos hombres jóvenes que aparecen de repente y que después se van dejando estar y estar, hasta que se acostumbran. Usted, don Pancho, vino a trabajar ya hombre hecho; pero yo hablo de esos mocitos que tienen plata suficiente para no tener necesidad de sacrificarse en el campo, y que vienen, sin embargo, y aquí se quedan sin hacer nada, dejando pasar la vida como si no sirviesen pa otra cosa que pa dir del palenque a la cocina. A mí me parece que un padre hace muy mal, si tiene medios, dejando que un hijo suyo venga a establecerse pa siempre aquí en el campo...

—No diga barbaridades, amigo; ésas son barbaridades... Usted me está hablando de gauchos como sus padres y no de gente decente... ¡Mire qué Tomasito Gómez! Tomasito Gómez ha sido toda la vida un gaucho, como lo fué el viejo cuatrero de su padre... ¿Qué ejemplos buenos pudo tener nunca, ni cuándo dejó de ser gaucho?

El resero baja la cabeza, y extrae pensativo la petaca de entre las complicaciones de sus ropas. Piensa seguramente en Eduardito, pero no se atreve a presentarlo como ejemplo. Don Pancho no es hombre con quien pueda discutirse así no más, y su viveza de gaucho se lo ha advertido hace ya tiempo. Sin embargo, y mientras lía un cigarrillo, insiste suavemente:

—Pero vea, don Pancho; vea que los ingleses de La Torre...

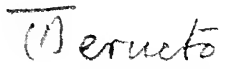
Y el hombre se interrumpe aquí para dar lugar a uno de esos desgraciados desahogos de la (¹) digestión satisfecha, tan comunes en los fogones de lo gaucho, pero que hace vibrar a don Pancho en un respingo.

—¡ Caramba, amigo, no sea puerco! ¿No ve que está entre gente?

Y mientras el pobre paisano, rojo como una mancha de vino, murmura, a manera de disculpa y en la angustia de su sorpresa infinita, un torpe: «Yo no sabía que eso fuera malo»... y mientras don Panchito, lívido y crispado, no sabe qué hacerse, el patrón sigue mirando al resero con sus ojos pequeñitos y vivos, y su eterna sonrisa mala dibujada en los labios finos.

Y vuelve a haber otro compás de silencio, uno de esos silencios que, por un capricho del azar, suelen poner ansias mortales en el minuto más trivial de la vida, y en el que las personas de sentimientos refinados desearían hallarse cien codos bajo tierra. Sin embargo, don Pancho, a pesar de su reciente ex abrupto, es el único que no manifiesta, ni en su actitud ni en sus facciones, una alteración visible.

Continúa mirando entre interrogador y burlón al hombre humillado, que palidece ahora y que, con la cabeza inclinada, apaga maquinalmente su cigarrillo quitándole la ceniza en el borde de


(¹) Eructo

la taza. ¿Qué se propone el viejo señor de *La Florida?* ¿qué quiere que haga o que diga aquel pobre gaucho, que a los cuarenta y cinco años ha debido soportarle una lección semejante? ¿Quiere que se eche a llorar? ¿que, levantándose de su silla, se la estrelle furioso en la cabeza? ¿que se vuelva loco de desesperación y de vergüenza? ¡Vaya uno a saberlo! La cuestión es que, después de dejar que transcurra toda una eternidad, don Pancho aparta al fin los ojos del rostro de su víctima, toma un sorbo de café y comienza a hablar pausadamente:

—Bueno; como le decía, Cosme Rufino me ofreció ochenta y cinco pesos por los novillos, no hace quince días, y don Manuel el pulpero...

Don Panchito se pone en pie bruscamente. Su taza de café queda llena, y las cejas del mozo forman como una sola línea que le acuchilla la frente. Don Pancho vuelve los ojos.

—No te vayas—dice,—que te necesito.

—No me voy...—contesta don Panchito.

Sin embargo, abandona el comedor lentamente y sale a la amplia galería, donde *Limay* duerme largo a largo, tendido sobre las baldosas y gruñendo entre sueños a las moscas. El mozo mira un instante hacia el campo, lleno de brillazones de sol, y tras un desperezo felino y largo, que trae a su mente el recuerdo del golpe de la mañana, se deja caer en el sillón de su

padre, dolorido, lleno de disgusto y medio muerto de sueño.

¡ Qué hombre, señor ! ¡ hasta cuándo durará aquello ! El, que el resero, le hubiera metido todas las balas de su revólver en el cuerpo... ¡ Pobre bicho ! ¡ qué vergüenza ! ¡ Mire que humillar a un hombre por gusto, de aquella manera ! ¡ Oh ! no hay duda que su padre es malo, muy malo, y que él, don Panchito, no podrá aguantarle más, de ningún modo. Aquello de Cosme ha sido tramado por él ; está bien claro... Su padre lo hace espiar ahora por los gauchos, y mañana será capaz de hacerlo matar también, si se le ocurre... ¡ Y él que lo quiere, que lo ha querido tanto ! ¡ Qué horror y qué injusticia !

Bibiano atraviesa el patio inundado de sol. Va sin sombrero y lleva un bulto en la mano. Don Panchito levanta la cabeza.

—Ché, vení... ¿ Adónde vas?

—Voy a tender al sol esta bombacha de don Cosme, pa que se oree, don Panchito.

—¿ De quién?

—De don Cosme...

—Dejala ahí no más.

Como está casi en medio del patio, el muchacho asombrado no sabe qué hacer.

—Voy a dir a colgarla en el cerco y vendré en seguida, don Panchito.

—No, dejala ahí no más ; en el medio del patio... ¡ ahí !

—Se va a ensuciar, don Panchito.

—No me importa; dejala y vení p'acá.

—Que mi mama se v'enojar, don Panchito... que don Cosme...

—¡No importa! dejala ahí y vení p'acá.

Bibiano, tras unos segundos de vacilación, y después de mirar a todos lados, deposita la prenda mojada, y hecha un bollo, sobre la tierra endurecida del patio, y se acerca a don Panchito.

—¿Largastes el caballo?

—Sí, seor, don Panchito.

—¿Lo espantastes seguramente?

—No, seor, don Panchito.

—¿Me agarraron caballo?

—Sí, seor, don Panchito; el ruano del patrón.

—Bueno, bueno; y... ¿quiénes están en la cocina?

—Y están... Mama... y don Cosme... y el alambrador... y el pion del resero... y el mensual del campo... y...

—¿Y qué hace Cosme?

—Está sestiando, don Panchito.

—¿Y qué dijo?

—¿Quién, don Panchito?

—Cosme.

—¿Cosme?... Nada, don Panchito.

Y los ojos negros del muchacho tornan a fijarse estupefactos en el rostro del mozo, que con los párpados entornados y con aire distraído finge

mirar un punto perdido en las lejanías polvorosas del horizonte.

—¿Nada? algo ha de haber dicho.

Bibiano tortura su cerebro tratando de recordar algo, y al fin dice:

—¡Ah, sí, don Panchito! se acordó que iba a haber que agarrar carne, porque a eso de la oración iban a cair de juro los piones del resero.

—¿Y nada más?

—Nada más, don Panchito...

Los ojos del joven abandonan la contemplación del horizonte y se fijan inquisidores en los del muchacho atontado.

—¡Estás mintiendo!—dice con voz incisiva; —¡estás mintiendo como un trompeta! ¿Y de qué se reían, entonces, en la cocina?

—Naides se raiba, don Panchito; que yo sepa a lo menos...

—Cuando Cosme contaba eso de cómo se había mojado toda la ropa...

El rostro del muchacho se ilumina.

—¡Ah! pero naide se raiba, don Panchito; sólo que don Cosme dijo que se había mojao todito, corriendo los animales entre el duraznillo...

—¿Nada más que eso?

—Nada más, don Panchito.

El joven inclina la cabeza y medita, con los ojos porfiadamente cerrados, mientras Bibiano, inmóvil y con los talones juntos, espera pacientemente, dirigiendo de vez en cuando inquietas

miradas a la bombacha, que bajo aquel sol de fuego comieza a despedir vapores como una bestia sudada.

Al cabo el mozo levanta la cabeza.

—Bueno — dice bruscamente, pasándose la mano por sus cabellos despeinados y escasos ;— bueno ; me vas a traer el caballo, ahí junto a mi cuarto.

—¿ Se lo hacen ensillar, don Panchito?

—No ; tráemelo vos.

Y como el muchacho hace acción de recoger la bombacha, don Panchito le ordena con un gran grito de loco :

—¡ No ! ¡ deje eso ahí, ahí donde está !

XVIII

Es casi seguro que solamente don Panchito y el vasco alambrador, a quien acaba de dejar allá, en un bajo, con el agua a media pierna y semidevorado por las nubes de tábanos, de mosquitos y de jejenes que acuden de todas partes, sean los únicos que en hora tal anden por el campo, expuestos a los rigores de aquel sol implacable.

Y es que el alambrador, que ha venido al país para ganar dinero, trabaja a destajo; y es que don Panchito, presa de la influencia de una perturbación extraña, no puede estarse quieto en ninguna parte, y anda y se mueve, impulsado por algo que no puede definir muy bien, pero que atrae con el prestigio irresistible del peligro, de la ilusión y de la esperanza.

Al salir a un claro detiene su caballo.

El campo se abre ante sus ojos inconmensurable, apenas ondulado y del color de la piel de los pumas. El gris de los duraznillos y el verde casi negro de los juncos señalan el paso de las

cañadas a lo lejos, y aquí y allá levanta el fachinal sus altos e impenetrables murallones. Un alambrado corre del sur hacia el norte, perdido entre el oleaje de la maciega, y sus postes desaparecen bajo verdaderos colchones de paja voladora. Las arboledas aparecen azules a la distancia, y allá, en la tersa planicie de un cañadón, el agua relumbra como la hoja bruñida de un arma blanca desnuda.

Don Panchito, con una mano ante los ojos, pasea la vista por todo el horizonte ; y aunque el caballo se inquieta bajo el aguijón de los tábanos, el mozo continúa impasible sobre aquel albardón reseco, donde el sol se desploma como un castigo del Cielo.

Al cabo, don Panchito se orienta. Sí, se acuerda muy bien. «Siguiendo el cerco, la primera tranquera, una tranquera de rienda ; después el campo de *La Clara*, y como a unas treinta cuadras una población de ladrillos, donde hay una zapatería»... ¡ Vaya una cosa curiosa ! ¡ una zapatería en el campo, y una escuela en una zapatería !

Don Panchito costea el alambrado y llega a la tranquera. En medio del pajonal leonado, los altos palos escuetos se recortan sobre el horizonte como aquellos maderos trágicos de las horcas antiguas.

El edificio de la escuela se destaca como un punto rojizo entre el verde azulado de los ár-

boles, único accidente visible en aquella inmensa planicie que aniquila el sol de la tarde.

El mozo se detiene un momento, después de abrir la tranquera, y hace una verdadera matanza de tábanos sobre el pescuezo y sobre los encuentros del pobre caballo, que no puede estarse quieto y que, con la cabeza baja, alarga el cuello, creyendo, sin duda, que don Panchito va a librarlo por fin de la tortura horrible del bocado.

Las manos rencorosas del mozo aplastan tábanos y más tábanos sobre la piel caliente y húmeda; pero llegan tantos de todas partes que, fatigado al fin y con los dedos manchados de sangre, resuelve abandonar la tarea, y montando de nuevo echa su ruano al galope.

Don Panchito sabe que es *cosa de gringo* eso de llegar a las poblaciones al galope, y por lo tanto, a distancia discreta de las casas, levanta su caballo y se acerca despacio. No se nota en ella el menor movimiento; se diría que está abandonado aquel viejo edificio, de ladrillos sin revocar y que la humedad de los grandes árboles ha cubierto de un musgo amarillento, si una delgada espira de humo no saliese de la chimenea enegrecida, disolviéndose de inmediato en la irradiación intensa del ambiente.

Don Panchito llega y detiene su caballo junto al cerco de alambre, donde un diminuto cuadro de hortalizas forma como un extraño tapiz de tonos claros. Un perro barcino y lanudo, que

duerme junto a la puerta de la cocina, agregada como una excrecencia al edificio principal, que es un gran galpón de dos aguas, levanta un momento la cabeza para mirar al forastero ; pero muy luego vuelve a tenderse con mayor comodidad, bajo la caricia de aquella sombra que debe ser deliciosa.

—¡ Ave María !

El perro barcino, ya no se toma la molestia de levantar la cabeza, sino que se conforma con abrir tan sólo un ojo y mirar al joven, que tiene la cara enrojecida de sol y de fatiga.

Algunas gallinas blancas picotean al pie de los sauces, y un petiso colorado y maceta, con la hociquera del bozal zafada de puro grande, cabecea junto al brocal del pozo, donde el balde roto destila un chorrito cristalino.

—¡ Ave María !

Don Panchito siente como laten sus sienes bajo la gorra, y como la blusa, caldeada por el sol le quema las espaldas.

Aquella sombra, aquellos animales que duermen, y sobre todo aquel chorro de agua limpísima que cae temblando sobre los ladrillos del pozo le causan una envidia enorme. De buena gana despertaría al perro de un balazo, pero no quiere ser descortés y vuelve a insistir, con la vieja fórmula :

—¡ Ave María !

Pero nada ; se diría que toda la gente de aque-

lla casa se hubiera muerto. Don Panchito se aproxima entonces a la pequeña tranquera de duelas que tiene el cerco, y descarga sobre ella grandes golpes con el cabo de su rebenque.

—¡ Ave María !

Sólo entonces el perro barcino ladra y se incorpora, y una voz de mujer pregunta desde adentro :

—¿Quién es?

Luego se oye un rumor de trancos y un viejo asoma a la puerta de la cocina.

—¡ Buenas tardes !

—*Bona tarde, bácase.*

—¿Es aquí la escuela?

—Sí, *siñor*, aquí ; *ma bácase.*

Y mientras don Panchito desmonta, el viejecillo, al aire la cabeza blanca y lanosa, le franquea la entrada con suma cortesía. La voz femenina torna a preguntar algo desde adentro, pero el viejo, que se ha apoderado ya del cabestro y se apresura a conducir al caballo de don Panchito a la sombra, no la oye y repite muy obsequioso :

—Entra, entra, *siñor*, a la cocina, que el sol *e tropo forte...*

Pero don Panchito prefiere aguardarlo para hacer su entrada en aquella mansión desconocida ; y piensa, en tanto que acaricia maquinalmente la cabezota del perro barcino que ha venido a restregarse contra sus piernas, que el

viejo haría mucho mejor en preocuparse de la visita antes que de su caballo. Pero la molestia del joven dura poco. Una mujer aparece en la puerta de la cocina; cenceña y curtida como una gaucha muy trabajada, lleva un pañuelo en la cabeza y los brazos al aire.

—Pase adelante, joven—dice con un ademán que no está de acuerdo con su vestimenta ni con su aspecto.—Usted es el joven de *La Florida* ¿no?

—Eso es... y venía para conocer la escuela... a la maestra...

—¡Ah, tanto gusto! Pase adelante, joven; le diré, es un gran honor para mí.

Y puesta de lado, franquea la entrada a la visita y le tiende la mano.

Don Panchito penetra en la cocina, baja y humosa, y al estrechar la mano de la maestra rural, de aquella avanzada suprema de la civilización en el campo de la barbarie, advierte que huele a cebolla y que está ennegrecida y recia, como la mano de una mujer de trabajo.

Don Panchito se ha llevado una sorpresa enorme, pero en seguida reacciona y dice muy amable:

—Tenía muchos deseos de conocer su escuela, señora...

—Le diré, señorita...

—¡Ah! señorita... tenía muchos deseos de co-

nocer su escuela. Una escuela rural debe ser una cosa interesantísima ¿verdad?

—No tanto, le diré, no tanto;—y la maestra, que se ha sentado ante el mozo en un banquito muy bajo, sonríe, mostrando unos dientecillos blanquísimos, que iluminan su carita morena y fea.—No tanto, joven, le diré. Preferiría una escuela en un pueblo, en cualquier pueblo. ¿No ve que estoy aquí muy sola?

—Es verdad, señorita; por eso es que yo supuse que usted sería casada... Pero me imagino que no estará sola... ¿algún pariente, un hermano?...

—No, señor; le diré, sola, completamente sola. Gracias que está aquí la familia de don Pedrín, el zapatero; que si no ¿verdad?

Hay una breve pausa, y después agrega:

—Felizmente, le diré, estos italianos son una gente muy buena; me quieren mucho. El quince de este mes hizo dos años que vine aquí.

—¿Y de dónde, señorita?

—De Dolores... Yo, le diré, no soy argentina... soy orientala ¿sabe?

—¡Ah sí?

—Sí; pero, le diré, estoy en la Argentina desde hace mucho tiempo.

—¡Ah!

En ese momento entran en la cocina los dueños de casa, o para decir mejor, los dueños de la cocina: el viejo, su mujer con un niño en

brazos y la hija mayor del matrimonio, una chicuela de diez años.

La maestra hace una presentación urbana:

—Don Pedrín, su señora, Rosa mi discípula... y el joven Suárez Oroño... ingeniero agrónomo ¿verdad?

—Sí, señorita, sí.

Y don Panchito se ríe ingenuamente, admirado de que aquella mujercita pueda estar enterada de sus cosas.

—¡Caramba! ¿y cómo sabe usted eso, señorita?

—¡Oh! le diré, aquí se sabe todo, joven; todo, hasta lo que uno no quiere saber. ¿No ve que pasa tanta gente por la escuela?

—Es verdad. ¿Y tiene muchos discípulos?

—Le diré, unos treinta... A principios de año, sobre todo, la clase sabe llenarse, pero después la asistencia merma mucho.

—¿Y por qué eso?

—Le diré, como los padres necesitan a sus hijos para que los ayuden, suelen acobardarse a los pocos días de mandarlos a la escuela; y así sucede que, para fin de año, me saben quedar muy poquitos...

—¿Y a qué hora son las clases?... A mí me gustaría mucho asistir a una de ellas; debe ser muy interesante...

—Le diré, joven; ahora las clases han terminado. Ya hice los exámenes.

—¡ Ah, sí?

—Sí, pues ; yo esperaba que hubiese venido algún inspector a presenciarlos, pero no vino ninguno... ¡ Qué quiere usted ! ¡ esto queda tan lejos y tan aislado, le diré !

Y tras una breve pausa, durante la cual la rechoncha mujer del zapatero, manteniendo al chicuelo debajo del brazo como si fuera un paquete, se aplica a la tarea de avivar la lumbre en el fogón, y el viejo y la niña siguen mirando al forastero con los ojos curiosos muy abiertos, la maestra prosigue, extendiendo su mano morena y descarnada hacia la puerta :

—Le diré ; todo ese cerco que usted ve allí sabe llenarse de caballos todas las mañanas. Es lo más lindo... vienen muchachos de tres leguas a la redonda.

—¡ Es bastante !

—Ya lo creo... Varones y mujeres, unos enancados, otros en sulky...

—¡ Qué bueno, eh? ¿Y a qué hora funciona la clase?

—La clase, le diré, en invierno de tarde y en verano de mañana.

—¿Penoso, verdad?

—Le diré ; en verano no tanto, pero en invierno, y sobre todo cuando llueve, hace mucho frío ; es bastante penoso para los alumnos... ¡ Pobrecitos ! saben llenárseme de sabañones, criaturas de Dios, y hasta en el pasado invierno

hubo uno que me llegó completamente duro de frío; garuando y con un vientito de ésos que cortan la cara, había tenido que venir el chico, de allá, del otro lado del campo de *Los Ingleses*. Tuve que encender fuego y darle friegas...

—¡Qué barbaridad, eh?

—Le diré; es de veras una barbaridad, pero, al fin y al cabo, lo mismo han de helarse las criaturas cuidando las ovejas. La vez pasada ¿no se le ahogó un chico en una cañada a ese paisano guarango que le arrienda campo a don Lucas Luna?

El zapatero viejo interviene:

—*¿E cosa va a fare un póvero, signorina? Bisoña travacare, bisoña...*

Pero la maestra lo interrumpe diciendo:

—Le diré, don Pedrín, le diré; yo me refiero a los criollos, a los paisanos... Usted sabe muy bien que no tienen nada de trabajadores y que, en cuanto tienen un hijo o un muchachito cualquiera de quien echar mano, ya se descansan en él por completo.

—*L'ico* debe *aiutare* al padre...

—Le diré, don Pedrín; debe ayudar al padre, es cierto, pero en lo que esté al alcance de sus fuerzas, de las fuerzas de las criaturas. ¿Usted cree que, si el zángano del padre hubiese ido a campear él mismo los animales extraviados en vez de mandar al chiquilín con una noche de

agua y de viento, hubiese sucedido esa desgracia?

—Naturalmente—apoya don Panchito.—Es que esos gauchos son muy desconsiderados y muy animales.

—Muy haraganes, le diré, joven, muy haraganes... En cuanto tienen a uno a quien mandar, ya no son capaces de nada. Aquí lo estoy viendo todos los días. «¿Por qué no vino ayer?» suelo preguntarle a algún chico. «No vine, señorita, le diré, porque se me hizo tarde» me contesta. «¿Y por qué se le hizo tarde?» «Porque mi tata, le diré, me tuvo ocupado, señorita». «¿En qué?» «En caminarle el parejero, le diré, señorita». Otros no vendrán, indudablemente, porque los padres los precisan... Hay muchos pobres, le diré, que necesitan de veras que sus hijos los ayuden en sus trabajos; pero, para caminar el parejero», le diré, ¡hágame el favor!

La pava enorme y renegrida hierve sobre el fuego de duraznillos, y la expansión del vapor hace danzar la tapa de hojalata con un repiqueteo continuo y sordo.

La mujer del zapatero echa una mirada de interrogación a la maestra, y ésta pregunta a su vez a don Panchito:

—Usted no tomará mate ¿verdad? ¿Podemos hacer te, si gusta?

—No, señorita, mate no más... Mate, como todo el mundo.

Y el mozo se siente mortificado, allá en lo íntimo, de que la maestra pueda dudar de su criollismo. Por eso agrega casi en seguida, y a manera de satisfacción para su honrilla:

—Yo tomo mate siempre. ¿No ve que me he criado en el campo?

—¿En el campo?—y los ojillos negros de la maestra manifiestan su asombro.—¿Pero usted no acaba de llegar de Europa, joven?

—Sí, señorita; pero he pasado mucho tiempo en el campo, casi toda mi vida... ¿No ve que nací aquí, en *La Florida?*

—¡Ah!—y como la maestra no puede concebir que alguien pueda sentirse tan legítimamente orgulloso de haber pasado toda la vida en el campo, deja para más tarde la solución del problema que el mozo acaba de plantearle, y que viene a modificar, en cierto modo, el concepto que se había formado sobre la personalidad de su nuevo y aristocrático vecino.

XIX

Don Panchito no quiere ya más mate. Hace calor en aquella cocina donde las moscas han comenzado a alborotarse, gracias a un cuarto de carne que la zapatera charquea junto al fuego. El viejo ha concluído por dormirse, y despunta su haraganería sobre una bota *acordeonada* y chueca que está componiendo desde hace días; y la muchachilla, inmóvil, no deja de mirar al forastero con ojos muy abiertos.

—¿Si saliéramos un poco?

—¡Cómo no! Le diré, voy a enseñarle la escuela, si usted gusta. No es una gran cosa, le diré, pero ¡qué quiere usted que se haga por estas alturas! ¡Hay que conformarse!

Don Panchito se incorpora; y guiado por la maestra rural, que bajo la cruda luz exterior le parece aún más pequeñita y más fea, sale de la cocina.

—¿Ese es su caballo?

—Sí, señorita.

—Muy lindo, le diré ; el mío es ese petiso que está ahí... ¿qué le parece?

El mozo no sabe si la maestra quiere burlarse, y sonríe tontamente mirándola a la cara ; pero ella, al pasar junto al petiso legañoso y maceta, que cabecea dentro de su bozal desproporcionado y enorme, se detiene y se pone a acariciarlo con calor y con mimo.

—¡ Pobre, mi caballito !—exclama ;—¡ lo quiero más !... ¡ Usted no se imagina !

Y abrazada a la cabezota aquella, peluda y tosca, que cierra los ojos mortecinos instintivamente, evoca la maestra, con su pañuelo caído sobre el cuello, su carita cetrina y sus delgados brazos morenos, el recuerdo de ciertas fábulas árabes inmortalizadas en el cobre de los grabados antiguos.

—¡ Lo quiero más !—repite, y añade al separarse de la bestia :—Me lo regalaron el año pasado los dueños de *La Clara ;* son unos hombres muy buenos, le diré.

Don Panchito piensa que el regalo no puede ser más mezquino ; y en un impulso muy propio de su carácter abre ya los labios para ofrecerle un caballo digno de una mujer, por más que ésta sea fea y humilde, pero el recuerdo de su padre se interpone en el proceso mental e interrumpe el arranque generoso. «¡ Mi padre !» piensa ; «si yo quisiera regalar un caballo a esta pobre mujer ¡ qué escándalo armaría mi padre !

Concluiría tal vez por consentirme que la obsequiara con alguno de los laderos del carro».

La maestra, expansiva y risueña, abre de par en par una de las puertas cerradas que muestra el gran galpón.

—Aquí tiene usted—dice,—la escuela. La hicieron construir los dueños de *La Clara;* son unas gentes muy desprendidas, le diré.

—¡Ya lo veo!

Y don Panchito, descubierta la cabeza, penetra en el aula con recogimiento y con respeto.

—Aquí tiene usted mi escuela.

Es aquello el abecé de una instalación de la índole: un salón con pavimento de ladrillo, unos treinta bancos, mapas en las paredes, y allá, en la cabecera, un modesto escritorio que hace las veces de tribuna. El conjunto no puede ser más pobre ni más sumario; pero aquello está tan cuidado y tan limpio que conmueve el espíritu, como la presencia de un recuerdo maternal y suave. Don Panchito lo mira todo con ojos sorprendidos. Hay una ternura tan infinita en aquel sencillo cuadro que, cuando el mozo advierte un jarro con flores sobre el escritorio de la maestra, no puede contenerse y exclama con sincera emoción:

—¡Flores! ¿También tiene flores usted, señorita?

—¡Ya lo creo! ¡Le diré, también tengo mi jardincito!

—¡ Ah, sí? ¡ pues le aseguro que, en su lugar, yo cultivaría tizos en vez de flores!

La maestra se ríe.

—¿Sí? ¿y por qué?

—¡ Caramba! la tienen a usted completamente abandonada, la hacen vivir sola en medio del campo en una zapatería, le regalan petisos bichocos... ¿y todavía tiene usted ánimos para tener tan bien cuidada la escuela y hasta para ponerle flores?

—¡ Y qué quiere usted! Le diré, cuidar las cosas de la escuela es mi obligación, es obligación de la maestra; y las flores, las flores, las pongo por adorno... porque me gustan... ¿A usted no le gustan las flores, acaso?

—Sí, señorita, me gustan mucho; pero las que no me gustan son las injusticias. Usted es muy buena, y por eso la embroman; yo que usted, ya le habría de decir verdades al gobierno.

La maestrita, sorprendida por el tono de su interlocutor, lo mira curiosamente, y el joven, que se ha sentado en una de las bancas, se pone a hablar con vehemencia mientras se da golpecitos con el cabo del rebenque en las cañas de sus botas coloradas. Una vaca muge a la distancia y se oye allí, muy cerca, la voz de la zapatera que llama a sus gallinas.

—Sí, señorita; usted no sabe, la gente no sabe manejarse. El mundo está lleno de pillos y

de sonsos y de traidores, y los pocos que hay como usted y como yo, que no somos ni lo uno ni lo otro, tenemos que cuidarnos mucho. Ya me imagino yo cuántas injusticias tendrá usted que soportar aquí, entre todos estos sinvergüenzas y aprovechadores. ¡ Una mujer ! Mire, por eso es que yo pienso no dejar títere con cabeza apenas mi padre me encargue de la estancia... Aquello, señorita, es un verdadero semillero de trompetas, de intrigantes... ¿sabe? Apenas acabo de llegar, y ya me han hecho pelear con mi padre a fuerza de chismes y de enredos.

La maestrita, interesada y con la vista fija en los ojos turbios y agrandados de don Panchito, se sienta suavemente muy cerca de él, y el mozo prosigue en voz baja :

—Resulta que allí, en la estancia, como mi padre está viejo y todo el mundo hace lo que le daba la gana, mi llegada ha sido muy mal recibida, señorita.

La maestra, que se ha vuelto toda oídos, ni respira siquiera para no espantar aquel pajarillo interesante e ingenuo que ha venido a posarse al alcance de su curiosidad nunca saciada :

—¡ Ah, sí?

—Sí, señorita... Yo llegué deseoso de ver a mi padre, deseoso de abrazarlo, de tener un amigo... ¡ Usted no sabe lo que es eso de pasarse cinco años en Europa, solo, sin tener una persona que se interese por uno ! Yo llegué acá

lleno de ilusiones, y me he llevado un desencanto enorme. Yo creo, señorita, que es que mi padre se ha acostumbrado a vivir sin mí, y ahora no puede soportarme.

La maestra interviene :

—¡ Oh ! no diga eso, joven ; ¡ cómo es posible que un padre !...

—Y... ¡ qué quiere, señorita ! ésa es la verdad, lo que yo veo.

—Habrán tenido ustedes algún... algún disgusto, le diré.

—¿ Disgusto? ninguno. Pero me parece que, para convencerse de que uno lo revienta a otro, no se necesita mucha perspicacia...

—Será quizás que usted habrá traído de allá de Europa, hábitos, lujos, le diré, que su padre extraña ahora, acostumbrado como está a esta vida sencilla del campo.

Don Panchito se ríe con sarcasmo.

—¿ Lujos? ¡ Vaya unos lujos, señorita ! ¡ si vivo en un cuarto que parece una cocina de peones ! No, lo que hay es otra cosa ; es que hay allí un gaucho, el capataz... yo no sé si lo conoce... un gaucho trompeta y ladrón, que hace de mi padre lo que quiere. El es el que me ha indispuesto seguramente con el viejo, porque se ha dado cuenta de que conmigo no le van a valer mañas...

Don Panchito se calla, pensativo. Un pollo blanco se presenta en el umbral de la puerta,

y avanza cauteloso y avizor, con el pescuezo estirado. La maestra lo espanta agitando su delantal, y luego vuelve a sentarse. El sol debe haber bajado mucho ya, porque ha abandonado el patio ; y comienza a insinuarse en el ambiente del aula la serenidad sedante del crepúsculo.

Don Panchito menea la cabeza, como para desechar una obsesión molesta, y después pregunta con voz de fingida indiferencia :

—Usted debe conocer a toda esta gente de por aquí ¿verdad, señorita?

La maestra se anima.

—Sí, sí, le diré, a casi toda...

—Usted irá a las estancias y a los puestos con frecuencia...

—No ; le diré, suelo ir a *La Clara* no más, y a *La Quinua*... Salgo muy poco, pero a la gente del pago, como dicen por acá, la conozco casi toda ¿sabe?... por los chicos, por los alumnos...

—Es cierto...

Don Panchito está luchando con sus pudores de tímido, pero al fin se atreve :

—Sandalio López... Sandalio López... ¿Usted debe tener una discípula?...

A la maestrita le brillan los ojos en la sombra.

—¡ Cómo no ! ¡ cómo no ! Le diré, Marcelina, la hija de uno de los puesteros de *La Florida*. ¿La conoce? Es una monada, le diré ; yo la

quiero muchísimo, es una de mis alumnas más aventajadas... ¿Usted la conoce?

—Sí, señorita...

—Bueno, pregúntele algo de geografía, y verá... pregúntele de gramática, de historia, de cualquier cosa.

A don Panchito le tiemblan los labios de emoción, y la maestra prosigue, cambiando de tono y con la voz muy baja:

—Es una monada la chica... Diga usted que tiene la pobre unos padres... le diré, una madre más bien... El padre es un infeliz; pero la madre... ya habrá oído usted hablar de ella ¿verdad? ¿Cómo no va a haber oído?

—Sí, algo, señorita; algo he oído decir.

—¡Ah, bueno! Y es una lástima, le diré; porque con semejante ejemplo ¿qué de bueno puede sacar la hija?... A mí me da mucha pena, le aseguro, y por eso me alegré cuando doña Clara se la pidió a López vez pasada, para tenerla con ella...

—¿Quién es doña Clara?

Le diré, es la esposa de don Julio Herrera, el dueño de *La Clara*, la estancia ésta, donde está la escuela.

—¡Ah!

—Son unas gentes muy buenas y muy respetables, le diré.

—¿Se la quiseron llevar, entonces?

—Sí, le diré; pero don Pancho Suárez... su

padre, se opuso terminantemente a que se fuera.

Don Panchito se pone lívido.

—¿Mi padre?

—Sí.

—¿Y qué le importaba a mi padre?

—¡Ah, yo no sé!... le diré. Pero la cuestión es que la muchacha se quedó en el puesto y que doña Clara se disgustó mucho.

Hay un silencio penoso, durante el cual don Panchito, con la cabeza inclinada, pasa sus dedos nerviosos por entre los cabellos despeinados y rubios, y la maestra lo considera entre sorprendida y curiosa. Al cabo, el joven se incorpora bruscamente. Tiene lágrimas en los ojos y un temblor agresivo en los labios finos.

—Señorita — dice mordiendo las palabras y con la voz anudada.—Yo soy un desgraciado, un individuo que está por volverse loco... Usted podría hacerme un gran servicio, un servicio inmenso ¿quiere?

—Sí ¡cómo no! le diré.

Y la maestra, que se ha incorporado a su vez, retrocede instintivamente ante la vehemencia del mozo.

—Bueno — prosigue don Panchito. — Todos aquí son unos miserables y unos canallas; pero usted, que es buena, va a decirme qué hay de cierto en eso que se dice de mi padre y Marcelina.

—¿Qué se dice?

—¿Qué sé yo?... mil infamias, mil porquerías. Usted debe saber... dígamelo, se lo ruego.

La maestrita recapacita un instante, y después dice muy seria :

—Vea, joven, yo no he querido meterme nunca en esas cosas, porque soy enemiga de chismes y de enredos. Pero, ya que usted me lo pide, le diré que la conozco a Marcelina como a mis manos, y que me consta que es una criatura completamente inocente. Lo que hay es que su padre... y usted perdone, que es un hombre muy mal querido aquí por su carácter, parece que tiene sobre ella sus intenciones... ¿me comprende? y de ahí que la gente, que es tan mala como usted sabe, habla y habla ; pero yo le aseguro que ninguno puede decir «ni esto» de esa chiquilina.

Y la maestrita, solemnemente, confirma su afirmación haciendo sonar dos veces la uña del pulgar en el borde su dentadura apretada y blanca :

—¡ Ni esto, le diré, ni esto!

Don Panchito siente como un impulso de abrazar a la maestra, de estrechar contra su pecho atormentado a la pobre mujeruca aquélla, que acaba de encender tan generosamente, y a la manera de una madre o de una hermana, una chispa de luz en la negrura inmensa de su espíritu.

—Señorita...—comienza a decir tartamudean-

do.—Yo le agradezco mucho... usted es muy buena.

Y como siente que la garganta se le estrecha, concluye al cabo por callarse. La maestra agrega entonecs :

—¡ Ah, joven ! le diré ; usted no debe preocuparse de las cosas que dicen... aquí oirá hablar mal de todo el mundo, en todas partes. Yo no sé si es que todos se conocen, pero la cuestión es que uno oye cada cosa... Felizmente, le diré, un mozo joven y rico, como usted, no ha de pensar en pasarse la vida aquí entre los paisanos. Usted vendrá de paseo un tiempo, por visitar a su padre ¿verdad? y después : si te he visto no me acuerdo, como dice el refrán. El campo es bueno, le diré, para los paisanos o para los que, siendo pobres como yo, no tienen más remedio que aguantarse, y van adonde los mandan... pero para ustedes... los mozos ricos, los mozos de ciudad...

Don Panchito se queda un rato pensativo, y después dice :

—Yo no soy de la ciudad, señorita ; yo he nacido acá, como ya le dije ; y si he ido a Europa ha sido precisamente para volver sabiendo explotar una estancia como conviene. Le aseguro que pienso pasarlo aquí siempre, y que nunca podría vivir en la ciudad.

—¡ Qué raro ! le diré ; ¿y por qué?

—¿ Qué sé, yo?... porque no me gusta, porque

la gente me revienta, porque la verdadera vida es ésta que se vive en el campo...

El mozo hace una pausa, y después prosigue suavemente :

—¿No ve qué tarde, señorita, qué hermosura de tarde? ¡ Dígame usted si en las ciudades pueden verse estas cosas!... A mí me revientan las montañas, me revienta el mar, me revienta la muchedumbre, la fiesta, el ruido... Yo quisiera vivir en donde yo solo mandara, y en donde hubiese la menor cantidad de gentes que hablen u opinen. Por eso es que lo que más me gusta es el campo; el campo y los animales... ¡Oh, estarse horas y horas tendido en el pasto mirando el cielo, o agarrar un caballo e irse lejos, lejos, lejísimos! ¡Le aseguro que, si alguna vez llego a casarme, he de irme con mi mujer adonde no estemos sino los dos solos!

La maestrita sonríe y luego se incorpora.

—Venga—dice,—voy a enseñarle mi jardín. No es una gran cosa, le diré; pero es el único que habrá quizás en varias leguas a la redonda.

Y saliendo al patio amplísimo y perfumado con el olor de los sauces, contornean el edificio de la escuela y don Panchito visita aquella *maravilla:* un tabloncito de brincos, no más grande que un pañuelo, un rosal que se empeña en trepar por la pared, y cuatro o cinco tarros de hojalata que contienen otras tantas plantas.

—No es muy grande—dice don Panchito burlón ;—pero es un jardín ¿verdad?

—Ya lo creo—contesta ella,—y lo que es más, le diré, el único que encontrará usted en varias leguas a la redonda. Estos criollos, le diré, aunque sean ricos, aunque tengan plata, no entienden de plantas ni de flores. Yo quisiera que usted viera algunos establecimientos de por aquí. Son cuatro ranchos pelados, sin un sólo árbol, le diré.

—Es verdad—afirma don Panchito sentenciosamente.—Son muy brutos estos gauchos.

—¿Los gauchos? le diré, y los que no son gauchos, también. Hay algunos que hace treinta años que vinieron aquí, que no son gauchos, y sin embargo no han hecho plantar un árbol todavía. Para plantar, los gringos y los vascos, le diré.

—Es cierto.

—Así que ya sabe, el día que necesite alguna flor para quedar bien...

—¡ Oh, señorita !...

—No, le diré ; con toda buena voluntad, joven... Vea, Marcelina llevó la vez pasada de esos brincos, y dice que están muy lindos ; los ha puesto ahora en una maceta en su ventana. A mí me gústan mucho las flores, tengo pasión por ellas. Allá, en *La Florida*, no tienen flores ¿verdad?

—No, señorita ; allá no hay más que espinas...

—¡ Qué romántico !

—Es la verdad, señorita.

Y como don Panchito insinúa una despedida, la maestra, que no quiere abandonar así no más la novedad extraordinaria que significa aquella visita en la monotonía aplastadora de su existencia campera, se esfuerza por retenerlo, sin disimulos.

—¿ Se va ya, tan temprano? Le diré, el sol está alto todavía. ¿ No quiere tomar algunos mates?...

—No, señorita, le agradezco muchísimo ; mi padre me está esperando... Otro día será. Le aseguro que siento que las clases hayan terminado ; que, si no, hubiera asistido a algunas de ellas con verdadero gusto.

—Es cierto ; terminaron antes de ayer precisamente. Pero eso no importa, le diré, para que usted venga aquí cuando quiera, cuando esté muy aburrido...

—¡ Oh, señorita !

—Usted no sabe lo sola que me quedo y lo que extraño a mis discípulos en esta época.

—Pero sus discípulos la visitarán, me imagino...

—Le diré, a veces ; quedan tan retirados... Marcelina quizás, y algunos otros. ¡ Ah ! le diré, Marcelina ; precisamente, ha de venir mañana

a buscar una ropa que se dejó aquí el día de la lluvia...

Y, al decir esto, la maestra trata de disimular su pensamiento, mirando con los párpados entornados el gran disco del sol, que se insinúa muy rojo entre la entrincada complicación de las ramas.

Don Panchito va a preguntar algo, sin duda, pero se contiene. Lo que desea es marcharse de una vez, marcharse pronto, hallarse solo por fin, y poder pensar, en el gran silencio del crepúsculo, en todas aquellas cosas buenas que acaba de saber por la maestra y que le han inundado el alma de esperanzas. Don Panchito se despide conmovido, y conduce su caballo afuera. Todos los moradores de la casa aguardan la partida apoyados en el cerco de alambre, y hasta aquel perro barcino, haragán e inhospitalario, que da vueltas en torno moviendo su lanuda cola, parece ahora al mozo un animal muy simpático. Es indudable que el mundo es muy malo; pero hay gentes buenas, sin embargo.

Don Panchito monta en el ruano, que gira impaciente sobre las patas traseras; y agitando su gorra por encima de la cabeza, en señal de partida, se aleja a gran galope en dirección a la estancia.

Cuando llega a la tranquera, el sol se ha ocultado por completo y una brisa fresca y sutil circula por el campo. Don Panchito respira a ple-

nos pulmones aquel olor generoso de pasto seco que emborracha su espíritu, y se siente por un momento feliz y satisfecho. Va al tranco de su caballo, que enarca el cuello clinudo y juega nerviosamente con la coscoja del freno. ¡ Qué armonía infinita tiene el croar de las ranas en el misterio infinito de los fachinales inmensos ! ¡ y cómo parecen bellas todas las cosas en ese gran crepúsculo, que va avanzando sobre la serena placidez de los campos !

Don Panchito pone espuelas a su caballo, y no tarda en acercarse a la estancia.

Todo es movimiento en ella. Acaban de llegar los peones del resero, y el oído del joven advierte el sonido extraño de los cencerros de las tropillas forasteras, agrupadas aquí y allá, entre los hombres que van y vienen lentamente, disponiendo sus cosas.

Una fogata enorme ilumina la cocina de la estancia en una forma insólita, y la luz que escapa por la puerta abierta marca sobre el patio un gran cuadrángulo dorado.

XX

Va pasando el bochorno de la siesta. Jacinto, el hijo mayor del puestero de la laguna de *Los Toros*, ensilla su potrillo a la sombra del rancho, alargada hasta más allá de los corrales, por donde se agrupan fatigadas las gallinas.

El *Machito*, semidesnudo, holgazanea tendido sobre un cuero; y Marcelina, con el pelo suelto, transporta agua en un balde, desde el pozo lleno de sol, hasta un grupo de macetas florecidas que están al amparo de la sombra.

La moza anda con la cabeza inclinada y hay como un pliegue de preocupación que no se borra, en la tersura de su frente morena.

Cuando su hermano termina de ensillar, Marcelina le pregunta, abandonando el balde junto al mojinete:

—¿Te vas, Jacinto?

—Sí; voy a ver de dir repuntando las j'ovejas.

—Está alto el sol...

—Tan muy desparramadas.

—¿No has tomado mate?

—¡Pues no! tomé una punta, me dió una punta mama.

El *Machito* rebulle en su camastro.

—Yo quiero mate,. Marcelina—dice; pero la joven, que no lo escucha, se inclina para tomar de nuevo el balde.

—Se está poniendo lindo el alazán... ¿Has visto el de don... el de don Panchito, Jacinto?

—¡Ah, ah! Es de la marca e'Luro; de los potrillos que compró el patrón en *La Quinua* vez pasada... Algunos han salido güenos, otros aplastaos...

El *Machito* insiste con voz plañidera:

—Yo quiero mate, Marcelina.

La moza se incomoda.

—Ya voy, *güecelencia*—dice con sarcasmo; —ya voy a dir, esperesé un poquito.

Jacinto interviene:

—Mejor es que vayas dentrando los cueros—dice,—que no venga tata y los haye ajuera como ayer—y luego prosigue en distinto tono:—Sí, como güeno es güeno el caballo ése; pero más fe le tengo al mío. ¡Qué querés! Mañana pienso llevarlo p'al aparte. ¡Les vi'a echar tierra a todos con mi flete!

—Don Panchito cuida mucho los caballos—dice Marcelina.

Y en seguida pregunta, dirigiéndose al *Machito* que, con los brazos cruzados detrás de la

cabeza y el entrecejo contraído, la mira torvamente:

—¿Te fijaste en el alazán de don Panchito, che?

—No—contesta el muchacho; y luego agrega con insidia:—¡qué julepe te metió mama ¿no?

—¿A mí? ¡No seas pavo!

Y la moza bruscamente se pone roja de vergüenza.

El *Machito* insiste implacable:

—Le dijo mama que l'iba a sacar el cuero a lazazos...

—¡A vos te lo van a sacar por lengua larga!

—¡Yegua!

—¡Guacho!

La voz de la madre llama, apagada desde el interior de la casa.

—Ya voy, mama — contesta Marcelina; y echando una última mirada de encono al muchacho, da la vuelta al rancho y entra en la cocina.

Rosa, sentada en un banco, cose junto a la puerta.

—¿Ande andabas?

—Estaba regando las plantas, mama...

—¡Eso es! el juego apagao, la madre trabajando, y la señorita regando sus plantas... ¡Ay! ¡qué rebenqueadura les está pidiendo el cuerpo a todos ustedes!—y la puestera, después de sus-

pirar profundamente, ordena ya calmada: — Encendé el juego, m'hija.

La moza, inclinada sobre el hogar, aparta con un tizón las blancas cenizas.

Las enaguas almidonadas crujen al removerse bajo el percal de la falda, y la cabellera negra se derrama sobre los hombros como un gran manto sombrío. Marcelina quiebra en silencio las secas ramitas, las amontona sobre los ladrillos calcinados del viejo fogón, y el ojo dorado de la lumbre no tarda en brillar en aquel obscuro agujero, agrandándose e iluminando todos los rincones de la cocina con su parpadear incesante.

—Ya está, mama.

—Bueno, dejalo no más; ahora voy a poner la olla.

Y la puestera, abandonando su labor, se despereza con un gran suspiro, restriega sus ojos, y añade por decir algo:

—Me arruina la vista esta costura...

Marcelina, apoyada en el gran parante que tiene el techo en el centro de la cocina, va a decir algo; pero, bajando los ojos, se limita a mirar los extremos de sus zapatos, que asoman al borde de la falda.

La puestera se entrega al trajín de sus ollas.

—¿Y los muchachos?—pregunta.

—Jacinto se fué a repuntar la majada. El otro está ahí, haraganeando en el suelo.

—Tiene que dentrar los cueros.

—Ya se lo dijo Jacinto.

La puestera repasa el interior de la olla con un gran fregón imposible. Algunas gallinas curiosas se han parado en el umbral de la puerta, y avizoran con el pescuezo estirado. La puestera las espanta tirándoles con el tranco.

—¡ Chí, fí ! ¡ animales inmundos !—grita ;—¡ me tienen más harta !

Marcelina pregunta suavemente :

—¿ Quiere que les dé de comer, mama?

—¡ No !—contesta la puestera—andá mejor y recogete la ropa que está tendida ; — pero, cuando la moza va a salir, la detiene para decirle :—no te olvidés mañana de pedirle a la maestra que te empreste un carretel de hilo negro

Marcelina pregunta con desgano :

—¿ Y entonces vamos a dir mañana?

—¿ Y de ahí? ¿ O crees que vas a dejar la ropa allá todo el verano?

—No, pero otro día...

—No, mañana ; y así se te acaban de una vez los asuntos con la escuela.

La moza, cabizbaja, sale de la cocina, y caminando lentamente contornea la casa. Los grandes ojos abiertos sobre el misterio de su espíritu no ven las gallinas que se arremolinan a su paso, ni las flores que hay en la ventana, ni los lienzos blanquizcos del corral, donde las ropas tendidas comienzan a aletear, bajo la

brisa de la tarde, como extraños pájaros que reviviesen de las fatigas mortales de un sol de todo el día. Marcelina no ve nada de eso; y, apoyada en un lienzo del corral de las ovejas, piensa tanto y tan hondo, sin duda, que al cabo de un rato se le llenan los ojos de lágrimas, y mordiendo el extremo de su pañuelo solloza sobre el madero su desaliento infinito.

La voz del hermano la vuelve de pronto a la realidad.

—¿Che, Marcelina?

—¿Qué querés?

—Mirá p'ayá.

—¿P'aonde?

—Ayá, pa el lao del sol...

Y al mirar la moza, con los ojos todavía empañados, ve allá, bajo la franja rojiza que festona el horizonte, la silueta de un jinete, una silueta negra y fina, que parece alargarse y acortarse bajo la acción del galope.

—¿Has visto?

—¡Ah, ah! ¿quién es?

—¡Hacete la sonsa!...

Y el *Machito*, sonriendo, se pone a descolgar perezosamente los cueros de nutria que cubren el alambrado, mientras Marcelina, con el entrecejo contraído, sigue mirando aquella silueta airosa, que se recorta sobre el fondo del horizonte incendiado y que poco a poco se esfuma y desaparece en la sombra de un bajo, como una ilusión de ventura que la realidad desvanece.

XXI

Pareciera que se aspirasen llamas sobre aquella loma desamparada y seca. Las corridas de los caballos y el movimiento incesante de la hacienda chúcara levantan remolinos de polvo moreno, de polvo calcinado que tuesta las gargantas y ennegrece las caras.

Las tropillas de remuda, con las madrinas trabadas, están a un costado del rodeo y allá, viento arriba, muge el señuelo, que se destaca como una mancha policroma sobre el fondo leonado de los pastos maduros.

Tres *yuntas* apartan *a rebenque*. Don Panchito trabaja con uno de los peones del resero, y su caballo picaso, empapado en sudor, espejea bajo el sol implacable.

—Ese barroso, si le parece, don...—dice el gaucho.

—Sí, eso es.

Y lentamente, al tranco de sus caballos, comienzan ambos a seguir al novillo, que trota arisco e inquieto, y lo obligan a orillar el rodeo.

Don Panchito mira de reojo a su padre, que está allí, muy cerca, grave, ceñudo e inmóvil sobre su caballo tostado, como un jinete de piedra.

En toda la mañana no le ha dirigido la palabra, y eso que él ha hecho, ex profeso, las mayores locuras, a fin de que el viejo le hable, aunque más no sea para amonestarlo. Pero ¡ nada ! Su padre está resuelto a mantener aquella situación incómoda y no será ya él quien se lo impida. Y como en ese momento Cosme, acompañado por el resero, entra de nuevo en el rodeo, don Panchito aprovecha para dirigirle una mirada furibunda y torva, una mirada de la que el capataz no se percata, muy ocupado en liar un cigarrillo.

—Vamos, don—dice el gaucho que acompaña a don Panchito.

Y al grito salvaje y gutural de *¡ juera güey !...* el novillo barroso y los caballos arrancan con brusco tabletear de trueno, unidos en un solo bloque y envueltos entre nubes de polvo amarillento.

El barroso porfía a la derecha, y el caballo tordillo del paisano, casi atravesado y hecho una bola, pugna por recostarlo, gimiendo su impotencia bajo el rigor de la espuela.

—¡ Juera güey !

Y los rebenques repiquetean sobre el lomo barcino, hasta que de pronto el animal se planta

bruscamente; y mientras ambos jinetes, llevados por el impulso, van a sujetar allá, muy lejos, el novillo tuerce el rumbo, y echando campo afuera trata de ganar el fachinal cercano.

El picaso de don Panchito lo alcanza en corto trecho.

—¡ Vuelva buey! ¡ Vuelva!

Y torna a renovarse el tableteo de trueno a través del campo endurecido y seco, hasta que el novillo, después de tropezar rudamente arando la tierra con las astas, se para *en seco* y presenta a sus perseguidores la armada cerviz amenazante.

—¿Qué, se ha emperrao?

—Sí.

—¡ Juera güey! ¡ Juera!

El barroso trata de embestir al tordillo del paisano, pero don Panchito lo pecha de través y lo echa al suelo.

—¡ Ahijuna!—exclama el gaucho.—¡ No te vas a dir sin cenar!

Y acercándose, lo castiga desde a caballo; pero el barroso permanece estirado largo a largo, resoplando fuerte y vueltos hacia atrás sus grandes ojos de amplísima córnea amarillenta.

Cosme y Sandalio llegan al galope.

—¿Qué hay?—pregunta el primero en tono breve.—¿Se emperró?

—¡ Ah, ah!

—Vamos a arrastrarlo para que se pare. ¡ Póngale el lazo, pues !

Sandalio desprende el suyo de los tientos, y el peón del resero desmonta para pasar la armada por los cuernos.

—¡ Aura !

Y en medio de una lluvia de rebencazos y un concierto de gritos desaforados, el lazo se estira como un elástico y el caballo comienza a arrastrar al rebelde, que se incorpora de pronto.

El hombre de a pie salta a caballo, y pechando al barroso en el anca le propina sonoros lonjazos.

—¡ Juera maula ! ¡ Juera !

Pero es inútil. El animal con las patas separadas e hilando babas brillantes por el hocico, se niega a moverse y hace gravitar todo su peso sobre el lazo trenzado, que cede y que se alarga como si fuera a cortarse.

Cosme se incomoda al cabo.

—¡ Yo te vi' arreglar !

Y uniendo la acción a la palabra, cierra las piernas a su caballo, un redomón lubiano muy nuevo todavía, cuyos ijares, rojos de sangre, palpitan y se contraen bajo el castigo brutal de las espuelas. El caballo toma al barroso de través, y lo empuja a la altura de las falsas costillas con una serie de empellones bárbaros y firmes.

—¡ Tomá sarnoso !

Se oye un crujido sordo, un crujido de leña que se quiebra, y el novillo cae echado, lanzando un mugido lastimero. El tubiano tropieza y resbala pisoteando al caído, pero Cosme lo levanta en las riendas y desmonta en seguida.

Un clavel de sangre aparece en el flanco jadeante del novillo, un clavel de púrpura que se agranda sobre el fondo de felpa color siena, y deja ver en el centro la punta aguda de una esquirla blanquizca.

Cosme vuelve el rebenque, y tomándolo por la lonja da grandes golpes con el cabo, en los cuernos y en el hocico del caído. Pero ¡nada! El animal no hace otra cosa que sacudir las astas mientras que un hilillo de sangre comienza a fluir de la nariz reluciente.

Don Panchito se acomoda la gorra y mira hacia otra parte. El patrón se acerca paso a paso en su caballo tostado, y el rodeo brama a lo lejos entre cendales de polvo.

Cosme toma la cola del novillo, y sin esfuerzo la quiebra entre sus manos. Se oye un mugido triste y apagado, pero el animal no se mueve.

Don Panchito aspira un gran sorbo de aire, y se alza nervioso en los estribos. Cosme, rezongando, toma nuevamente la cola, y apoyándose en la rodilla trata de dislocar esta vez las grandes vértebras del tercio superior. Pero al primer esfuerzo el novillo lanza un mugido la-

mentable, y el caballo de don Panchito pega un salto enorme.

—¡ Eh ! ¡ no sea hereje ! ¡ Gaucho animal !

—¿ Qué hay ?

Don Panchito se ha puesto lívido.

—¡ Hay que no es necesario ser animal ! ¡ Eso hay !

El paisano queda un instante inmóvil y luego se encoge de hombros.

—Está ahí haciendo estupideces, cuando con ponerle dos lazos de la cabeza...

—¡ Ah, sí ?

—¡ Sí, gaucho animal, sí !

Cosme tiene un estremecimiento brusco y en sus ojos traidores fulgura la violencia.

—¡ Oh, vea, amigo, no sea bruto p'hablar !

—¿ Qué ?

Y junto con la pregunta, que es un grito atiplado, el rebenque cae y rebota sobre la cabeza greñuda del paisano.

—¡ Tomá, trompeta !

—¿ A mí ?

Y el cuchillo brilla en la diestra del gaucho como una lengua de luz, mientras que con la otra mano trata de apoderarse de las riendas del picaso, que retrocede espantado. Don Panchito saca su revólver.

—Venite, gaucho roñoso, venite ; que te hago volar las cerdas de un tiro.

Y hay en el tono del mozo una petulancia irritante y una maldad infinita.

Después de dos segundos de mutuo acecho, Cosme se vuelve bruscamente y envaina su cuchillo.

—Gaucho infeliz, vení—insiste don Panchito;—vení, no seas flojo.

Pero en ese instante una sombra se interpone entre él y su adversario, y la voz de don Pancho ordena muy tranquila:

—¡Chist, chist!... vaya pa ya...—dice,—vaya pa ya, amigo.

—Es que este gaucho...

—¡Vaya pa ya, le digo!

Don Panchito, despechado, vuelve su caballo entonces, y murmurando un rezongo vase hacia el rodeo, cabizbajo y huraño.

Y el viejo lo mira alejarse, disimulando con esfuerzo la sonrisa paternal y aprobatoria que vaga por sus labios.

XXII

Sola en la cocina, la puestera, que está picando carne sobre un banco, canturrea entre dientes :

Así vivía Tiyeria,
engraido de su saber ;
si con el diablo encontrara,
también cantara con él.

Canturrea, pero su rostro moreno revela más bien fastidio, el fastidio que le causan el calor reinante y aquel enjambre de moscas pegajosas pugnando por caer sobre la carne.

—¡ Chifi, chifi ! ¡ Caracho ! ¡ moscas de miércoles !

Y luego continúa :

Vivía con soberbia
y el Señor lo castigó :
no pasaron cuatro días,
con el diablo se encontró.

Mosca entra arrastrando los pies sobre el piso desparejo.

—Doña Rosa—rezonga,—el remedio que me has dao no sirve pa nada...

La puestera se encoge de hombros, y él entonces, sin transición alguna, agrega muy risueño :

—¡ Pu'encima del fachinal se devisa la polvadera del rodeo !

—......

—¿ Don Sandalio se fué pa yá ?

—......

—¿ No querés que corte un cachito e'carne p'hacer un charrusco ?

—¡ No !

—Sí, doña Rosa, no seas mezquina !

—¡ No, le he dicho que no, hombre ! ¡ Chifi ! chifi ! ¡ Caracho ! ¡ moscas de miércoles ! ¡ qué fastidio !

El hombre la considera un instante mansamente, y luego va a sentarse junto a la lumbre, donde se entrega a su tarea habitual de manosearse los pies. Rosa prosigue su canción en voz tan baja como un murmullo :

Y en figura de un amigo
el demonio se presentó :
«Vengo a convidarlo, amigo,
Mañana me...»

Los perros ladran afuera bruscamente y Mosca se levanta para mirar.

—¿Quién es? — pregunta la puestera interrumpiendo su labor, pero conservando las manos sobre la pila de carne.

El se vuelve alborozado :

—¡Don Uulogio! ¡Es don Uulogio!—grita y se ríe con infantil regocijo, mostrando sus dientes blancos, perrunos.

Rosa se ha puesto encarnada, como la pulpa que tiene entre las manos, y sus senos robustos denuncian la fatiga de la emoción repentina bajo el floreado percal de su corpiño.

—¡No! ¡mentira!—dice, pero va presurosa hacia la puerta.

—¡Güen día!—gritan desde el palenque.

—Güen día, abajesé ; ¡qué milagro!

Y la puestera, en pie sobre el umbral de la puerta, sonríe como una hada hospitalaria y buena al gaucho bruto, al pobre gaucho aquel, que viene a ella una vez más, borracho de arregosto y movido por el recuerdo que ha dejado en su corazón y en su cerebro el néctar de los deleites infinitos.

—¿Cómo está, señora, cómo le va?

El gaucho grave y pálido desvía los ojos, y el labio superior le tiembla sin que pueda evitarlo. Ella sonríe siempre, pero tiene las pupilas brillantes y dos manchas de cárate en las tostadas mejillas.

Al ver al loco, el gaucho no puede reprimir un gesto de contrariedad que disimula en seguida, cauteloso:

—¿Qué dice, don Mosca? ¿Cómo le va?

—¿Cómo te va?

Y tiende su mano negra con espontánea franqueza. La puestera sonríe maliciosa.

—Pase pa cá, don Ulogio—dice,—pase pa cá y sientesé.

Y limpiándose las manos grasientas en el delantal azul, tapa el montón de carne con un lienzo y se pone a preparar el mate.

Eulogio, pensativo, mira gravemente el suelo, y Mosca, que ha sacado el cuchillo, se quita con él las verrugas de los dedos, apoyado en el contramarco de la puerta.

Transcurren así algunos segundos de silencio, hasta que la puestera, volviéndose bruscamente hacia el mulato, le dice cariñosa:

—Vea, Mosca, si quiere asar carne, corte no más; pero vayasé al galpón para hacer juego. No quiero que me llene de humo la cocina...

Hay una media res de carne pendiente de la cumbrera y envuelta en una lona. Mosca, sonriendo, corta la paleta con el cuchillo con que operaba sus verrugas, y se va de la cocina, obediente como un perro.

—¡Pobre hombre!—murmura el gaucho mirándolo alejarse.—¡Es güeno!

—¡Sí, muy güeno!

Y la puestera, cuya enagua almidonada cruje al andar, entrega el mate a su visita y luego se sienta frente a ella.

Hay un gran silencio pesado dentro de aquella cocina caldeada, que el fuego del duraznillo va llenando de humo, y el sol que entra por la puerta marca sobre el piso un ancho prisma dorado, en cuya atmósfera luminosa danzan corpúsculos de polvo y brillan las alas de las moscas.

El gaucho devuelve el mate con mano trémula, y dice después en voz muy baja:

—Al fin l'ayo sola, doya Rosa... ¡ Al fin !...

—¡ Ah, ah ! —responde ella, sin mirarle y puestos los codos sobre los muslos rollizos. —¡ Ah, ah ! Se han ido toditos, toditos. Ya cráiba que no venía ¿sabe?

—¿Yo? ¡ oh !

Y el gaucho, después de hacer un gran gesto exagerado e ingenuo, quiere decir algo, pero se confunde y no puede.

—¿Yo? ¡ de ande ! Si estaba esperando este aparte de novillos como si juera lo más, como si juera, como...

Ella le mira en los ojos hondamente, y después se ríe.

—¡ Pobre don Ulogio ! ¡ Pobre ! ¡ cómo me lo hacen penar !

El gaucho se levanta y va hacia la puerta haciendo crujir sus botas ordinarias.

—¿Qué hay?—pregunta la puestera sorprendida.

—¡Nada! ¿Ese Mosca... ande está?

—¡Oh! está en el galpón. ¡Pierda cuidao! Ese no se mete con nadies. Es un infeliz, el pobre...

Eulogio se ha quedado inmóvil en medio de la cocina, y se rasca la cabeza por debajo del sombrero.

—¡Ah, doña Rosa!—exclama de repente.—Quería preguntarle una cosa... ¿Es verdad que ustedes tienen pensao dirse del pago pronto?

—¿Nosotros? ¡De ande!

Y al decir esto, la puestera abre sus ojos sorprendidos.

El replica entonces:

—Me habían dicho... Parece que su marido se acordó el otro día en *San Luis* de que andaba mal con el patrón, y de que quería arreglar sus cuentas pa dirse después pal lao de la Pampa, creo...

—¡Sí, ya! ¡En seguidita no más! ¡Disparates, absurdos, don Ulogio! Ya sabe lo que es mi marido... el pobre habla porque tiene lengua. ¡Qué v'a dirse! ¡No se va nada!

—Si ya me lo había maliciao; se m'hizo qu'eran macanas del hombre. Estaría caliente por algún disgusto con el patrón y...

Ella lo interrumpe con viveza:

—¡Qué! ¡Es que es un infeliz el pobre! ¡Se

auga en una palangana! Vea, don Ulogio, puede estar seguro de que yo no me he de mover de acá, aunque llueva juego... Aquí hemos vivido siempre y aquí hemos de dejar los güesos... Mi marido es un pobre paisano inorante, incapaz de atinar a nada... Todos tenemos quebraderos de cabeza en esta vida... Sin ir más lejos ¿acaso yo no tengo la sangre podrida con lo de Marcelina? Pero ya le he dicho; la primera vez que la vea pararse en el campo a conversar con el hijo del patrón, la vi'a dejar overa a juerza de lasasos. Yo soy así, hay que saber tratar a la gente. Nosotros, los que hemos vivido en poblao, somos mucho más baquianos que ustedes los paisanos. Sabemos darnos güelta en cualquier parte... El patrón es el patrón; ande manda capitán no manda marinero, y dende que él no quiere que su hijo venga al puesto, no veo por qué no se le va a obedecer. ¿No le parece?

—¡Ah, ah! Dicen quel hijo es un mal hombre ¿no?

—¿El hijo? No. El hijo es un mozo como cualquiera, le gustan las mujeres, y parece que aura se ha aficionao a Marcelina. Eso es lo que hay y nada más. Si al padre no le gusta, porque eya es una pobre, porque nojotros somos unos paisanos brutos... ¿qué le vamos a hacer? ¡Paciencia! Hay piores males en la vida, y sin embargo...

La puestera se interrumpe de pronto. Los perros están ladrando afuera.

—¿Qué será?

—No sé—murmura el gaucho.

Y llegándose a la puerta mira primero los canes que andan por el patio con tamañas lenguas y luego las lejanías polvorosas del horizonte.

—Debe de ser que sienten el tropel del rodeo... Deben de estar sacando la hacienda ya... No se ve nada...

Ella se asoma también a la puerta de la cocina, y el gaucho se estremece embriagado por el tufillo de humo, para él tan femenino, que exhalan los cabellos y las ropas de la puestera.

—Tá juerte el sol—dice por decir algo.—Quién sabe si se habrán acordao de llevar agua al rodeo...

—¡Ah, ah!

—La vez pasada se olvidaron y el patrón la mandó buscar de acá a cosa de medio día.

—¡Ah, ah!

—No se puede trabajar sin agua...

—¡Ah, ah! E' verdá.

La puestera se aparta de la puerta y el gaucho la sigue indeciso, rascándose la cabeza.

—¿Quiere otro mate?

—No, gracias; no.

Y ambos se quedan un momento observándose, parados en medio de la estancia. La pues-

tera tiene los pómulos muy rojos y el corazón del gaucho redobla bajo la blusa obscura de merino.

Rosa sonríe al cabo, y volviéndose bruscamente entra en la pieza contigua. Eulogio la sigue vacilante, y de la pieza aquella, mezquina y sórdida, sale un gatazo barcino con aire de fastidio.

XXIII

El trabajo toca a su término ; y don Panchito, que ha mudado caballo *por puro gusto*, comienza a alejarse del rodeo, jinete en un petiso cebruno, que anda de través y se alza de manos impaciente.

Al pasar junto a Cosme, que está cinchando, silencioso y torvo, desliza a su oído algunas insolencias y echa luego al galope, por el bajo, sin volver la cara.

Su padre, que lo ve marcharse, lo llama desde lejos con su silbido autoritario y breve ; pero don Panchito hace el que no oye y se hunde en el pajonal con rumbo hacia el sudeste.

—¿Adónde va ese sonso?—pregunta el viejo, creyendo hallarse solo ; pero Domingo, el mensual de campo, que está a su lado, se apresura a decirle :

—No sé, patrón. ¿Quiere que lo llame?

—No.

Y ceñudo y pálido, el viejo vuelve su caballo para acercarse al resero que le aguarda, mientras

que don Panchito, libre ya de aquel peligro, prosigue allá, a lo lejos, su marcha apresurada.

Con el agua a la cincha atraviesa el fachinal por un abra cenagosa y continúa al galope sobre el campo desierto. Allá a lo lejos, y esfumados por la distancia y la reverberación del sol canicular, vense los sauces del puesto de la laguna de *Los Toros*, y un trozo de mojinete blanco emergiendo de una desigualdad de la llanura.

Don Panchito marcha buen rato sobre el mismo rumbo, hasta que de pronto se detiene.

Acaba de divisar lo que buscaba ; aquellas dos siluetas que se mueven a la distancia y vienen hacia él, semiperdidas entre las ondulaciones del campo amarillento.

El joven pone al paso su caballo. Tiene ahora la faz iluminada y una extraña animación en los ojos claros, mientras vuelve la cabeza para mirar atrás, como si temiese algún peligro, como si sospechase del fachinal que acaba de dejar a sus espaldas.

Los bultos se agrandan visiblemente. Marcelina y su acompañante regresan a gran galope, acobardados por el sol de fuego y por las nubes de sabandija brava que el joven está soportando así, impasible, inmóvil sobre su caballo cebruno que cocea. Hay una sonrisa casi buena en sus labios finos, en aquellos labios agrios que no sonreían desde tanto tiempo y que ahora dejan asomar los dientes blancos, esos dientes lar-

gos y agudos, como hechos para morder la carne viva.

Don Panchito se arregla los cabellos por debajo de la gorra ; y después, observando que el caballo ha puesto un gran espumarajo sobre una de sus botas amarillas, desmonta para quitarlo sobre el pasto.

—¡ Mancarrón puerco ! — murmura inconscientemente.—¡ Mancarrón puerco !

Y torna luego a montar apresurado. Entonces se llena de sorpresa. Los dos bultos aquellos, tan cercanos, han torcido su rumbo y galopan ahora allá a lo lejos, volviéndole la espalda.

Don Panchito ve perfectamente la pollera de Marcelina que ondea bajo el viento, y las piernas del muchacho taloneando incansables.

¿Por qué le huyen? Una sensación de despecho y de angustia le cierra la garganta y una oleada de sangre invade sus facciones.

¿No le habrán visto? ¡ Caramba ! Pero en seguida, y sin vacilar más, don Panchito pone al galope su caballo y se lanza tras ellos con los dientes apretados y la faz descompuesta por la ira. ¡ Era lo único que le faltaba ! El petiso cebruno los alcanza al pasar un cañadón medio seco, un cañadón que negrea entre los pastos marchitos.

—¡ Pero Marcelina !

Ella detiene su caballo, roja primero como la grana y después intensamente pálida.

—Güen día, don Panchito—dice.—Güen día.

—¡ Caramba ! ¿ Que no me veía ?

—No, no lo había visto. Estoy muy apurada, don Panchito... tengo que dirme.

Y la pobre muchacha no sabe cómo salir de aquella situación comprometida.

Los ojos saltones de don Panchito le escudriñan el alma, y ella, por no mirarlo, fija la vista en las crines del caballo, y ata y desata febrilmente el chicote sobado de las riendas.

Don Panchito se pone trágico.

—¿ No ve ?—murmura.—¿ No ve ? ¡ Ahí tiene !

Ella no contesta, pero lanza un suspiro prolongado.

—Ya ha habido algún chisme, alguna porquería, alguna inmundicia.

Marcelina levanta los ojos bruscamente.

—No, don Panchito, no ; li aseguro.

—Y entonces ¿ qué le pasa ?

—Nada, don Panchito, nada, que tengo que dirme.

El joven da un gran azote a su caballo y luego, encarándose con el muchachuelo que está mirando impasible, le dice bruscamente :

—Ché vos, seguí adelante. Aquí no tenés nada que hacer. ¡ Vamos !

El *Machito*, empacado e inmóvil, lo mira un instante torvamente.

—¿ No oyes lo que te digo, idiota ?

Y el joven, alzando su rebenque, arrea al muchacho como si arreara un corderito.

—¡ Mocoso imbécil !

Cuando don Panchito vuelve, encuentra a Marcelina en el mismo sitio, toda agobiada y sollozando en silencio.

—¿ Qué es eso? ¿ qué le pasa?

La moza no responde, y trata de enjugarse las lágrimas con la punta de su pañuelo. Tiene la cara roja y los labios temblorosos.

Don Panchito la considera un instante desconfiado, y después dice, más tranquilo :

—Cuénteme todo, Marcelina ; cuénteme todo. Yo le juro que el que sea me las va a pagar. ¿ Por qué llora? ¿ qué es lo que tiene?

La muchacha sigue inclinada hacia adelante, el seno agitado por convulsivos sollozos, pero no dice una palabra.

Don Panchito se impacienta de nuevo y exclama a grandes voces, paseando una mirada extraviada en torno suyo :

—¡ La gran perra ! ¡ Después dicen que uno es malo !... Que uno... ¡ Oh ! ¡ pero conmigo no van a jugar ! Yo les voy a romper la jeta a cachetadas, yo les voy...

Marcelina torna a mirarle con sus grandes ojos empañados, y él se interrumpe de pronto. Su mirada está llena de un ansia interrogadora.

—Naides tiene la culpa—dice,—naides más que yo, don Panchito.

—¿Usted?

—Sí, yo, don Panchito.

—Pero ¿por qué? ¡Dígame!

Y el joven se aproxima a la moza todo lo que puede.

Marcelina baja los ojos.

—Ellos dicen... dicen que yo lo ando buscando a usted... que yo soy una loca... que yo...

Marcelina se ha puesto lívida, tiene un nudo en la garganta. Don Panchito no sabe qué decir.

—¿Que usted, que usted...?

—Sí, ellos dicen que yo me creo que usted me quiere, pero que usted no me quiere nada. Que yo soy una sonsa y una bruta, y que se lo van a decir al patrón pa que me mate a rebencazos...

Don Panchito respira ruidosamente y se alza en los estribos.

Marcelina prosigue con voz ronca:

—Aura no quieren que yo hable con usted... Ni quieren que vaya más a la escuela por eso; porque dicen que usted no me quiere, porque no puede quererme, porque soy una bruta, una bruta, una bruta...

Y la moza, cuya voz se ha ido atiplando cada vez más, se desploma de bruces sobre el borrén de la silla, estallando en convulsivos sollozos.

Don Panchito hace girar su caballo como si

buscase alguna cosa, y al encararse de nuevo con la muchacha dice con voz atropellada y tartamuda :

—Mentira, Marcelina ; son mentiras, son cretinadas de esos imbéciles. Yo le juro que la quiero con toda mi alma... Yo le juro que la querré toda la vida ; le juro...

Ella levanta la cabeza y le mira con los ojos estupefactos, llenos de lágrimas.

—Sí, Marcelina, créamé. Usted es lo único que yo quiero en el mundo... ¡ lo único ! ¡ palabra de honor !... ¡ Que si no fuera por usted, ya me hubiera ido por ahí, muy lejos, me hubiera ido a la gran perra !

La muchacha ata y desata nerviosamente el chicote de las riendas.

Don Panchito prosigue con vehemencia :

—¡ Miren ! «¡ Que usted me busca, que yo no la quiero !» Pero ¿ a qué más puedo aspirar yo, que soy un desgraciado ? ¡ Yo que no tuve ni padre ni madre, ni nada ! ¡ Ah ! ¡ pero ésta me la van a pagar, yo le aseguro ! ¡ Ya sospechaba yo que alguno había andado metiéndose en la cosa ! ¡ Oh ! pero...

Y la boca de don Panchito se tuerce, al decir esto, en un rictus amargo que da pena.

Marcelina gime algo que don Panchito no oye.

—¿ Eh ?

—No haga caso, don Panchito... No se haga mala sangre... Hay que tener pacencia...

—¿Paciencia? ¿Paciencia de qué?

—De esto, de estas cosas que pasan, don Panchito... Es pa pior enojarse... El patrón...

Don Panchito vuelve a tener un ab-irato que sobrecoge a la moza.

—¡El patrón!—grita.—¿Mi padre? ¡Para lo que me importa a mí de mi padre! ¡Ah! pero yo voy a hacer un escarmiento... Vea, Marcelina, usted déjelos no más, usted déjelos no más... Vea, ahora mismo voy a ir a su casa, voy a ir al puesto... vamos a ir juntos los dos, los tres con el muchacho...

La moza lo interrumpe con sobresalto, levantando las manos:

—¡Ah, no! ¡no, don Panchito! ¡por favor!

—¿Cómo no? ¿Por qué no? ¡Va a ver usted cómo se arregla la cosa en un momento!

Ella se ha puesto muy seria, y habla ahora con aplomo:

—No, don Panchito—dice.—No vaya... Yo li aseguro que todo se va a arreglar prontito no más; todo.

—¿Arreglar?

—Sí, don Panchito. Hay que dejar pasar unos días, y usted va a ver después...

—¿El qué?

—Cómo vamos a poder vernos sin que nadie lo sepa...

Los ojos de don Panchito relampaguean, pero

hay en sus labios una expresión de desconfianza y de duda.

La moza continúa en voz tan baja como si temiese que los pastos la oyeran :

—Lo que usted debe hacer, don Panchito, es dejar ese genio... ese genio que tiene...

El la mira con asombro sincero.

—¿Yo? Yo no soy malo, Marcelina. Yo no soy malo...

—Ya sé, don Panchito, ya sé ; pero es que la gente no sabe comprenderlo... la gente es así.

Hay un breve silencio de mutua contemplación. Don Pachito mira a la moza con ojos enternecidos, con unos ojos que no parecen los suyos, y se muerde los labios inconsciente.

El sol cae a plomo sobre las cabezas inclinadas, y entre el áspero silbido del chicotazo de las colas se oye de vez en cuando el golpe sordo con que los caballos tratan de desprender los tábanos implacablemente adheridos a sus patas.

Marcelina habla al cabo como un susurro :

—Yo no sé... si usté quisiera, don Panchito...

—¿Qué, Marcelina?

—Esperarse, esperarse unos días...

—¿Unos días? ¿Y para qué?

—El tiempo... el tiempo arregla todas las cosas...

Don Panchito sonríe.

—Es que me voy a morir, Marcelina... Yo necesito verla ; ésta no es vida ¡ caramba !

Marcelina se pone pensativa, y al cabo dice, suspirando con desaliento :

—Es que yo no sé cómo, don Panchito... No se puede... Si usted va al puesto, el patrón lo va a saber... si hablamos en el campo, la mesma cosa, porque lo sabrán mi mama o mi tata...

—¿ Y qué tiene?

—Que quedamos en lo mesmo ; me castigarán y lo sabrá el patrón...

Don Panchito se muerde los labios y retuerce nerviosamente la manijera del rebenque.

—¿ Cómo haremos?...—dice,—¿ cómo haremos, Marcelina?

Ella mira fijamente el suelo con sus ojos negros muy abiertos, pero no se le ocurre nada.

De pronto se yergue sobresaltada y trémula :

—¿ No ve?—exclama con despecho y llorosa, taloneando instintivamente su petiso.—¿ No ve? ¡ ya nos vieron ! ¡ Ya nos vido mi tata ! ¡ Qué vi'hacer, Dios mío !

—¡ Cómo ! ¿ Qué va a hacer?

Y don Panchito mira a la distancia entornando sus ojos de miope incipiente.

—¡ Vámonos, por Dios ! ¡ Adiós, don Panchito !

El joven se ríe, mas luego se pone serio.

—Pero no se asuste—dice.—¿ Qué le van a hacer?

—¡ Oh ! usted no sabe... ¡ Adiós, don Panchito !...

Y toda sofocada, Marcelina castiga su petiso y parte al galope en la misma dirección que lleva su padre, cuya silueta se recorta indecisa en la gran brillazón del horizonte.

Y don Panchito, después de quedar un largo rato inmóvil, desmonta del caballo para recoger una horquilla.

XXIV

Cuando Sandalio se apea junto al pozo, para desensillar su caballo lobuno, enlodado y jadeante, ya encuentra allí a Rosa que, con las manos puestas en las caderas, luce sobre sus crenchas negrísimas un gran pañuelo nuevo, floreado de amarillo. Allá, en la puerta del rancho y en postura de tranquilo abandono, está Eulogio, entretenido al parecer en tallar un palito con su cuchillo enorme.

—¿No te dije esta mañana?

—Lo mesmo te dije yo.

—Sí, güeno ; pero ¿qué vas a hacer aura?

—¿Y yo qué sé?

Por los ojos negros de Rosa, que tiene dos manchas de púrpura sobre la cara morena, pasa un relámpago de fastidio y de cólera.

—¡ Y yo qué sé ! ¿No te lo dijo el patrón? ¿No te lo dijo el patrón lo más clarito?

—¡ Sí, me lo dijo, me lo dijo !...

Y la barba blanca del pobre gaucho tiembla,

mientras sus ojos acobardados van del pañuelo vistoso de su mujer al lomo empapado de su caballo, y de éste al campo desierto y al firmamento impasible.

Ella insiste :

—Sí, te lo dijo ; ¿y diay?

—¿Y diay qué querés que yo li haga? ¿Querés castigarla?

—¡ De juro ! Hay que darle unos güenos lasasos...

Sandalio no contesta, y torvo se aplica a pasar su cuchillo por el lomo sudado del caballo, que se estira sobre sus cuatro remos alargando el pescuezo.

—Es preciso cortarle el pasmo a tiempo, que de no...

Sandalio se encoge de hombros y va a tomar el balde con un gesto supremo de cansancio.

—Hacé lo que querás—murmura, mientras el balde desciende a saltos, golpeando torpemente los ladrillos.—Hacé lo que querás, yo ya estoy harto.

Rosa vuelve a incomodarse entonces :

—¡ Ah, ah ! ¡ Estoy harto, estoy harto !—exclama como mofa, y luego añade poniéndole las manos por la cara :—¿Pa qué sos el padre entonces? ¿Pa qué? ¡ Vaya una hechura de hombre que sos vos !

Pero Sandalio, que acaba de extraer el balde a pulso y que lo derrama ahora cuidadoso sobre

el lomo de la bestia cansada, se contenta con menear la cabeza, repitiendo insensible:

—Ya estoy harto, ya estoy harto. Hacé lo que querás.

Rosa, fuera de sí, va a desatarse sin duda en torrentes de injurias, pero la detiene de golpe el rumor repentino de un galope que llega.

Marcelina y el *Machito* acaba de sujetar bajo los viejos sauces del palenque, y se apean ahora, dejándose resbalar de sus monturas.

Rosa, con las pupilas brillantes y avizoras, vacila un segundo, busca algo con la vista, y por último ve y recoge el rebenque de Sandalio, que está en el suelo junto al pozo.

Es un talero grande, cuya ancha sotera, empapada por el sudor de la bestia, está blanda y flexible como un trapo. Rosa oculta el rebenque detrás de su cuerpo, y vuelta hacia el palenque, erguida y serena como una diosa justiciera y bárbara, grita con voz concisa:

—¡Marcelina, vení p'acá!

La moza, que, con la cabeza inclinada, hace por desprender el correón de la cincha de su montura, contesta débilmente y sin volver la cabeza:

—Ya voy, mama.

Rosa da dos pasos hacia el palenque. El pañuelo amarillo que ondula sobre su cabeza entenebrece la expresión de su cara.

—¡Vení p'acá, te digo!

—Ya voy, mama; voy a desensillar el petiso.

Y hay como un temblor de llanto en la voz de cristal de la muchacha, que ha vuelto la cara hacia la silueta robusta, erguida con aire amenazante.

—¡Vení p'acá t'e dicho! ¡no hagas que vaya a buscarte!

Y torna a avanzar hacia el palenque, para volver a detenerse a poco andar.

—¿No venís?

—Sí, mamita, sí...

Y Marcelina, separándose del petiso con un supremo esfuerzo, da algunos pasos hacia la madre implacable. Tiene los ojos espantados y las mejillas pálidas.

—No, mama, que usted me va a castigar...

—Vení p'acá te digo. ¡Obedeceme!

—Usted me va a pegar, mamita...

Y vuelve a avanzar un paso más, para detenerse sollozante y llevándose las manos a los ojos en un ademán ingenuo e infatil.

—Usted me va a pegar, mamita...

—¡Vení p'acá te digo!

Sandalio, con el cuerpo encorvado bajo el sol meridiano, se ha puesto a tender sus *bajeras* al reparo del pozo, y Eulogio, sin abandonar su tarea de tallar el palito, se va acercando al lugar de la escena.

En el palenque, sin soltar las riendas del petiso, el *Machito*, estupefacto y con los ojos muy

abiertos, aguarda el desenlace del drama. En su mente de niño éste alcanza contornos horripilantes.

—¡ Vení p'acá te digo ! ¡ vení, obedeceme !

Y como la distancia que la separa de su hija se ha acortado ya en extremo, Rosa avanza de pronto diciendo :

—¡ Vení p'acá, trompeta !

Y mientras la moza, acobardada, se agobia gimiendo, en un ademán de defensa instintiva, ella, la madre, con un movimiento sabio y simultáeo de su mano y de su brazo siniestros, se apodera de la cabecita aquella, de aquella cabeza cuyos rizos rebeldes, libres de la prisión del pañuelo que ha derribado el zarpazo, se alborotan ahora sobre el cuello moreno en una cascada de seda retinto ; y la encierra contra su cuerpo y la oprime y la estrecha, mientras su otra mano, la diestra, la que conserva el rebenque empapado en sudor de verijas de bestia, se alarga, práctica y mala, hasta alcanzar el percal de la falda. Una oleada de sangre inunda de púrpura la faz de la moza, y el rebenque, sádico y malo, se alza y se abate con sonoro chasquido, una vez, y otra vez, y otra vez más, y muchas veces, sobre la blanca piel de satín, sobre la carne amasada con rosas, sobre el adusto pudor inviolado.

—¡ Tomá, tomá, pa que aprendás !

Sandalio se dirige a Eulogio en voz baja :

—Pídala usted, amigo.

—¡ Doña Rosa !

La azotera brutal, que marcaba al principio livideces extrañas, pone ahora sobre la carne costurones rojizos.

—¡ Tomá, te vi'a matar ! ¡ Tomá, trompeta !

—¡ Perdonelá, doña Rosa, perdonelá ! ¡ ya es bastante !

—¡ Déjeme, que la mato !

Eulogio detiene entonces el brazo amenazante :

—¡ Perdonelá, yo se lo pido !

Y hay en la voz y en el ademán del gaucho, el aplomo que pone en el espíritu la convicción de ser obedecido.

Rosa, en efecto, suelta a Marcelina dándole un empellón, y agrega mientras la pobre chica, enloquecida y ahogándose en su llanto, huye hacia la casa, oculta la cara entre las manos :

—¡ Sarnosa ! ¡ Te vi'a matar a azotes ! Agradecele a Ulogio... a don Ulogio, que te pide... pero otra vez encomendate a Dios, porque te mato...

El sol cae a plomo sobre el patio, calcinando la tierra reseca. Sandalio recoge las prendas de su recado, cabizbajo y sombrío. El *Machito* ha comenzado a desensillar su petiso, y Rosa y Eulogio se quedan un instante silenciosos e inmóviles.

—¡ La vi'a matar a azotes !—repite ella al

cabo, agitada aún por la ruda faena realizada.

—¡ La vi'a matar a azotes !

El calla ; pero, al ponerse en marcha para ir a la cocina, dice, sin dejar de labrar el palito de duraznillo que lleva entre las manos :

—Acuerdesé, doña Rosa, del dicho aquel que dice :

Pasao de los tres azotes
ningún padre debe dar,
por quel dolor ha'e pasar
y el escarmiento ha'e quedar.

XXV

Aunque es muy tarde yá, todos los peones de la estancia continúan en torno del fogón, donde el fuego se apaga entre las cenizas y donde el gran candil humeante aletea, rojizos, sus últimos y moribundos resplandores.

Hay un ambiente de trágica tristeza, que acentúan aquellas cabezas inclinadas, aquellas conversaciones en voz baja, y aquel viento que pasa gimiendo por el patio y que, de cuando en cuando, viene a mover las hojas de la puerta.

Laura, la vieja cocinera, terminada ya su faena, se ha sentado también y forma parte de la rueda; mientras Bibiano, cuyos ojos parpadean de sueño, se esfuerza por mantenerlos muy abiertos, en el deseo de no perder un solo gesto de aquella conversación tan atrayente.

Habla Domingo con voz sorda, y su fisonomía macilenta, exangüe, decorada por la barba negra y rala, emerge de la penumbra evocando el recuerdo de aquellas ánimas que, según las viejas

leyendas gauchas, vagan de noche por los campos desiertos, gimiendo en procura de alguna redención imposible.

—Yo supe conocer—dice,—a uno, un tal Pantaleón, que tenía un genio así, muy juerte. El finao don Isidro, mi padrino, sabía decirle siempre al padre, cuando lo hayaba con la güena: «Vea, don Pedro, no castigue a su hijo con el rebenque, vea que ya es un hombre con tamañas barbas, y que el día menos pensado se le puede dir la cabeza y le v'a prender el cuchillo.» El se ráiba, no cráiba, hasta que en una ocasión, en que lo castigó en el corral delante de la gente, el mozo se olvidó de que era el padre y le prendió una puñalada en vacido...

—¡ Barbaridá !

Y la vieja se santigua devotamente, mientras Domingo, después de escupir a las cenizas, continúa en tono misterioso:

—Yo estaba allí al lao del sauce, desensillando el escuro del patrón, y por eso lo vide todo... El patrón estaba blanco como un dijunto y tenía el rebenque en la mano... Este—y señala a Bibiano con el mentón—lo vido también; estaba arrejuntando güesos en la carretilla ¿verdad, chiquilín?

—Sí; y don Panchito sacó el regolve...

La vieja alarga mucho el pescuezo.

—¡ Barbaridá !—repite.—Yo estaba sestiando...

—Sí—continúa el gaucho.—No había en el patio más que nojotros; puede que Mosca haiga visto también, porque andaba por ahí, pero ya se debe de haber ido pal puesto e Sandalio... No para en nenguna parte...

—¡Ah, ah!

Y Cosme, el capataz que confecciona un botón de manea a fuerza de lezna y de dientes y con mucha saliva, pregunta entonces, levantando los ojos:

—¿Pero lo castigó entonces, el viejo?

—¿Diande? ¿si peló el revolve en seguida y saltó p'atrás?

—¡Tá güeno!

—Sí—añade Bibiano después de echar una mirada instintiva hacia la puerta cerrada, que una racha de viento acaba de conmover.—Sí; y don Panchito saltó sobre el escuro, y en pelos no más disparó pa el campo...

—¡Barbaridá! ¡Barbaridá!—repite la vieja comprimiendo sus sienes con las manos.—¡Si la finadita viera esto! ¡Quién habría de decirlo!

Hay un corto compás de trágico silencio, y la vieja añade con vehemencia:

—¿Y todo por qué? ¡Por esa muchacha, por esa mugre, que no estaría ni güena pa un pión, cuantimás pa unos patrones! Y echelé usted lujo, y vengan zapatos de lo mejor, y güenas medias overas, y pañuelos de pura seda... Y en cambio yo, el otro día, le pedí una garrita e'cue-

ro pa hacerle unos tamangos a esta alma e Dios, y el patrón me la negó.

—Ansina es la vida, vieja, ansina—y el capataz, después de pararse y de clavar la lezna en una de las paredes de la cocina, añade desperezándose :—Es mal bicho el muchacho ese... si no juera porque el viejo es pa mí como un padre, ya le había sacado los bofes de juera...

—No diga eso, hombre grande. Don Panchito es una criatura...

—¿Y diay? ¡Lo mesmo le dentra el cuchillo!...

Y tras el dicho, el gaucho torna a desperezarse y a bostezar ruidosamente.

Domingo se incorpora a su vez, y después de desperezarse también, con las manos apoyadas en las caderas, pregunta con desgano :

—¿Y aura qu'irán a hacer?

—¿Qu'irán a hacer? ¡Yo qué sé! Don Panchito se ha ido pa *El Cardón* a la fija, y se ha ido pa no volver... El viejo no lo va almitir en la estancia después de lo que ha pasao...

—¡De juro!

Cosme continúa :

—Y pa pior, parece que el patrón sabe qu'esta tarde, casi a boca e noche ya, andaba ronciando el puesto e Sandalio en un gatiao overo, marca del finao Pacheco y de la silla de Eduardito.

—¡Ah, ah!

—¡Ha visto! ¡Pucha! yo li aseguro que le

tengo lástima a ese desgraciao de Sandalio. ¡ En la que si ha metido !

—¡ A la verdá !

—Entre el hijo y el padre lo van a estirar como perros... A mí el patrón me dijo...

En ese momento la puerta cerrada se abre de pronto, y entra el patrón en la cocina. Viene en cabeza, y sus cabellos grises, que el viento ha alborotado al cruzar el patio, dan a su rostro pálido y largo una expresión de tragedia. En medio del silencio glacial e incómodo que su repentina aparición provoca, don Pancho habla conciso al capataz :

—Mañana—dice,—después que carneen, haga atar el carro grande para llevarlo al puesto de Sandalio. Puede encargar de eso al vasco o a Domingo, y que lo dejen allá...

Hay un breve compás de silencio. El patrón, con la cabeza baja, se retuerce nerviosamente el bigote y todos le miran de reojo, llenos de curiosidad y de temor.

—¡ Sí, sí, nada más ! ¡ Buenas noches !

Y el patrón sale bruscamente de la cocina, haciendo crujir los cañones de sus botas.

—¿ El carro?

—¿ Pa qué quedrá el carro?

—¡ Y yo qué sé ! ¡ P'algo ha de ser !—y el capataz se encoge de hombros, huraño y malhumorado.—¿ El carro?...

Hay un largo silencio, durante el cual todas

aquellas cabezas inclinadas piensan los más extraños absurdos, mientras el viento sigue gimiendo en la copas de las araucarias del patio sus incansables lamentos.

Entretanto, en el comedor solitario, que ilumina apenas el resplandor de la lámpara, don Pancho se pasea a lentos pasos. Tiene la cabeza agobiada sobre el pecho y un gran surco de ceño entre las cejas. A poco andar el patrón se detiene, y apoyándose en la repisa de mármol de la vieja chimenea, que está a la cabecera del salón, mira la lámpara. Hay en sus ojos pardos una expresión extraña de cólera impotente y de dolor indomable.

Después de mirar por un instante la llama amarillenta, el patrón aparta de ella los ojos, los gira por todos los sitios, por todos los rincones, como si estuviese buscando en alguna cosa; y por último, inclinada la cabeza sobre el brazo, que mantiene apoyado en la repisa de la chimenea, desamparado y solo, solloza sobre el mármol su congoja infinita.

XXVI

Han estado entretenidos, toda la tarde, en pialar una potranca baya, una pobre potranca baya, patriada y medio rabona, que dió en pasar por el patio, y ahora se agrupan bajo el alero, y beben y toman mate en incesante algazara.

Como siempre, Eduardito se muestra alegre y expansivo, y como siempre también, el círculo de sus amigos y de sus mujeres parásitos celebra con risotadas sus broma y sus *salidas*. Hay una paz solemne en la naturaleza. Los grandes sauces se inclinan como cansados de una larga labor, y la brisa crepuscular trae de los campos, conjuntamente con el chillido de los insectos nocturnos, el aroma silvestre de los pastos maduros.

Un gran caballo tostado, cubierto con la manta, come su ración de maíz allí, muy cerca, y el grano, agitado dentro del morral por los movimientos nerviosos de la cabeza arrogante, redo-

bla sobre la lona entre un crujir de colmillos.

De pronto dice Eduardito:

—¿Y mi primo? ¿Por qué no vas a verlo, querida? Ya se le debe haber pasao...

Todos echan a reirse, y Filomena, dejando de lado su costura, vase, arrastrando los pies, hacia el interior del rancho, entenebrecido ya por el crepúsculo que avanza.

—Déjenlo que duerma, será tal vez mejor— insinúa el vasco Murtúa, pensativo. — Tiene mala bebida el muchacho ese. Ya van pa tres días qu'está aquí, y los tres días se los ha pasao chupado... Si lo dejan, lo va a matar la bebida...

Zoilo, el mayordomo de Eduardito, lo interrumpe:

—A la verdá, que yo no sé pa qué éste lo ha tráido... El día menos pensao va a suceder una desgracia.

Eduardito se pone serio.

—Yo no lo he tráido—rectifica;—él ha venido porque le ha dao la gana, ha venido porque se ha peliao con el padre y eso es todo... El pobre muchacho está mal, está medio loco de la cabeza, y no sabe lo que hace... Yo no puedo decirle que se vaya, porque es mi pariente.

El escribiente de policía interviene entonces:

—Ayer—dice sonriendo,—ayer noche, a sigún me dijeron en *San Luis* esta mañana, parece que ha armao una de todos los diantres en el

rancho e Sandalio López, el puestero del padre...

—¿Sí?

—Sí; a sigún se acordó don Ulogio, el de *La Clara*, el hombre llegó al puesto a boca e noche, bastante arreglao, y quiso hablar con la hija e López, esa muchacha que le dicen *la Señorita* por mal nombre, y que a estar a lo que aseguran vive con el «carancho viejo» dende hace mucho tiempo.

Eduardito interviene:.

—Pues ai tenés lo que son las cosas; yo creo, estoy seguro de que el viejo no tiene nada con ella, que todo hasta hoy se ha quedao en puro jarabe de pico...

—Yo no sé, pero a mí me han dicho quel viejo la tiene como una señorona, que le ragala, que la...

—Bueno, yo te aseguro, sin embargo, que no hay nada, me consta. Mirá ¿querés más? se ha arreglao tan bien con Panchito que quiere dirse a vivir con él, quiere que se la traiga pa acá, pa *El Cardón*.

—¡A la pucha!

—Sí; y como vos comprenderás, yo estoy tratando de convencer a mi primo de que no haga eso, de que es una barbaridad.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? ¡La pucha! ¡Parece que no lo conocieras al viejo! Si llegase a saber que la

muchacha estaba aquí, se vendría en seguida al trote, y verías entonces la que se armaba...

—Pero ¿no acabás de decir quel viejo no tiene nada con ella, que todo es puro *voulez-vous* con soda?

—Sí ; pero el hombre la cuida, la quiere ¡ qué sé yo ! Vaya uno a saber qué cosas tendrá determinadas el viejo para su gobierno... Mirá, yo...

En ese momento sale Filomena del interior del rancho. Viene muy risueña, y su sonrisa es maternal y compasiva, como verdadera sonrisa tolerante de hetaira veterana.

—Dice que le manden un poco de ginebra y que va a descansar otro rato.

—¿Ginebra?

—¿Qué me cuentan ustedes del mocito?... No, no le llevés nada ; dejalo no más, será mejor...

—¡ Sí, que duerma !—apoya el escribiente de policía.—Se pone muy cargoso con la bebida...

Hay un breve silencio, y al cabo el escribiente continúa :

—Bueno, como decía, se fué al puesto e López pa conversar con la muchacha, pero el viejo, que tenía órdenes terminantes de don Pancho, lo atajó en el palenque.

—¿Y?

—Y parece que se tomaron en palabras, y que tu primo le pegó unos rebencazos ; y él en-

tonces se encerró en el rancho con todas las mujeres, francando bien la puerta...

—¡ A la pucha ! ¿Y después?

—Y después tu primo echó la puerta abajo, metiéndole el anca del caballo como un malevo cualquiera, y lo volvió a castigar al viejo, y se estuvo hasta el amanecer conversando con la muchacha en un rincón de la cocina... Yo creo...

En ese momento se presenta don Panchito.

—Buenas noches—dice.

Tiene la cara pálida, y las profundas ojeras que aureolan sus ojos pequeñitos y malos hacen parecer más ganchuda y más brava aquella nariz, semejante al pico de los caranchos.

—¿Qué tal?—pregunta Eduardito.—¿Cómo vamos?

—Bien ; muy bien. Vengo para que me conviden con algo de beber...

—¡ Te va'hacer mal !

—No, no...

Y don Panchito, torvo y ceñudo, se sienta aparte, sobre un viejo cajón de kerosene... Sus escasos cabellos rubios, despeinados, forman sobre el colodrillo (1) como una cresta leonada.

El escribiente de policía se incorpora y dice distraídamente :

—¡ Le va a hacer mal !

—¿Y a usted qué le importa?

Y los ojos del mozo se fijan en los de su interlocutor con insensato extravío.

(1) colodrillo = parte posterior de la cabeza — nuca, cogote

—¿Qué querés tomar?—pregunta Eduardito al cabo de algunos instantes de silencio molesto. —¿Querés coñac?

—¡Cualquier cosa!

Y mientras le sirven y mientras bebe, don Panchito, sentado sobre el cajón, mira el gran horizonte que palidece y que rápidamente va disminuyendo ante el progreso silencioso y firme de la noche que avanza.

—Vamos pa dentro—dice Eduardito.—Ya no se ve nada aquí; podemos jugar un tute, si quieren.

—Vamos.

Todos se levantan perezosos y lánguidos, menos don Panchito que, con las manos en los bolsillos y la espalda apoyada sobre el muro, sigue sentado en el cajón de kerosene.

—¿No venís?

—No; oime.

—¿Qué?

—¿Dónde está la llave inglesa?

—¿Para qué?

—La necesito para abrir el alambrado.

—¿Vas a dir otra vez?

—¡Sí, voy a ir!

Y don Panchito, al incorporarse, tambalea borracho sobre sus piernas.

—Mirá que estás borracho...

—¡Tu abuela! ¡Dame la llave!

—¡No seas porfiado, no vayas así, Panchito!

El mozo tiene un movimiento de cólera.

—¡ Me das la llave—dice,—o corto el alambre ! ¡ qué embromar !

—Ahí está, ahí está... Hacé lo que querás.

Y Eduardito, encogiéndose de hombros, entra en el rancho, al que una gran fogata de duraznillo inunda de claridades color de oro.

Don Panchito, tambaleante siempre, recoge la llave inglesa ; y luego, enfrenando el gran caballo tostado, que dormita con la cabeza gacha allí, en el patio, lo salta en pelos, y paso a paso desaparece mohino hacia el sudeste.

XXVII

Cae la noche en el silencio grave de los campos. Los corrales vacíos, se insinúan en lo obscuro, como grandes cuadrángulos blanquizcos.

En el patio del puesto, junto al pozo, está el gran carro de la estancia. Sus caballos, excepto el cadenero, un zaino pangaré que escarba el suelo y resopla amusgando las orejas, dormitan taciturnos bajo el peso de sus toscos y respectivo atalajes.

Sandalio, que sale de la cocina obscura, donde parpadea como un ojo de oro la llama del candil, habla al caballo, que yergue la cabeza :

—¡ Chist ! ¡ Vamos, zaino !

Y mientras va a depositar un bulto sobre el carro, grita, mirando hacia la casa :

—¡ Machito ! ¡ vení p'acá ! ¡ teneme este caballo que se asusta !

Tras el chicuelo que viene a la carrera, alegre en su inconsciencia, aparece Mosca también. Mosca, que sale de la cocina lentamente

y que, arrastrando sus pies deformes, va a sentarse en el brocal del pozo, donde se pone a armar un cigarrillo. Según su costumbre, guarda silencio y mantiene sus ojos bajos y la cabeza inclinada sobre el pecho, en tanto que una leve sonrisa vaga por sus labios. Uno de los perros del puesto, aquel gran perro amarillo que tantas veces suele acompañarlo, anda por allí también, con el lomo enarcado y olisqueando las cosas.

La luna, que ya comienza a insinuarse en el horizonte obscuro con un rojizo resplandor de incendio, añade una pincelada trágica al paisaje.

—Tata, ya sale la luna—grita la voz del *Machito* alegremente.

En ese mismo instante aparecen en la puerta del rancho Rosa y Marcelina. El vestido claro de la moza parece blanco bajo la incierta luz de las estrellas, y su figura esbelta e indecisa se se diría que ondula con la infinita fluidez de lo incorpóreo.

—¿Cerraron la puerta?

—Sí, tata.

—¿Y la llave?

—Aquí está.

Y mientras Rosa entrega el objeto a su marido, ya montado en el carro y con las riendas de los caballos empuñadas, Marcelina se vuelve corriendo hacia el pozo, sobre cuyo brocal Mosca continúa sentado, fumando su cigarro.

—Don Mosca...

—¿Eh?

—¿Quiere hacerme un favor, un favor muy grande?

Mosca la mira curiosamente sin contestar, y alarga mucho el pescuezo.

—Marcelina ¿qué hacés?—grita la madre, ya encaramada en el carro y entre el montón de los bultos.

—¡Ya voy, mama!

Y la chica, con la voz temblorosa por la emoción que la embarga, agrega apresurada:

—Sí, don Mosca, don Mosquita, sea bueno, por Dios, por su madre... Mire, esta noche—y a la vez que habla saca del saco una carta,—esta noche va a venir aquí don Panchito ¿sabe?... el hijo del patrón; y yo no voy a estar... Así que hágame el favor de dársela, de dársela cuando venga, por favor...

—¡Marcelina!

—¡Voy, mama, voy!

Mosca no dice una palabra, y mira la carta con sus ojazos negros asombrados; pero la moza repite, sacudiéndolo por los hombros en una especie de caricia frenética:

—¡Por Dios, no se olvide! ¡por favor se lo pido, sea buenito, don Mosca!

Y echa a correr luego hacia el carro, que apenas la recibe cuando arranca bruscamente, en-

tre un rudo batanear de patas y un coro de ladridos... ... ...

... ...

El patrón detiene su caballo junto al pozo, allí precisamente donde el carro, al moverse, ha trazado dos surcos profundos en el piso.

La luna enorme, amarilla, asoma ya por encima del fachinal lejano y alarga las siluetas de sombra sobre el patio. El patrón, desmontando, dice a Cosme :

—Fijate, a ver si la puerta está bien cerrada.

El gaucho, llevando el caballo por el cabestro, avanza entonces, y dice después de tantearla con cuidado :

—Sí, parece que sí : han cambiao la cerradura.

—Bueno ; vení, cinchame el caballo.

Y mientras el gaucho se aplica a la tarea, don Pancho se pone a armar un cigarrillo. Tiene el rebenque colgado del meñique, y la cara, que inclina sobre el pecho, oculta bajo el ala de un gran sombrero blanco.

—Están balando las nutrias—dice el gaucho, por decir algo.—Mañana va a llover...

Pero el patrón no lo escucha, atento el oído al traquear del carro que aun se oye, perdido en la penumbra de los bajos.

Un perro ladra muy cerca.

—¿Y eso?—pregunta el patrón volviéndose hacia el gaucho.

—No sé; debe de ser alguno de los perros del puesto, que se ha quedao y que anda peludiando.

—¡Ah! mañana le decís a Sandalio que allá, en la estancia, no quiero perros; que los vuelva acá o que los mate. ¡No quiero perros!

—Tá bien, patrón.

En ese momento se oye el rumor de un galope apresurado.

—Viene uno.

—¡Ah, ah!

Un jinete desmonta en el palenque, y a poco se le ve avanzar hacia la casa.

Es don Panchito, que llega borracho y vacilante, y que en su semi inconciencia conserva en la mano todavía la llave que le sirvió para abrir el alambrado.

—¡Chist! ¿pa dónde va?

Don Panchito vuelve la cara, y con sus ojos turbios mira un instante; pero en seguida se apresura, y va y se pone a llamar con grandes golpes de ebrio a la puerta del rancho, que retiembla.

—¡Déjelo, patrón!

Pero el viejo ha saltado ya sobre el mozo; y mientras que con un empellón lo aparta de la puerta, su rebenque lo azota sin piedad, con una lluvia sonora de lonjazos.

—¡ Déjelo, patrón, déjelo!—repite el gaucho con voz de ruego.

Pero en ese mismo instante ve con asombro cómo el brazo de don Panchito, armado de la llave, se alza y se abate lanzado a todo vuelo, y cómo el viejo señor de *La Florida* se desploma en medio de un gran crujido extraño...

. El viejo está de espaldas, y su cara pálida parece más blanca todavía y más delgada bajo la claridad difusa de la luna.

Cosme, que tiene la garganta seca y que no se ha apartado aún de los caballos, ve cómo don Panchito va hacia el palenque, cómo vacila y se detiene luego, llevándose las manos a la frente, y cómo torna, silencioso y trágico, para arrodillarse por último ante el cuerpo yacente de su padre, que tiene los ojos fuera de las órbitas.

De pronto, el gaucho abandona los caballos, y lenta, felinamente, comienza a acercarse a don Panchito, que llama en voz muy baja:

—¡ Papá, papá, papá!...

Avanza el gaucho sin que el mozo lo sospeche, avanza hasta hallarse junto a él, a sus espaldas, y entonces, con un brusco ademán, saca el cuchillo... Don Panchito va a darse vuelta, pero una puñalada atroz en el costado lo arroja sobre el cadáver de su padre, lanzando un grito ronco; y mientras el mozo se retuerce sobre el cuerpo del viejo, ahogándose en su sangre, la hoja relampagueante se hunde en sus espaldas

una vez, y otra vez, y una vez más, con crujidos siniestros de huesos que se rompen...

El gaucho se queda un momento inmóvil ante su obra; luego recoge su sombrero que se ha caído, y envainando el cuchillo ensangrentado se va hacia el pozo. En el brocal está el balde casi lleno, casi lleno de un agua tibia que parece sangre, y el gaucho bebe en él, a grandes sorbos... Después se allega a los caballos, y montando en el suyo desaparece hacia el oeste.

La luna está ya alta, y su resplandor lechoso inunda los campos, alargando fantásticamente las sombras de las pajas. En el patio del puesto, el caballo del patrón dormita con la cabeza inclinada. Cerca de la puerta de la cocina, los cuerpos del padre y del hijo forman un grupo extraño, inmovilizados por la muerte, con la invariabilidad de una escultura.

El silencio sería absoluto si no croasen las ranas en los lejanos pajonales, si no viniese a turbarlo de vez en cuando el grito apagado de algún pájaro nocturno.

Mosca sale de atrás de la cocina. Camina lentamente, y el gran perro amarillo lo acompaña. Las sombras del hombre y de la bestia se prolongan enormes sobre el piso. Mosca llega, y mira a la Muerte por largo rato y en silencio. Después, apartando con un pie al gran perro amarillo que olisquea las botas de don Pancho, saca una carta de entre sus ropas mugrientas y

la deposita con cuidado sobre el cuerpo del mozo.

—¡ Ahí está !—dice, y torna a contemplar a la Muerte pensativo y ceñudo.

De pronto, una sonrisa mala y burlona ilumina su cara negra, su cara de mulato ; y entonces, meneando la cabeza, vase a través del patio bañado por la luna, murmurando entre dientes :

—*¡ Los caranchos !... ¡ Los caranchos de La Florida !...*

FIN